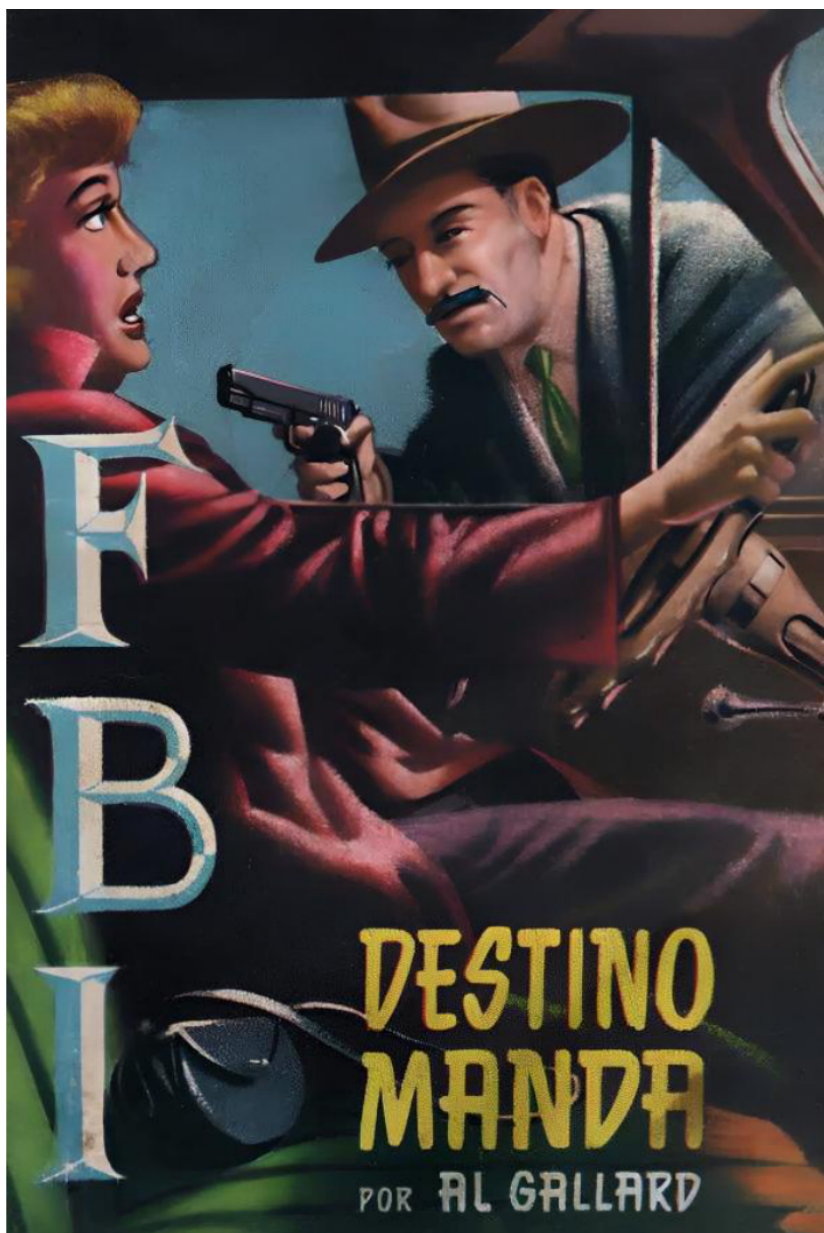




F
B
I

DESTINO
MANDA

POR AL GALLARD

AL GALLARD

"DESTINO MANDA"



AL GALLARD

DESTINO MANDA



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1952
PRINTED IN SPAIN



COLECCION F. B. I.

OBRAS PUBLICADAS:

1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1).
2. La hora gris (4.ª ed.) (1).
3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2).
4. El cobarde (3.ª ed.) (1).
5. Luchando en la sombra (2.ª ed.) (3).
6. Contra Scotland Yard (3.ª edición.) (1).
7. Su Alteza el Ladrón (2.ª edición.) (2).
8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3).
9. A la ofensiva (2.ª edición.) (4).
10. La redada (2.ª ed.) (5).
11. Shanghai (3.ª ed.) (1).
12. Guerra de gangsters (2.ª edición.) (2).
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).
14. La rebelión de los muertos (2.ª ed.) (6).
15. El hombre de las tres caras (2.ª ed.) (7).
16. Tánger (3.ª ed.) (1).
17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5).
18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (6).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados (1).
24. Persecución (5).
25. Una ciudad abierta (4).
26. Horas trágicas (7).
27. La muerte alada (3).
28. Doctor X (1).
29. El coloso de hierro (6).
30. Trampas mortales (5).
31. Contrabando funesto (3).
32. Nueva York-San Francisco (7).
33. Entre rejas (1).
34. Muerte en el Caribe (6).
35. Secuestro (5).
36. El dueño del mundo (4).
37. Hermano contra hermano (7).
38. Filibusteros modernos (2).
39. Palestina en llamas (3).
40. La ley del terror (8).
41. A la desesperada (5).
42. La promoción de la muerte (6).
43. Tinieblas (1).
44. Espías en la noche (2).
45. Fidelidad (6).
46. Sin cuartel (7).
47. Armour, expulsado (5).
48. La huida de Varka (3).
49. La Mafia (1).
50. Alaska, final de ruta (8).
51. Tras el telón de acero (6).
52. Gangsters de guante blanco (9).
53. ¡Acusado! (7).
54. Misterio en Viena (5).
55. El genio del mal (6).

56. Hombres armados (10).
57. Pavorosa elección (5).
58. La bestia escarlata (3).
59. Huellas de ultratumba (1).
60. S. O. S. (8).
61. Billetes malditos (3).
62. Camino de perdición (12).
63. Camaradas enemigos (3).
64. A la deriva (6).
65. ¡Odio! (1).
66. Cita de madrugada (3).
67. «Killer» a sueldo (5).
68. Muerte en el atardecer (4).
69. Loup-Garou (3).
70. Punto final (5).
71. ¡Mirad a las sombras! (3).
72. Entre esas brumas... (5).
73. Tortura (13).
74. El confidente (3).
75. ¡Terror! (5).
76. El final de Rocco (5).
77. El vengador negro (1).
78. ¡Codicia! (8).
79. Sentenciado (6).
80. Secreto de Estado (4).
81. Alias «Lugger» (5).
82. Hora «D» (3).
83. Carne de horca (4).
84. Tráfico mortal (8).
85. Jack el Invencible (1).
86. Rastros perdidos (6).
87. Contrato siniestro (3).
88. Traición sangrienta (14).
89. Al borde del abismo (5).
90. Crimen y justicia (3).
91. Hombres sin alma (3).
92. ¡Sabotaje! (8).
93. La marca trágica (5).
94. Misión suicida (4).
95. Lucha a muerte (5).
96. Rebelión (3).
97. Hampa de frac (1).
98. Caza mayor (4).
99. La muerte falsifica dólares (15).
100. Yo, director del F. B. I. (1) (2.ª edición.)
101. De Harvard a Quantico (16).
102. El asfalto es rojo (5).
103. Tragedia en Chinatown (14).
104. Soborno (3).
105. Vida en deuda (17).
106. Aguas turbulentas (4).
107. La araña verde (8).
108. Contraespías (18).
109. Noches de Nueva York (5).
110. ¡Aniquilados! (19).
111. La risa sardónica (3).
112. Chantaje (4).
113. Canon de protección (20).
114. El misterio de los locos del aire (21).
115. El hombre de Whitechapel (5).
116. Al llegar la noche (8).
117. Ciudad vertical (22).
118. Hombres y bestias (1).
119. La máscara (3).

EN PREPARACION:

La tela de araña

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|--------------------|
| (1) Alf Manz. | (10) Jack Brooklyn. | (18) Jack Grey. |
| (2) Fred Baxter. | (11) Thomas Settle. | (19) Edgar Ford. |
| (3) Frank McFair. | (12) John Nebot. | (20) Andre O'Sun. |
| (4) Eddie Thorny. | (13) Thomas Wanton. | (21) Fel Marty. |
| (5) O. C. Tavin. | (14) F. N. Graw. | (22) Dana Yonell. |
| (6) Alar Benet. | (15) Robert Deaf. | (23) Al Gallard. |
| (7) A. G. Murphy. | (16) Alan Carson. | (24) Chester King. |
| (8) Lewis Haroc. | (17) Al Corroa. | |
| (9) J. L. Martin. | | |

Para Antonio Castro Padilla, siempre con afecto, y recordando nuestra amistad que se inició en remotas tierras y bajo cielos en donde imperaba la Cruz del Sur.

AL GALLARD

I

UNA TUMBA SE ABRE



ERA Kellerman parpadeó por unos momentos. Ante ella se abría la vida, aunque de ésta estuviese alejada por un paréntesis de veinticinco años. Cinco lustros apartada de la sociedad; veinticinco lluvias invernales que había visto caer a través de las rejas de su celda; veinticinco años en los cuales no pensó más que en una sola cosa: vengarse.

Por la mente de aquella mujer, mientras esperaba que se cumplieran las formalidades burocráticas para que se abriera el último rastrillo que la separaba de la libertad, desfilaron fugazmente, en una ráfaga alucinante, detalles de un pasado que a pesar de lo lejano parecía palpar en la intimidad de sus recuerdos.

—¿Nombre? —le preguntó un funcionario de Prisiones, el mismo que habría de franquear la última puerta.

Se trataba de una comprobación de los datos personales de la próxima liberta.

—¿Eh?... ¿Cómo dice? ¡Ah, sí!... —respondió, comprendiendo—. Vera Kellerman.

—No, Vera —la rectificó una matrona de las de servicio interior de la penitenciaría de mujeres—. Kellerman es el apellido del que fue tu marido. Es el tuyo, el de soltera, el que figura en tu expediente de libertad.

—Sí, claro... Kellerman era el de él.

Y al decir «él», la mente de aquella mujer revivió los últimos momentos de su vida: Murió junto a ella; en sus manos apretaba convulsivamente el culatín de una pistola ametralladora, cuyo cañón aún humeaba después de haber lanzado, una y otra vez, su mortífera carga. Ella misma defendió su cadáver contra la Policía Federal, que, ayudada por la Metropolitana de Los Ángeles, asaltaban la casa donde habitaban en el *boulevard* Ramona. Cuando la Ley pudo penetrar en donde vivían, James Kellerman, el famoso contrabandista de alcohol durante la Ley Seca, no era más que un cadáver por cuyas múltiples heridas había escapado la vida, cuando el inspector Pitzer le cogió por un brazo para volverlo cara al aire.

Vera Kellerman, sí. Así se llamaba cuando luchaba contra los federales, y defendiendo al hombre que amaba con toda su alma, mató a dos agentes del Federal Bureau of Investigation.

Sólo el estar embarazada la salvó de tener que sentarse en la silla eléctrica. Más tarde, cuando dio a luz, el gobernador del Estado de California indultó su vida, conmutándola por treinta años de reclusión en una penitenciaría del Estado.

De su abstracción fue sacada por la voz del empleado penitenciario que volvió a preguntar nuevamente:

—¿Nombre? ¿Quiere decírmelo? No olvide que es necesario ese requisito para que le abra este último rastrillo.

—¡Ah, sí! —respondió firmemente—. Vera Brian.

—¿Edad?

—Cuarenta y siete años.

Instintivamente, Vera Kellerman, pues con el apellido del que fue su marido seguirá llamándose, se pasó sus dedos por las sienes, acariciándose unas pequeñas arrugas que se le marcaban a los lados de la frente. ¡Cuarenta y siete años! Veinticinco hacía que hubo de

enterrarse en aquella enorme tumba de seres vivos. ¡Veinticinco años! Día tras día, mes tras mes, viendo paulatinamente cómo aquéllos iban quedando atrás, esfumándose en el transcurso del tiempo.

Vera Kellerman había perdido su juventud, era cierto. Más también lo era que, a pesar de todo, conservaba un aire elegante y los restos de su deslumbrante belleza que, aun en aquel día, por encima de sufrimientos y penalidades, se destacaba en su rostro fino y aristocrático. Sin embargo, era una belleza muerta que intentaba despuntar sobre los cuarenta y siete años de su vida. Los años de la penitenciaría fueron duros y habían dejado una huella indeleble. De ellos hablaban los hilos de plata que destacábanse entre un cabello negro y brillante.

—¿Estado?

—Viuda... ¿Es que no lo sabe? —dijo en una protesta; en un intento de rebeldía contra aquella disciplina que estúpidamente le preguntaba lo que ya sabía de antemano.

Veintitantos años en un establecimiento penitenciario era más de lo suficiente para que fuera conocida por todos sus empleados.

La matrona que la acompañaba, la puso una mano sobre el hombro.

—Ten calma, Vera —le dijo—. Ya queda poco. Esto es algo rutinario, pero necesario, para tu salida. —Se volvió hacia el empleado. Abre ya, hombre. Todos sabemos que Vera Brian es... Vera Brian.

Cuando unos segundos después Vera Kellerman sintió cómo se cerraban tras ella las férreas puertas de la penitenciaría, su pecho se ensanchó voluptuosamente respirando un aire que, a pesar de ser igual al que había en los patios interiores de la prisión, no era similar al que llenaba en aquel momento sus pulmones. Era un oxígeno de libertad, no coartado por puertas metálicas, rejas, o altos muros por encima de los cuales no se veía más que un cuadrilátero luminoso.

Se volvió lentamente y antes de avanzar hacia un hombre joven, que en aquel momento corría a ella con los brazos abiertos, escupió a la puerta que había cruzado, mientras sus labios murmuraban una sorda maldición sobre la existencia de aquel establecimiento penal. Después avanzó hacia quien venía a su encuentro.

Sus dos manos se apoyaron sobre los hombros del recién llegado. Se miró en sus ojos y con una sonrisa, dijo:

—Eres igual que tu padre, hijo. Ansiaba este momento, porque con él empieza algo que he estado madurando durante veinticinco años: el momento de mi venganza... ¡De nuestra venganza! —Calló, y con voz dura añadió, mirando al muchacho—: Oye, Holmes: un hombre no llora. Las personas como tú y como yo, no lloran —repitió—, sólo hacen llorar. La sociedad se vengó cruelmente de nosotros. Recuerda tus sufrimientos en un orfanato mientras tu madre estaba tras esos muros —agregó, señalando hacia las grisáceas construcciones de la penitenciaría, de la que se iban alejando en dirección a un moderno «Cadillac» que esperaba a unas cincuenta yardas de la prisión.

—No lloro —dijo Holmes Kellerman, al tiempo que se daba un manotazo en el rostro, quitándose una lágrima que rodaba por sus mejillas—. Pero tienes que reconocer que para mí es bastante raro el abrazar por primera vez a mi madre... Por primera vez a los veinticinco años —repitió con una extraña sonrisa dibujándose en sus labios.

Vera no respondió. Pareció por un momento que sus ojos también se humedecían, más apretando firmemente las mandíbulas hasta hacer rechinar sus dientes, murmuró algo que su hijo no llegó a percibir.

—Vamos —dijo, asiéndose del brazo del muchacho, casi en el momento de llegar al vehículo. En éste había dos personas: un hombre sentado al volante, y otro, ya de edad, quizá con más de cincuenta y cinco años, quien saltando del automóvil, se acercó a la mujer.

Por unos segundos quedaron silenciosos, frente a frente. Luego se estrecharon las manos, mientras sus labios murmuraron unas palabras.

—¡Philip! —dijo ella.

—¡Vera! —habló, a su vez, el hombre—. Parece mentira cómo han pasado los años.

—Dejémoslos en paz. No hablemos nunca de ellos. Los que restan de nuestras vidas, serán lo suficiente para que sean recordados por muchos años. Vamos. Quiero empezar a vivir y coger la verdadera vida en el punto que la solté. ¿Sabes cómo?

Disparando una pistola sobre los que mataron a James Kellerman... Fue el «boss» más valiente y osado de Los Ángeles... —hizo una pausa, para continuar casi enseguida—. Yo te prometo, Philip, que se ha de hablar de nuevo del apellido Kellerman.

Subieron al automóvil. Éste enfiló la carretera de Los Ángeles, saliendo de Bakersfield donde estaba enclavada una de las penitenciarías de mujeres de California y en la cual Vera Kellerman había permanecido recluida casi todo el tiempo de su condena.

Algo más de hora y media tardaron en recorrer las setenta millas que separaran Bakersfield de la ciudad de los estudios cinematográficos. Ya pasado Burbank, y frente al aeropuerto Gran Central, Vera vio los estudios de la Walt Disney y los de la Warner Bros. Un poco más a la derecha, aún llegó a divisar unos grandes letreros de la Republic y de la Universal.

—¡Hollywood! —dijo en un susurro—. Otra vez aquí... Otra vez a dominarte por el terror, como James Kellerman lo hizo hasta que cayó acosado por los malditos del

F. B. I.

—Los tiempos no son los mismos, Vera —le hizo observar Philip O'Freyton

—. Hoy los «gangs» se organizan bajo las órdenes de «sindicatos», que hacen que estemos más unidos que en los tiempos de la Ley Seca. Se gana dinero, aunque en negocios algo más... digamos, legales.

La mujer se volvió rápidamente hacia su hijo, quien permanecía silencioso a su lado. Con voz dura le preguntó:

—¿Quieres decir que tú no eres el jefe de tus hombres, como así he creído siempre?

—¡Oh, claro que sí! —respondió

O'Freyton

por él—. Lo que ocurre es que los tiempos han cambiado. Holmes es el indiscutible «boss» de todos nosotros; más...

—¡Calla, Philip! —le interrumpió Vera Kellerman—. He pasado los años soñando en este momento. He deseado como nadie el placer de estrechar a un hijo ¡a mi hijo! —repitió con fuerte entonación—, como toda madre tenía el deber y el derecho de hacerlo. Quizá si en mi corazón se hubiera albergado el afecto y el cariño, yo no sería hoy más que una mujer con ansias de vivir la

vida y olvidar un trágico pasado... Pero no, en mi pecho no se albergan más que rencores y odios. La sociedad sembró vientos y huracanes en él, y no puede dar otro fruto que tempestades tumultuosas, hambrientas de destrucciones... ¡«Sindicatos»! —gritó despectivamente—. En los tiempos de James Kellerman no había más sindicatos que la protección de una buena automática. ¡Sí, así era, y así volverá a ser! —terminó categóricamente.

Quedaron en silencio. En este momento cruzaban el *boulevard* Cahuenga y entraban por el Sunsent Boulevard, frente al teatro Chino. Luego descendieron por el de Santa Mónica en dirección a Beverly Hills. Un poco antes de llegar a él, Holmes Kellerman tenía un magnífico hotelito, el cual, a la vez, era cuartel general del «gang» por él dirigido.

El hijo de Vera Kellerman no tendría aún los veinticinco años. Su niñez la pasó en un orfanato, hasta que un día golpeó a uno de los profesores y huyó de él temiendo el castigo. Deambuló por los barrios bajos de San Francisco y en más de una ocasión hubo de huir de la Metropolitan Police que sabía de una banda de jóvenes ladronzuelos acaudillados por un muchacho rubio y ojos grises, cuya edad no pasaría de los trece años.

Fue en aquel entonces cuando un día visitó a su madre en la penitenciaría y coincidió con la llegada de Philip O'Freyton, quién había sido el único superviviente de la banda de James Kellerman.

—Recógelo, Philips —le dijo aquella mujer con las manos crispadas en los barrotes del locutorio—. Recógelo y que esté contigo. Si salgo de aquí algún día; si para entonces no ha terminado como su padre, yo misma le encauzaré por el camino de la venganza.

Y así fue como Holmes Kellerman inició sus pasos por la misma ruta que su padre. Por algunos años, el muchacho «trabajó» en el «gang» que había formado

O'Freyton.

Fue bastante útil debido a su poca edad. Actuó como «informador» y hasta cursó algunos estudios que Philip

O'Freyton

le obligó a hacer.

—Estudia, Holmes —le dijo un día—. Los tiempos se van transformando y, con ellos, los procedimientos. Nos serás más útil sabiendo, que como un futuro jefe de «gang» con muchos pedruscos en los dedos, incapaz de utilizarlos en otro trabajo que en el de contar el dinero.

Kellerman Júnior, así lo hizo. Cursó algunos estudios en la Universidad de Oakland. Sin embargo, nunca dejó de pertenecer a la banda de

O'Freyton,

la que muy pronto sería suya.

Llegó la guerra. Norteamérica envió sus tropas a Europa y cuando aún no tenía dieciocho años, Kellerman, ingresó voluntario en la American Air Force. Nunca supo por qué. Fue un impulso repentino que se apoderó de él al ver desfilar por las calles a los muchachos de las Fuerzas Aéreas... Y cosa rara: Holmes Kellerman se cubrió de gloria pilotando un «Mustang», avión de caza que operaba en una escuadrilla del Pacífico.

Al regreso de la guerra, tomó prácticamente el mando de los hombres que hasta ese momento obedecían a Philip

O'Freyton.

Éste quedó a su lado, porque, como decía, serían mejor mandados por un hombre que fue teniente en las Fuerzas Aéreas Americanas, que por él, viejo y cansado, aunque hubiese sido lugarteniente del famoso «boss» James Kellerman.

—Al fin y al cabo —dijo a sus hombres, cuando tomó tal determinación—, el muchacho es digno hijo de su padre. Hay que obedecerle, que él nos hará ganar buenos billetes de los grandes.

Y de esa forma, el hijo de aquella mujer que pasó los mejores años de su vida en una prisión, tomó el mando del «gang».

Kellerman organizó las cosas procurando eludir la necesidad de derramamiento de sangre inútil. Fue a partir de la terminación de la guerra, cuando los «sindicatos», llamados por algunos los «sindicatos del crimen», empezaron a cobrar auge en los Estados Unidos. Los antiguos «gángsters» se organizaban en un nuevo tipo de delito que la mayoría de las veces estaba encubierto por negocios respetables y auténticos. Tony Ascardo, en Nueva York, dirigía uno de ellos; un hermano de Al Capone, en Chicago, el otro. Y era éste, precisamente, quien tenía entre sus manos el control de los

modernos delincuentes de California.

Holmes Kellerman era propietario de una red de «*night-clubs*». Eran más de diez, esparcidos desde San Francisco a la frontera mejicana. Pero, además de eso, el «gang» de aquel hombre tenía otro asunto menos confesable: introducían clandestinamente en el país a chinos procedentes del otro lado del Pacífico.

Una noche (ya habían pasado algo más de cinco años desde la terminación de la gran contienda mundial), Kellerman se encontraba sentado tras una mesa en el Topanga Club, uno de los dos «*cabarets*» que tenía en Hollywood. A su alrededor, Philip O'Freyton;

otro de sus hombres llamado Luigi Frasetto, y una muchacha de ojos soñadores, cabellera de oro caída sobre sus hombros en estudiado descuido, enmarcando un rostro redondo en el que la pureza de sus facciones completaban y aumentaban la belleza y armonía de su semblante.

—¡Hola, Holmes! —saludó una voz a espaldas del muchacho.

Se volvió, reconociendo a un antiguo compañero de los días de la guerra. Sinceramente sintió alegría. Era un hombre joven que aparentaba no haber rebasado todavía la raya de los treinta años.

Kellerman no podía olvidar los días de camaradería en Filipinas, donde operaron juntos a las órdenes del general McArthur. Se levantó con un gesto de sorpresa en su rostro.

—¡Steven! ¿Quién lo iba a decir? Steven Simenon, después de tantos años... Pero vamos, siéntate, estás entre amigos.

Lo presentó a sus compañeros y el recién llegado tomó asiento entre ellos. Charlaron de miles de cosas; Kellerman contó, como podía decirse, que vivía por la tutela ejercida sobre él por Steven Simenon.

—No tenía importancia —dijo sonriente—. Kellerman era el Benjamín de la escuadrilla y todos procurábamos protegerle un poco.

Ya bien avanzada la madrugada, Simenon quiso despedirse.

—Es ya hora de retirarme, Holmes —dijo—. Sin embargo, quisiera hablar contigo.

—Puedes hacerlo, estamos entre amigos. Ya te he dicho que Carola será mi esposa algún día.

—No; prefiero hacerlo mañana. Al fin y al cabo los negocios no

deben mezclarse con los placeres.

—«O. K.», muchacho. Más si quieres, espera unos segundos. Acostumbro acompañar a Carola hasta su casa todas las noches... Vente con nosotros... —hizo una pausa—. ¿Has traído coche?

—No. Utilicé un «taxi».

—Entonces no hablemos más, vamos.

Y sin esperar su asentimiento, Holmes Kellerman ayudó a levantarse a la joven.

Unos minutos después, su automóvil corría por el *boulevard* Wilshire en dirección a Los Ángeles. Pasado Figueroa Street, Kellerman detuvo el automóvil frente a una moderna casa.

—Adiós, Holmes, hasta mañana —se despidió la muchacha con bien timbrada voz, tras hacerlo del otro ocupante del vehículo. Los tres habían venido en el «baquet»: Kellerman conduciendo, la joven en medio y Simenon en el otro extremo.

—Adiós, querida, hasta luego —la corrigió con una sonrisa.

Y Carola Mason, tras alargar la mano al amigo del que podía decirse era su prometido, se perdió de vista al entrar en su casa.

El «boss» descendió con el automóvil por Figueroa Street. Volvió hacia Nollivood por Pico Boulevard.

—Es encantadora —dijo tras unos segundos de silencio.

—Sí; eso parece.

Nueva pausa.

—Bien —la rompió Kellerman cuando pasaban frente a los Estudios de la veinte th Century Fox. Tú querías hablarme, ¿verdad?

—Sí, Holmes; quiero hablarte... Pero antes perdona una pregunta que no quiero sea indiscreta. ¿Significa mucho para esa muchacha?

Kellerman arrugó el entrecejo. Detuvo el automóvil cuando aún no habían pasado las tapias del estudio cinematográfico. Se volvió hacia su amigo.

—¿Qué quieres decir?

—Precisamente lo que te he preguntado. ¿Qué es para ti Carola Mason?

Por unos segundos, el «gángster» quedó silencioso. Luego...

—No sé por qué me haces esa pregunta, pero supongo que lo sabré... Sí; efectivamente, Carola es mucho para mí. Trabaja en la R. K. O... No como estrella, no. Es «script-girl», aunque creo que por

poco tiempo. Espero que mi madre... regrese de Europa para casarme y abandonar Hollywood.

—Escucha, muchacho —le dijo Steven Simenon—: ¿tienes alguna duda de que soy tu amigo?

—Claro que no. Las amistades nacidas en el peligro y en la desgracia son las que perduran, ¿por qué?

—Porque quiero que comprendas que vengo a ti como amigo y no de otra forma. Escucha con calma, Kellerman; ¿cuándo regresa tu madre de... Europa?

Por la mente del «boss» pasó una idea. Su amigo estaba enterado de la verdad. Eso no era nada extraño, porque mucha gente sabía en Los Ángeles, Hollywood, y en una gran parte del sur de California quién era Holmes Kellerman.

—¿Qué quieres? —respondió, mirando con gesto duro a su interlocutor.

—Voy a decirte algo que vas a escuchar con calma —fue hablando lentamente, quizá para que el otro asimilara todo lo que iba diciendo—: sé de dónde regresa tu madre. Sé —repitió— que «llegará» —acentuó la palabra—, el día cinco de agosto de mil novecientos cincuenta y uno. Y sé —volvió a decir— «qué» motivó su ausencia hace veinticinco años.

Por unos segundos quedaron tan silenciosos, que hasta ellos llegaba el sonido de una orquesta tocando dentro de los estudios de la Fox. Quizá rodaran alguna película en aquellas horas de la madrugada.

Kellerman respiró profundamente.

—¿Desde cuándo estás tan bien informado?

—Desde que luchábamos codo a codo contra aquellos malditos japoneses. Y no olvides una cosa, Kellerman: uno de los dos inspectores federales que mató tu madre, se llamaba Simenon. Era mi padre.

Holmes levantó poco a poco la vista hasta mirarse en los ojos de su acompañante.

—¿Lo sabías cuando me protegías en Filipinas?

—Sí; lo sabía.

—¿Y a pesar de eso...?

—Los hijos no pueden tener la culpa de los errores de sus padres... Además, luchábamos por los Estados Unidos. —Volvió a

caer en una pausa, para añadir seguidamente—: Yo —dijo esa palabra muy lentamente, acentuándola, para darle el significado que quería—, yo —repitió—, aún sigo luchando por los Estados Unidos. Lo que lamento es que, en esta nueva Filipinas, tú hagas de japonés.

Kellerman fue comprendiendo algo de todo aquello.

—¿Pertenece a la Policía?

—No; pertenezco al

F. B. I.

Hace dos años que salí de la Academia de Quantico. Sólo quince días que he sido destinado a luchar contra el crimen organizado en Los Ángeles. Márchate. Si es tu gusto vivir contra la Ley, márchate a otro lugar; pero no me obligues a luchar contra ti. No quiero ser yo quien te lleve a una prisión o... a algo peor. Y sobre todo, Kellerman, que no influirá nada en mí la amistad que tuvimos... que tenemos —rectificó—, para cumplir con mi deber. Ése ha sido el motivo de querer hablar contigo.

El «gángster» puso el coche en marcha.

—¿Dónde quieres que te deje? —dijo por toda respuesta.

—Aquí mismo. Creo que nuestros caminos se han cruzado, aunque militemos bajo diferentes banderas.

Steven Simenon abrió la portezuela y se apeó del vehículo. Aún antes de marcharse alargó la mano por encima de aquélla.

—Soy tu amigo, Holmes. Pero no olvides que estoy tras de ti, como lo estoy tras de todos los que viven al margen de la ley. Adiós. Recuerda a Carola Mason y piensa si ella merece la pena de vivir honradamente.

Holmes Kellerman esbozó una sonrisa. Estrechó la mano que le tendía el agente del

F. B. I.

—A pesar de todo soy tu amigo —dijo—. Y pisando el acelerador se alejó rodeando los Estudios de la Fox, por el *boulevard* que lo llevaría hasta el de Santa Mónica, donde tenía su casa.

Steven Simenon quedó contemplándose la mano que había estrechado el «boss».

«Lo siento, amigo —murmuró—, pero la ley es la ley».

Por la mente de Holmes Kellerman cruzaron pensamientos,

mientras iba en el «Cadillac» al lado de su madre, todo lo sucedido en aquellos días. Efectivamente, el agente del

F. B. I.

estaba resultando peligroso para sus intereses. Quizá si hubiese aceptado sus consejos la cosa habría sido más fácil; pero Philip

O'Freyton

se negó rotundamente a secundar un proyecto tan descabellado, según sus propias palabras, por el que dejaban el campo libre, no ya a los federales, sino a otros «gangs» que intentaban obtener la supremacía en Los Ángeles y Hollywood.

Vera Kellerman miró a su hijo. Notaba que algo raro cruzaba por su mente. Fue algo intuitivo, porque no podía conocer sus reacciones.

—¿Qué piensas?

—Pues... francamente, madre. A veces creo que debíamos viajar por Europa. Esto está poniéndose algo... violento. Por segunda vez han detenido un barco que traía chinos para los Estados Unidos. Eran inmigrantes clandestinos de los cuales nosotros teníamos que hacernos cargo en Malibú Beach... La Policía de inmigración, junto a los del

F. B. I.,

consiguieron detenerlos cuando dos de nuestros hombres estaban esperándolo. Se resistieron y cayeron ametrallados.

Vera posó una mano sobre el brazo del muchacho.

—Dejarías de ser hijo de tu padre si en tu cabeza entraran tales pensamientos. Yo mismo te escupiría al rostro si supiera que sentías cobardía...

En una transición, agregó:

—Pero no, hijo. Sé que tú no puedes defraudar veinticinco años de espera. Ésta es mi revancha, la revancha de tu madre, a la que nadie puede evitar que se venga. Tengo proyectos; no te importe que ese asunto de los chinos se venga abajo. Desde hoy yo estaré junto a ti.

Volvió la cabeza hacía

O'Freyton,

y mirándole con ojos centelleantes terminó:

—Me has defraudado, Philip. Te confié a mi hijo para que hicieras de él un hombre como James Kellerman entendía que eran

los hombres... Pero no —agregó—; quizá sean figuraciones mías. Holmes será el dueño de Hollywood.

En ese momento, el automóvil se detuvo unos segundos. La puerta del jardín de la casa del «gángster» se abrió y el vehículo pasó al interior. Unos minutos más tarde, Vera Kellerman pasaba por primera vez, después de veinticinco años, a un lujoso dormitorio.

Mientras se desnudaba para entrar en el baño, un pensamiento acudió a su mente: «Sí —se dijo—; estas ropas que dejo en el suelo es como si fuera la mortaja de un muerto que abandonara su tumba. Para mí se abrió la tumba de la penitenciaría, aunque otras se están abriendo en estos momentos, esperando su presa de carne muerta». Luego, en voz alta, terminó:

—Sí; yo me encargaré de que queden bien repletas.

II

EL HOMBRE DE LA CAMELIA



del
F. B. I.,
se encontraba en la estación de Policía del barrio chino de Los Ángeles. Habían pasado más de diez días a partir del momento en que Vera Kellerman saliera de la penitenciaría de Bakersfield.

Un «yellow»[1] había informado sobre unos chinos que vivían clandestinamente en la ciudad. El capitán de la Brigada de Inmigración, Martin Gross, le había enviado un agente con un coche

patrulla para que se personara en aquella estación policíaca. La Federal y la de Inmigración estaban trabajando conjuntamente, puesto que habían surgido algunas ramificaciones en el caso de los orientales. Aparte de la entrada en los Estados Unidos de aquellos hombres, hecho que ya en sí vulneraba la ley federal, había sido señalado un fuerte contrabando de drogas procedente del otro lado del Pacífico.

El capitán Gross indicaba a Simenon la conveniencia de un registro en cierto lugar del Chinatown. Ya tenían preparados dos automóviles cuando el teléfono sonó estridentemente.

—«Hello!»... —dijo Martin Grosso, llevándose el auricular al oído.

Escuchó durante unos segundos. Luego, recogiendo un lápiz, apuntó unas señas sobre el papel.

—«All-right!»... Sí; entreténgalo un poco; no tardamos.

Se levantó, y al mismo tiempo que recogía el sombrero explicó a su acompañante:

—Otra vez esa banda de extorsionistas. En Main Street, próximo al puente que cruza el río, están queriendo «proteger» a un comerciante. Vamos; intentaremos cazarlos.

Unos segundos después, el auto patrulla corría por el Chinatown en dirección al lugar señalado. En el vehículo iban varios hombres dispuestos a entrar en acción.

Joe Capelli era un italiano cuyo restaurante de la Main Street tenía fama en todo el barrio chino y también fuera de él. Por las noches, a la salida de los teatros y cines, su establecimiento se llenaba de un público elegante que iba a comer, entre otras cosas, la especialidad de la casa: «spaghetis» o tallarines. De día también se llenaba su establecimiento, aunque entonces no fuera el público de costosos trajes de noche y pechera blanca.

En el momento que el coche de la Policía se acercaba hacia su establecimiento, abriéndose paso mediante el ulular de su sirena, Joe Capelli discutía con dos individuos, quienes trataban de convencerle de alguna cosa.

—«Per la Madonna!» —gritaba—. Les digo que yo no necesito protección ni ninguna clase de seguros.

—Eres un tozudo, Capelli —respondióle uno de los que hablaban con él—. Veinticinco dólares semanales es una miseria, y de esa

forma te quitas un gran peso de encima.

—Mira —intervino el otro visitante—. Suponte que llegan unos muchachos con ganas de divertirse, y cuando tienes el establecimiento lleno de ese público elegante sacan las pistolas y las disparan... al aire. Estoy seguro, si eso se repite más de una vez, que tu clientela se irá retirando... A nadie gusta que la agujereen la piel, ¿verdad? Recuerda lo sucedido al Roxy Theatre. El empresario se empeñó en no asegurarse en nuestra Compañía, y ya ves: por tres o cuatro veces le han soltado unas bombas de gases lacrimógenos en lo mejor de alguna representación. Creo —añadió, dando una risotada— que los pocos espectadores que ahora acuden llevan máscaras antigás.

—No me interesa —respondía obstinadamente el italiano—. En último caso, la Policía me protegerá. Sí, la Policía; para eso pago una contribución al Estado.

Uno de los dos visitantes, un hombre que llevaba una camelia en la solapa, apretó las mandíbulas. Cogió entre el pulgar y el índice aquella, e inclinando un poco la cabeza acercó la nariz a la flor, aunque no percibiría ningún aroma.

—Eres un estúpido, Capelli. Veinticinco dólares a la semana es bastante menos dinero de lo que perderás en un solo día de los muchos que tendrás tropiezos. Quizá lleguen más tarde algunos muchachos bebidos que se entretengan en lanzar ladrillos sobre todos tus cristales... También eso lo podrías evitar con nuestra protección; más si te empeñas, allá tú... A pesar de eso, estoy seguro de que dentro de unos días, cuando pasen cinco o seis a lo sumo, aceptarás el negocio que hoy rechazas estúpidamente.

Joe Capelli era un hombre de mal genio y pronto impulsivos. Por eso, al oír al individuo habló más de la cuenta:

—«Sapristi!» —exclamó—. ¡Si vuestros cochinos hombres han de venir a desmantelarme el establecimiento, no lo conseguirán, no! Para eso soy un contribuyente, y puedo pedir auxilio a la Policía... Mejor dicho —añadió, al sentir aproximarse la sirena policíaca de un coche patrulla—. Ya lo he hecho, sí. Mientras que estabais aquí, mi mujer ha llamado por teléfono a la estación próxima.

Lanzó una carcajada, agregando:

—Es muy gracioso, sí... Veremos si sois capaces de asegurar o proteger a alguien dentro de la Comisaría.

El hombre de la camelia lanzó una grosera maldición. Sin embargo, lo hizo sin descomponerse, con una tranquilidad tal, que parecía que charlaban amigablemente.

—Tú lo has querido, «traga macarrones» —dijo, y al mismo tiempo, de un movimiento rápido, sacó una pistola cuyo cañón aparecía alargado por un silenciador «Maxim». Sin decir nada más, con una fría sonrisa en sus labios, disparó una sola vez sobre Joe Capelli.

—¡No! ¡No! «Madonna!» —gritó éste.

Fue lo último que dijo. Un feo agujero apareció entre sus ojos, por dónde se escapaba un hilillo de sangre.

El italiano se desplomó sobre el mostrador, quedando en una grotesca postura.

Mientras tanto, el otro «gángster» había empuñado una automática y con ella amenazaba a los escasos clientes que presenciaban con terror lo ocurrido.

—¡No se mueva nadie! ¡Vamos, pronto, al suelo!

Una gruesa mujer, de unos cincuenta años, salió dando gritos y abalanzóse hacia el que había disparado sobre el italiano. Era la mujer del pobre Joe Capelli, que, como una furia vengadora, le clavó las uñas en la cara, dejándole unos surcos sanguinolentos.

—¡Perra! ¡Maldita sea tu alma! —Y al mismo tiempo que le daba una fuerte patada en el vientre, el hombre de la camelia retrocedió un paso antes de volver a disparar sobre ella.

—¡Vamos, pronto! ¡La Policía llega! —le advirtió el otro «gángster», al mismo tiempo que corría hacia la puerta con una pistola «Colt» en la mano.

Su salida del establecimiento coincidió con el coche patrulla, que con un fuerte rechinar de frenos quedó detenido.

El hombre de la camelia y su compañero corrieron desenfrenadamente hacia un «Ford» que en ese momento se ponía en marcha. La portezuela fue abierta desde dentro y ambos individuos se lanzaron uno tras otro al interior del vehículo. Luego, el auto aceleró por la Main Street en dirección al centro de Los Ángeles.

Del coche patrulla saltaron dos policías uniformados que entraron en el restaurante italiano. Sólo llegaron a tiempo de ver unos parroquianos asustados, quienes, tendidos en el suelo, no

hacían el menor movimiento, y a una pobre mujer gravemente herida, pero que había conseguido arrastrarse hasta llegar junto al cadáver de su marido, al que acariciaba sollozante, mientras de sus labios no salían más que incoherentes palabras.

Steven Simenon y el capitán Gross habían iniciado la persecución del «Ford».

Éste salió al Sunset Boulevard, y en ese momento corría hacia Hollywood, siempre seguido del automóvil de la Policía.

—Pisa, Luigi —ordenó el hombre de la camelia—. Hemos de dejar bien atrás a ese coche.

Hizo una pausa, que aprovechó para mirar por la ventanilla trasera.

—¡Maldito sea! —exclamó—. Joe Capelli fue un estúpido. El mismo se ha buscado los plomos que no ha podido digerir... ¡Maldita sea su alma! —repitió.

Y era que en ese momento pasábase los dedos por los arañosos que tenía en el rostro, producidos por la mujer del italiano.

Luigi, el conductor, dio un seco frenazo que hizo a los ocupantes del vehículo caer hacia adelante. En ese momento pasaban ante las construcciones del Hollywood Radio City, y un coche patrulla que desembocaba por Vine Street le interceptaba el paso. Rápidamente dio marcha atrás unas yardas, hasta llegar a la altura de Gower Street, por dónde se metió.

El coche del agente del

F. B. I.

tuvo que dar una guiñada peligrosa para evitar que el auto de los «gángsters» se le echara encima. El mismo interceptó el paso del automóvil de la Policía que había acudido a la llamada por radio, y cuando iniciaron la persecución habían perdido unos minutos valiosos. Sólo pudieron informarse por uno de los policías situados ante la puerta de los estudios de la Columbia que un «Ford» de las características que seguían había torcido por el *boulevard* Santa Mónica.

El Topanga Club estaba en lo más animado de la noche. No había una sola mesa desocupada, y entre los asistentes podían verse caras conocidas de populares estrellas cinematográficas. Sonrisas y saludos se cruzaban de mesa a mesa, aunque entre dientes, o tras un

amistoso «*Hello!*» se criticara el vestido atrevido de Jean Simmons o la última aventura más o menos extravagante de Eddie Bracken.

El Topanga Club había sido decorado por uno de los más famosos decoradores de Hollywood. Su gran salón de fiestas era un pequeño anfiteatro, en el cual las mesas se iban alejando de la pista de baile, siguiendo una serie de amplios escalones, a fin de que la visualidad de los asistentes fuera perfecta.

Alrededor de una mesa situada en un lugar apartado de los demás y reservado para la dirección del establecimiento estaba Holmes Kellerman, acompañado de su madre y Philip O'Freyton.

—Te digo —decía el «boss», dirigiéndose a su lugarteniente— que hay que sacar de Los Ángeles a esos fulanos —su voz era templada, sonreía amablemente a algún conocido que le saludaba, pero su tono era firme y enérgico—. Nunca me gustó que trabajaran para nosotros... Son sanguinarios y usan las armas más que la cabeza.

O'Freyton

permanecía silencioso. Volvió su mirada hacia Vera al tiempo que encogió los hombros con un gesto de indiferencia.

Vera Kellerman no parecía la misma que días antes había salido de la penitenciaría. En aquel momento, aunque se veía que era una mujer madura, no representaba los cuarenta y siete años que en realidad tenía. Vestía un traje de noche de «*chiffon* dorée» que se ajustaba al busto para caer en un amplio vuelo desde la cintura. El cabello lo tenía recogido sobre la cabeza en un artístico peinado, mientras su rostro, maquillado, ocultaba los estragos del tiempo, que para ella, más que por otra mujer, no había pasado en vano.

Captó la mirada de

O'Freyton.

Sin decir nada, sacó un cigarrillo de una pequeña pitillera que tenía ante ella y se lo llevó a los labios.

—Dame fuego —pidió.

Luego de lanzar unas volutas de humo al aire añadió:

—Eres un pusilánime, Holmes. En los tiempos de tu padre, tú no hubieses progresado. Eran los tiempos de los luchadores que sólo debían la supervivencia a su propia voluntad. Era la época en que los peces grandes se tragaban a los chicos, y para ser pez grande no

se podía tener miedo a nadar en sangre.

—Después —objetó Kellerman— aún se vivieron épocas peores: la de Dillinger, Alfonso Capone, Torio y tantos otros que no pudieron, a pesar de nadar en sangre, sobrevivir a la época. Estando tú en... ausente nació la Oficina de Investigación Federal. Es el terrible

F. B. I.,

del que supongo habrás oído hablar, ¿no?

—Estás equivocado, Holmes —respondió Vera con una sonrisa—. El

F. B. I.

ya existía cuando tu padre...

Calló. En una brusca transición agregó:

—Fueron hombres del

F. B. I.,

auténticos federales, los que pusieron fin a la vida de aquel valiente... ¿Sabes qué edad tenía yo entonces? Claro que lo sabes. Veintidós años. Y ya sabía nadar en eso que tú llamas sangre. Para detenerme tuvieron que herirme y dejarme sin sentido. Allí caí, junto a James Kellerman, al que sólo pudieron cazar cuando yo no vivía... Verdaderamente, hijo, me estás defraudando. Tú no encajas en el puesto de «boss». Te asusta la sangre, cuando lo más probable es que a la larga caigas bañado en la tuya propia. No eres más que un hombre de negocios dedicado a la explotación de varios «*night-clubs*». No comprendo cómo has podido ganar dinero.

—Bueno, Vera —medió

O'Freyton

—. En realidad, el muchacho tiene su procedimiento. El traer chinos tampoco se nos ha dado mal del todo. Con ellos venía alguna otra mercancía... Cuando le cedí mi sitio, al terminar la guerra, no lo comprendí. Luego, más tarde, vimos que se ganaba más y se evitaba un peligroso mueblecito: la silla eléctrica.

Vera Kellerman hizo un gesto de asco bastante expresivo. Volvió a fumar y quedó silenciosa.

La orquesta interpretaba una melodía que era bailada por varias parejas.

El «boss» movió su silla, acercándola más a la de su madre. Luego habló:

—Concretando, porque no se ha dicho nada sobre lo que me interesaba. Jimmy, el de la camelia, y John Lester han de largarse cuanto antes. Esos estúpidos se han metido en un mal paso, y no seré yo quien los proteja... Además, ya sabes no me gustó que trabajaran para nosotros. Tú lo quisiste, y he ahí las consecuencias. La «protección» y el «seguro» se consiguen por otros medios: por el terror. Un hombre con miedo paga; un muerto no sirve para nada.

Vera no habló una sola palabra. Se limitó a fumar y a observar lo que sucedía a su alrededor. Su hijo fue a decir algo más, pero, pensándolo, se puso rápidamente en pie y se alejó de la mesa.

—Es un caso perdido —comentó la mujer—. Su estúpida sensiblería terminará con él.

Holmes Kellerman entró en un lujoso despacho que tenía en el «*night-club*», dirigiéndose directamente al teléfono.

—Le pongo con el «plateau» donde ella se encuentra —dijo una voz femenina, en contestación a la pregunta que hiciera.

Unos minutos después hablaba con Carola Mason.

—Estamos terminando —respondió ella—. Dentro de quince minutos saldré en dirección a casa. No creo que tarde más de media hora en estar contigo.

—«O. K.», querida. Apresúrate.

Colgó el auricular, y luego, sentándose en un cómodo sillón, apoyó su cabeza en el respaldo, cerrando los ojos. Parecía dormir, más la realidad era bien distinta. Kellerman luchaba consigo mismo. Desde que su madre llegó a la casa del *boulevard* Santa Mónica, las cosas no marchaban como antes. Vera se había propuesto volver a los antiguos métodos, y él sabía que a la larga aquello tenía que hundirlos a todos.

Volvió a levantarse. Encendió un cigarrillo, y con él en la mano comenzó a pasearse por el despacho. Continuó trayendo a su memoria aquellos últimos días:

Jimmy, el de la camelia, y John Lester eran dos hombres que habían llegado a Los Ángeles, procedentes de Chicago. La «chica» de uno de ellos conocía a Vera Kellerman porque habíase pasado un par de años en la penitenciaría de Bakersfield. Se encontraron nuevamente, y de esa forma Vera conoció a los dos «gángsters». Desde que supo quiénes eran insistió a su hijo para que los admitiera con él. Fue de esa forma como aquellos dos individuos

entraron en su organización, y fue precisamente la primera vez que salieron a «trabajar» cuando ocurrió lo del restaurante de Joe Capelli.

Kellerman fumó cigarrillo tras cigarrillo. Continuó paseando, sin que se diera cuenta de cómo iba pasando el tiempo. Por dos o tres veces llegó hasta los cristales de una ventana y miró por ellos. Daban al Sunset Boulevard y bajo aquélla estaba la entrada al Topanga Club. En ese momento, el muchacho volvió a mirar hacia la calle. Vio cómo se detenía un automóvil y de él salía Carola Mason.

Su fisonomía se distendió en una sonrisa, porque, en verdad, Holmes Kellerman amaba a aquella mujer.

Quedó contemplando su grácil silueta, cuando, de pronto, sí alguien le hubiera estado observando, habría notado cómo su rostro sufría un brusco cambio. Poco a poco, la sonrisa se fue borrando de sus labios, para convertirse en un gesto duro. Frunció el entrecejo, y tirando el cigarrillo que fumaba, se retiró de su puesto de observación.

Había visto a Steven Simenon, el agente del
F. B. I.,

que se apeaba del auto que había traído a la muchacha.

Kellerman sabía que allí estaba el peligro. Conocía lo suficiente al federal para saber que era tenaz en lo que se proponía.

¿Qué le habría dicho a Carola? Jamás maldijo tanto el momento que flaqueó ante su madre y admitió entre sus hombres a Lester y a Jimmy, el de la camelia. ¡Maldita sea! Hasta entonces nunca había corrido la sangre en aquella clase de negocios. Se refería en sus pensamientos a lo concerniente a «seguros» y «protecciones». Todo el mundo oficial de Hollywood y Los Ángeles sabía que era él quien dirigía ese asunto, pero nunca habían podido probarlo. Ahora la cosa cambiaba. Había corrido sangre, había habido un muerto y, lo que era peor, lo que había hecho que la Prensa levantara demasiada polvareda fue el hecho de que una mujer resultara gravemente herida.

Nuevamente maldijo en su interior el estúpido asesinato de aquel italiano. Era verdad que él no era ningún puritano, pero también era cierto que sus manos, al menos directamente, no se habían manchado de sangre. La guerra fue la guerra. Aquello no

contaba.

Se sirvió medio vaso de «*whisky*» y lo bebió de dos tragos. Luego encaminóse hacia la puerta del despacho. Antes hizo girar sobre unas ocultas bisagras un cuadro que había en la pared. Quedó al descubierto un pequeño observatorio, por el que se veía el salón del Topanga Club. Miró hacia su mesa, viendo a Carola Mason, que en ese momento saludaba a Vera Kellerman. Esperó unos segundos, pero no llegó a ver a Steve Simenon. Sólo entonces cerró el observatorio y se encaminó a la puerta. Alargaba la mano para asir el picaporte cuando éste giró y alguien empujó aquélla.

—Hola, Holmes —saludó el agente del

F. B. I.,

que tal era la persona que había aparecido ante el «boss».

Por unos segundos, pocos, Kellerman quedó indeciso. El gesto desabrido que empezó a dibujarse en su rostro se borró, para dar paso a una sonrisa más o menos hipócrita.

—Hola, Steven —respondió, al mismo tiempo que se apartaba para dejarle paso—. Te he visto llegar con Carola. Ahora bajaba para reunirme con ella.

—Sí; tuve que ir a los estudios de la

R. K. O.

Asunto profesional —añadió—. Un registro en el camerino de una famosa estrella que abusa demasiado de las drogas. A la salida encontré a Carola Mason. La llevé en mi coche hasta su casa del *boulevard* Wilshire y luego la recogí para traerla hasta aquí. Parece ser que su automóvil sufrió una «panne»... Bonito despacho —añadió, dando una ojeada por él.

—Sí; no está mal... ¿Un «*whisky*»?

—Acepto. «Aún» —acentuó esa palabra— somos amigos.

Holmes echó en dos vasos parte del contenido de una botella de «*whisky*» escocés. Alargó uno al agente federal.

Una vez que hubieron bebido, Simenon dejó el recipiente sobre una pequeña bandeja. El muchacho le imitó.

—Bien —dijo—. Ahora me dirás qué quieres, ¿verdad?

El agente del

F. B. I.

apartó los faldones de su frac y se sentó sobre el brazo de un sillón.

—Sí; voy a hacerte una sola pregunta: ¿Dónde tienes escondidos

a los asesinos de Joe Capelli?

Kellerman maldijo en su interior a los dos «gángsters». Como temía, ya empezaban las complicaciones.

—Me estás hablando en japonés —respondió con tranquilidad—. Y ya sabes que no logré aprender ni una sola palabra durante nuestra estancia en Tokio.

Steven Simenon levantóse de donde estaba sentado. Avanzó un paso, hasta quedar frente al muchacho.

—Escucha, Kellerman: estás jugando con fuego... un fuego cargado de electricidad que terminará por alcanzarte. ¿Quieres decirme dónde está el pistolero que llevaba una camelia en la solapa cuando asesinó a un pobre hombre e hirió a una mujer? ¿Quieres decirme dónde se esconden él y su acompañante?

—Mira, Steven: estoy seguro de que conoces mi vida, porque para algo eres un sabueso del

F. B. I.

Más también estoy seguro de que sabes quiénes son mis hombres... Nunca tuve entre ellos a ningún aficionado a usar camelias.

—Efectivamente, este individuo escapó no hace mucho de Chicago, cuando la Federal iba a echarle el guante. Pero ¿qué me dices de un «Ford» cuya matrícula pudo captar la Policía?

—Si te refieres al «Hollywood

10-46-20»,

tengo que decirte que ésta es la matrícula de uno de mis automóviles; pero precisamente esta tarde denuncié su robo. Desapareció esta mañana del aparcamiento del McArthur Park, cuando mi secretario, Philip

O'Freyton,

lo dejó allí mientras iba al Banco Nacional. Puedes comprobar cómo sobre las once hizo efectivos unos cheques en la sucursal de la avenida Vermont.

Simenon movió la cabeza de un lado a otro, mientras una sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Tú solo estás caminando hacia la silla eléctrica, Holmes. Te aprecio. Sé que sólo el medio ambiente de tu vida ha hecho que estés al borde de esta pendiente mejor dicho, ya estás en ella, pero aún no has empezado a rodar vertiginosamente, empujado por cadáveres... Créeme que daría algo por no estar en Los Ángeles, y a

veces, hasta por no ser federal. Sin embargo, creo que yo, tu amigo, seré el que haya de llevarte ante el fiscal del distrito o ante un Tribunal federal.

Kellerman fue a decir algo, pero no pasó en su intención de entreabrir sus labios. El agente del

F. B. I.

estaba de espaldas a la puerta; pero él, frente a ella, vio en ese momento cómo su madre cruzaba la entrada y miraba con ojos centelleantes al agente federal.

Un sexto sentido advirtió a este que alguien miraba por detrás. Fue algo así como si su cerebro captara la mirada preñada de odio de aquella mujer. Se volvió lentamente e inclinó la cabeza, en un mudo saludo.

—Es... es un amigo —dijo Holmes, presentándole.

Luego añadió, dirigiéndose a Steven:

—Mi madre, Simenon.

Vera Kellerman fue avanzando hasta que llegó junto al policía. Levantó la mano, como si la ofreciera para que se la besase, más cuando el del

F. B. I.

se inclinó y alargó la suya para recoger la de la dama, ésta lanzó una carcajada, retirándola.

—Es curioso —dijo—. Por lo que he oído al entrar, es usted un po... —Iba a decir polizonte, pero no dejó escapar el vocablo— un policía, ¿no?

—Sí, señora. Un agente federal. Del

F. B. I.,

vamos.

—Y... ¿se llama Simenon?

—Sí, señora —repitió correctamente.

Luego, tras una brevísima pausa, agregó:

—Pero eso no tiene nada que ver para que yo sea amigo de Holmes Kellerman.

Vera avanzó un poco más, quedando con su rostro casi junto al del muchacho.

—Usted no puede ser amigo de mi hijo. He oído sus últimas palabras. Pero, por si fuera poco, hay algo que pone un muro entre usted y nosotros...

Quedó en silencio por unos segundos. Luego lo rompió, diciendo:

—Escuche. Hace muchos años hubo un agente federal que se llamó como usted, Simenon.

—Sí, pero no agente. Era inspector y... era mi padre.

Vera abrió los ojos desorbitadamente. Luego, retrocediendo varios pasos, lanzó una larga carcajada. Se sentó en el sillón que momentos antes ocupaba el federal y continuó riendo.

—Es curioso —dijo, entre risas—. Usted, hijo de aquel inspector.

Luego sufrió una brusca transformación. Levantándose, gritó:

—¡Lárguese! ¡Lárguese rápidamente de aquí! ¡Un hijo del polizonte que mató a James Kellerman no puede estar ante mis ojos sin que yo le escupa al rostro! ¡Lárguese, antes que...!

Calló, y nerviosamente abrió un pequeño bolso que hacía juego con su traje de noche.

Steven Simenon aquilató la situación. Leyó en los ojos de aquella mujer algo que posiblemente le avisó del peligro. Con un ágil movimiento le arrebató el bolso, ya abierto. Sacó del interior una pequeña pistola, de cachas de nácar, pero que no por eso era menos peligrosa que otras de más feo aspecto. Sacó el cargador, y guardándoselo en un bolsillo dejó el arma sobre la mesa después de comprobar que no tenía ninguna bala en la recámara.

—La siento, señora —dijo desde la puerta, cuando se disponía a salir—. Pero no puedo consentir que haga conmigo como hizo con mi padre.

Y dando media vuelta se alejó de aquel despacho con paso firme y seguro.

Vera Kellerman le siguió con una mirada de odio. Tras unos segundos se volvió hacia su hijo, y extendiendo la mano hacia la puerta señaló con el índice:

—¡Mátalo, Holmes! ¡Mátalo! El hijo del hombre que mató a tu padre no debe vivir.

Luego, como una cantilena monótona, aún repitió por tres veces:

—¡Mátalo!... ¡Mátalo!... ¡Mátalo...!

¡GRAN EXTRAORDINARIO DEL F. B. I!

YO, DIRECTOR DEL F. B. I.

*se titula la maravillosa novela EXTRAORDINARIA que
conmemora el Primer Centenario de la Colección
F. B. I., escrita magistralmente por*

A L F M A N Z

el inolvidable autor de ¡C U L P A B L E!

¡POR 8 PESETAS UNA OBRA MONUMENTAL!

III

VERA TOMA UNA DECISIÓN



UANDO Steven Simenon abandonó el despacho donde habían quedado los Kellerman, bajó pausadamente la escalera, hasta llegar al pie de ella. Desde allí veía todo el salón del Topanga Club. En ese momento se encontraba sumido en una semipenumbra, disipada en parte por un potente reflector que caía sobre una pareja de bailarines acrobáticos interpretando su número.

El agente del
F. B. I.
vio a Carola Mason acompañada de Philip
O'Freyton.

Tuvo intenciones de acercarse a ellos, pero no se decidió, y se encaminó hacia la puerta. Sólo recogió del guardarropa la chistera y

un bastón con el puño de marfil.

Cuando abandonaba el Topanga, una salva de aplausos le hizo comprender que los bailarines habían terminado su número. Subió al automóvil que había traído. Antes de ponerlo en marcha quedó pensativo, fumando.

Steven Simenon había sido enviado desde Washington precisamente para acabar con el imperio de los bajos fondos de Los Ángeles. Hollywood era una atracción para los fuera de la ley, porque alrededor del brillo deslumbrante de las estrellas cinematográficas, de los altos magnates de la industria y de los opulentos visitantes a la Meca del séptimo arte giraba un complejo de circunstancias muy a propósito para el desarrollo del crimen en sus múltiples facetas.

Lamentaba tener que enfrentarse con Holmes Kellerman. Era, quizá, el único amigo que tuvo en toda la campaña del Pacífico. Amigo en la verdadera acepción de la palabra, puesto que si a todos sus compañeros de escuadrilla los consideraba así, con Kellerman tuvo una amistad íntima de la cual nacieron afectos que en aquel momento lastraban su misión. Sin embargo, Simenon había decidido llegar hasta el fin. Estaba convencido de que el asesinato del italiano había sido ejecutado por hombres de su amigo.

Miró el reloj del tablero de instrumentos. Eran cerca de las tres de la madrugada. Sólo entonces puso en marcha el vehículo, y mientras lo dirigía hacia la Pershing Square, Steven movió lentamente la cabeza al pensar en Carola Mason.

La muchacha quería en verdad a Kellerman. Sabía, mejor dicho, intuía algo de sus sucios manejos, pero nunca llegaba a aproximarse a la realidad de la situación. Carola no se extrañaba de que su novio tuviera un grupo de hombres a su alrededor, porque los Clubs nocturnos requerían ciertas garantías no necesarias en otros negocios. Al mismo tiempo disculpaba lo que ella creía un contrabando de bebidas extranjeras con destino a las salas de fiestas de su prometido. Había oído hablar muy mal de Kellerman, pero aunque la joven no era una ingenua, sí sabía de las envidias y murmuraciones de Hollywood, que derrumbaban una reputación, aunque eso mismo sirviese como propaganda efectiva para encumbrarse en los estudios.

Simenon sentía pena por la muchacha. El encontrarla en los

estudios de la

R. K. O.

había sido una cosa preparada de antemano por parte de él. Necesitaba tener una larga conversación con la joven. Así fue, efectivamente, y a través de ella pudo constatar dos cosas: o era ajena a todas las maniobras de Kellerman, o... digna de figurar entre las mejores estrellas de los «plateau». Sin embargo, Steven se inclinaba, sin ninguna duda, por lo primero.

El agente del

F. B. I.

dejó su automóvil en el garaje del hotel en que se hospedaba. Subió a su habitación, y aún, antes de acostarse, paseó breves momentos por su dormitorio. El día siguiente sería muy movido, pues había pedido un mandamiento judicial para proceder al registro de algunas casas sospechosas.

Simenon dejó el cigarrillo que fumaba sobre un cenicero y sin más demora se metió en la cama. Al poco tiempo nadie diría qué clase de preocupaciones le atenazaban, porque dormía con un sueño tranquilo, del que fue sacado de la forma que menos podía esperar.

Vera Kellerman era una mujer de acción. No bien el agente del F. B. I.

salió del «*night-club*» y ella lo comprobó por la ventana al verlo subir en su automóvil, se volvió hacia su hijo, que permanecía silencioso con un nuevo vaso de «*whisky*» en la mano.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó.

Al no obtener contestación, agregó:

—En caso de haber sido tu padre, yo bien sabría lo que saldría de él; una orden para que dos muchachos decididos lo dejaran imposibilitado de llevarte ante el fiscal del distrito o ante un Tribunal federal. No puedes negar que te ha amenazado con hacerlo, ¿verdad?

—Efectivamente, pero... ¿qué debo hacer? No puedo ordenar que lo «paseen». Steven Simenon es amigo mío. Me salvó la vida, me protegió en Filipinas, porque yo era el más joven de los pilotos.

Se enderezó la corbata ante un espejo colgado de la pared, después de dejar el vaso en la mesa, y se dispuso a salir del despacho.

Su madre se interpuso entre él y la puerta. Sus ojos brillaban de ira. Levantando una mano, que puso en el pecho del muchacho, le detuvo.

—Tú no harás eso, Holmes —dijo lentamente—. Tú no lo harás, porque entonces yo misma sería capaz de matarte. Quizá si fuera un simple polizonte, no me importaría gran cosa que fuese así; pero es el hijo del que disparó su ametralladora sobre tu padre... ¿Comprendes? Yo estaba a su lado; vi, sentí cómo los proyectiles se clavaban en su pecho y cómo la sangre iba empapando su ropa.

Su voz se iba excitando. Llegó un momento en que, agarrándose violentamente la porta manga del vestido, dio un tirón, hasta dejar el hombro al aire. Luego señaló una pequeña cicatriz, añadiendo:

—Cuatro como esta tengo en mi cuerpo, Holmes. Cuatro balazos que recibí de aquel policía antes de terminar con él... —Lanzó una histérica carcajada—. ¡Y tú quieres ser sensible como una colegiala! ¡Quieres quitarte del paso de la ley, como si con eso fuera bastante!... ¡Estúpido! ¡Así no conseguirás más sino que ese federal termine contigo, como su padre terminó con el tuyo!

Kellerman levantó la manga de su madre hasta cubrirle nuevamente el hombro.

—No puedo; lo siento, pero yo no puedo matar a Steven Simenon.

—¡Cobarde! —Le escupió.

Y al mismo tiempo que decía eso retrocedió un paso. Después, con toda la fuerza que la cólera le daba, levantó la mano, dejándola caer por dos veces, de derecha a izquierda, sobre el rostro de Holmes Kellerman.

Por encima del apagado ruido de la orquesta que llegaba hasta ellos se destacaron los secos chasquidos de las dos bofetadas.

El «boss» apretó las mandíbulas hasta que se oyeron claramente rechinar los dientes. Clavó la mirada en su madre, sin decir nada, mientras ésta dio media vuelta y salía del despacho con un fuerte portazo, que repercutió en la habitación.

Cuando Vera llegó a la planta donde estaba el «*cabaret*» ya no se leían en su rostro las tumultuosas pasiones que momentos antes se apoderaron de ella. En el corto trayecto que mediaba desde el despacho donde había quedado su hijo hasta allí tomó una determinación, que decidió llevar a la práctica.

Se acercó a la mesa donde habían quedado Carola Mason y Philip O'Freyton.

—Holmes te reclama, querida —dijo, sonriente, mirando a la muchacha—. Está en su despacho. Sube; quizá tenga que contarte algo.

—«*All right*» —respondió la muchacha—. De todas maneras, estoy muy enfadada con él. Me tiene muy olvidada.

Cuando la muchacha les abandonó, encaminándose hacia donde estaba su prometido, Vera Kellerman hizo una indicación a Philip O'Freyton.

—Vamos; te necesito. Llévame a tu coche.

Unos momentos después estaban sentados en el «baquet» del vehículo.

—¿Y bien...? —interrogó el lugarteniente de Kellerman—. ¿Qué ocurre?

—Demos un paseo. Déjame ordenar, pensar lo que he decidido.

—«O. K.». No lo entiendo mucho, pero «O. K.».

Puso en marcha el automóvil. Descendieron por Sunset Boulevard hasta que llegaron al mar. Enfilaron la avenida del Océano. Pasada la pequeña aglomeración de villas y hotelitos de Playa del Rey, Vera tocó el brazo de O'Freyton.

—Para —dijo escuetamente.

El vehículo quedó detenido en un lugar desde el cual se divisaba la Universidad de Loyola.

—¿Qué ocurre?

—¿Dónde se ocultan Lester y Jimmy, el de la camelia?

—No muy lejos de aquí. En Culver City.

—Estupendo. Ahora, escucha.

Y Vera Kellerman contó parte de lo sucedido con su hijo y lo que había oído decir al agente del F. B. I.

Aún agregó algo más que, en verdad, no se había dicho para nada y obligó a preguntar al hombre:

—¿Dices que ese federal tiene una orden de detención contra mí?

—Así es. Lo dijo claramente. Necesitamos «silenciarlo». Llévame

donde se ocultan esos muchachos.

—Y Holmes, ¿qué dice?

—No te preocupes de él. Ha dejado este asunto en mis manos.

—Hum... —

O'Freyton

movió la cabeza de un lado a otro.

Era un hombre que rayaba en los cincuenta y seis años, y no le gustaba aquello. En un tiempo, cuando «trabajaba» a las órdenes de James Kellerman, hacía más de veinticinco años; incluso cuando él organizó un «gang», la acción y la violencia eran sus procedimientos favoritos. Pero desde que Holmes se hiciera cargo de la banda y demostrara que el derramamiento de sangre era una cosa poco práctica, aunque a veces se hiciera necesaria, Philip

O'Freyton

vivía más tranquilo.

—Bien —dijo, tras un suspiro—. ¿Quieres decir que ha de volverse a los viejos métodos? No sé qué dirán los del «Sindicato». Esto podría ser también peligroso para ellos, más... si el jefe lo ordena... Creo que sabe lo que hace. Vamos.

Hizo arrancar el coche. Corrieron en silencio durante unos minutos. Antes de llegar a Culver City, tras cruzar el *boulevard* Sepúlveda.

O'Freyton

detuvo el automóvil. En la avenida Washington lo aparcó e invitó a la mujer a descender. Caminaron unas yardas, hasta llegar a una casa de moderno aspecto. Era un «*boarding* house», donde se alojaban «extras» y personal secundario de los próximos estudios cinematográficos.

O'Freyton

sacó una llave y abrió el portal. Tras cruzarlo, siempre seguido de Vera Kellerman, entraron en el ascensor.

—Piso nueve —dijo escuetamente al «boy».

Momentos después, Philip golpeaba de una forma prevista sobre el tablero central de la puerta. Antes había oprimido el pulsador de un timbre, cuyo sonido llegó hasta los recién llegados.

La puerta se abrió unos milímetros y por la ranura se vio el rostro de John Lester. Sólo cuando comprobó de quién se trataba dejó libre el paso.

O'Freyton

y Vera entraron en el departamento. Lester sacó una pistola del bolsillo de la americana y se la guardó en la funda sobaquera. Jimmy, el de la camelia, salió de detrás de la puerta con una pistola «Colt» en la mano derecha. Iba en mangas de camisa, y al guardarse el arma en la funda quedó la culata visible para los visitantes.

—Toda precaución es poca —aclaró—. Los «bulls»[2] andan tras nuestras huellas, y no podemos descuidarnos.

—Sí, ya lo sé —respondió Vera Kellerman—. Precisamente venimos por eso. Hay un maldito polizone que está siguiendo vuestra pista. Es un agente del

F. B. I.

que os pisa la sombra desde Chicago. Después de la faenita del restaurante del italiano, Steven Simenon, que así se llama el individuo en cuestión, ha reconocido a uno de vosotros.

—¿Cuál? ¡Maldita sea su estampa! —exclamó Lester.

O'Freyton

fue quien respondió:

—Según parece, una sola persona acostumbra a llevar flores en el ojal cuando va a «trabajar». Toda la culpa de esto la tiene esa maldita costumbre de colocarse una camelia.

—¡Claro que tenía que suceder! Ya le dije a Jimmy que era una estupidez, más se empeña en no salir si no es con la flor en la solapa... ¡Flores! —exclamó despectivamente—. Vamos a ver si cuando te lleven a la silla eléctrica tienes ganas de usarlas. ¡Flores! ¡Bah! —repitió por segunda vez.

Vera Kellerman creyó llegado el momento de exponer su plan, les habló de la necesidad de cortar el peligro antes de que fuera demasiado tarde.

—Hay un solo hombre en Los Ángeles que os conoce personalmente. Es un federal procedente de Chicago... Quitándole de la circulación se alejará el peligro. Por eso hemos venido hasta aquí. Éste es un asunto que a vosotros os interesa más que a ninguno de los demás muchachos. Claro es que también hay un puñado de dólares para quienes terminen con él. ¿Interesa el asunto?

Jimmy llegó hasta una silla y recogió su americana, colocada sobre ella. Se la puso. En la solapa lucía una bonita camelia, que

enderezó con los dedos.

—Debes quitarte eso, Jimmy —le dijo

O'Freyton

—. A estas horas te deben buscar, y como dato personal habrán dado el de la flor.

El «gángster» encogió los hombros.

—Es mi amuleto. El día que me la quite sé que me sucederá algo... Y hablando de otra cosa. ¿Cuántos billetes caben en el puñado de dólares?

—Digamos —repuso Vera— diez de cien para cada uno. ¿Hace?

—No es mucho, pero sirve.

Unos minutos después, las cuatro personas salían del «*boarding house*».

En realidad, ignoraban el domicilio del agente secreto. Sin embargo, Vera llevaba un plan para conseguirlo. Hizo que el automóvil se detuviera frente a una oficina que permanecía abierta toda la noche, dedicada a recibir y dar encargos. Allí mismo escribió unas líneas en un papel, metiéndolo dentro del sobre. En este puso la siguiente dirección:

«Míster Steven Simenon.

Agente del Federal Bureau of Investigation.

Jefatura de Policía de Los Ángeles».

Luego, con lápiz encarnado, subrayó unas palabras: «Personal y muy urgente».

—¿Quién lo llevará?

El encargado nocturno de la Agencia de recados señaló hacia un par de muchachos que dormitaban sentados en un rincón.

—Si lo llevan ahora mismo, sin esperar a que sea de día, la tarifa será doble.

—Sí, ha de ser ahora mismo. Habrá una propina doble de la tarifa si consiguen que esta carta sea entregada a su destinatario antes de media hora.

El encargado llamó a uno de los muchachos, al cual puso en antecedentes de lo que tenía que hacer.

—«O. K.», jefe —respondió, y tomando la carta en sus manos se dispuso a partir.

Vera Kellerman pagó lo estipulado. Luego sacó un billete de cinco dólares y se lo alargó al muchacho portador de la carta. El

«groom», un jovenzuelo avisado, con cara de granuja, vestido con uniforme de color llamativo, guiñó picarescamente un ojo.

—Con este salvoconducto —dijo—, no pararé hasta que lo haya entregado.

Vera salió, y subiendo al automóvil ordenó:

—Vamos, rápido. Lleva el coche hasta la Jefatura de Policía de Los Ángeles.

—¿Eh?... ¿Hasta dónde dice?

—No seas estúpido. Vamos —repitió—. Te detienes en un lugar lejano, pero desde donde se vea la puerta.

Cuando, veinte minutos más tarde, quedaron situados en un lugar estratégico, no tuvieron que esperar más de cinco minutos. En lontananza ya empezaba a vislumbrarse una leve claridad precursora del amanecer.

Un antiguo «Ford» se detuvo ante la puerta de la Jefatura de Policía. De él se apeó el «boy» de la Agencia de recados.

—Deprisa, síguelo —ordenó Vera cuando, poco después, el muchacho volvía a salir y subía al «baquet» del automóvil.

En un momento determinado, el coche de los «gángsters» se adelantó al muchacho. Al cruzar junto a él, Vera hizo una indicación para que se detuviese.

O'Freyton

gruñó algo sobre lo poco que le estaba gustando aquel asunto. Se estaban dejando ver por demasiadas personas. Se ocultó lo mejor que pudo en la penumbra del interior. Jimmy y Lester le imitaron. Sólo Vera, apeándose, caminó hacia el coche de la Agencia, parado a unas yardas. Cuando estuvo junto al muchacho preguntó:

—¡Hola! ¿Entregaste la carta?

—No, señora. Al ver que era urgente y personal, y como el destinatario no estaba allí, no quise dejarla.

La mujer maldijo interiormente por el mal resultado del plan.

—¿Entonces...?

—Ahora la llevo. Hablaron por teléfono y me pusieron unas señas...

—Bueno; el caso es que ya no es necesario que la lleves. Tráela y toma, para que bebas un trago.

Vera le alargó otros cinco dólares.

El «boy» encogió los hombros, como si no comprendiera aquel

asunto. Sin embargo, alargó la mano y recibió el billete.

—Bien, como usted quiera. De todas maneras, muchas gracias... Si todos los días salieran clientes como usted, me haría rico en poco tiempo.

Vera Kellerman esperó a que el automóvil de la Agencia hubiese partido. Luego volvió al suyo con el sobre partido (lo había roto en cuatro pedazos al recibirlo, pero sin tirarlo), y entrando en el «baquet» lo extendió sobre sus rodillas. A la luz del tablero de instrumentos pudieron ver que en tinta habían agregado unas líneas con la dirección del agente del

F. B. I.

—Ya lo tenemos —dijo la mujer—. Ahora sólo queda ir por él.

Se volvió hacia Philip

O'Freyton,

que conducía, y con un tono de voz ronco y precipitado agregó:

—Hotel Falos Verdes, Pershing Square, frente al Auditórium de la Filarmónica.



¡ATENCIÓN!, LECTORES ENTENDIDOS:

A costa de sacrificios económicos, se os ofrece
una original Colección titulada

NOVELISTAS DE HOY

Una serie de novelas *inéditas* escritas por
BAROJA, LOPEZ DE HARO, LAFORET,
CELA, INSUA y otros de igual fama, al
precio ínfimo de CINCO PESETAS

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

IV

EN PELIGRO DE MUERTE



TEVEN Simenon se había puesto un batín de seda sobre el pijama. Sentado en un cómodo butacón, leía un libro, esperando la llegada de una carta urgente que le habían anunciado desde la Jefatura de Policía. No comprendía de quién podía ser, pero él mismo indicó al sargento de guardia, cuando le llamó por teléfono, que diera la dirección suya al portador para no perder tiempo.

Leía una interesante teoría de Freud sobre el psicoanálisis aplicado a un caso criminal cuando por segunda vez en la noche repiqueteó el zumbador del teléfono.

Simenon acudió a él y habló unas palabras. Era el portador de la carta, que esperaba en el «hall». El

«G-Man»

ya había dado instrucciones para que le avisaran cuando llegara.

—Súbanla —ordenó, y, colgando, se dispuso a recibirla.

No habían transcurrido tres minutos cuando el zumbido de un timbre con sordina le avisó de que alguien llamaba a la puerta. Steven se encaminó a ella.

Aún no era de día claro. Sin embargo, ya entraba la suficiente claridad por la ventana de su departamento para que casi se vieran los objetos sin la luz eléctrica, a pesar de permanecer esta encendida.

Simenon abrió la puerta. Rápidamente avanzó un paso, intentando volver a cerrarla, pero ya era demasiado tarde. Ante él tenía dos hombres que con sendas pistolas automáticas en las manos le amenazaban de muerte.

Enseguida se dio cuenta de la identidad de los pistoleros. Los reconoció por dos motivos: uno y principal, por la camelia que adornaba la solapa de uno de ellos el otro, porque recordaba la fisonomía de ambos por haber sido pasado por el «teatro»[3], posiblemente más de una vez.

Jimmy, el de la camelia, fue el primero en entrar. Lester, tras él, cerrando la puerta a continuación.

—Creo que nos buscabas, ¿verdad? —dijo el de la flor—. Pues ya estamos ante ti. Aunque supongo que no te va a servir de nada, por lo menos estarás contento, ¿no?

Simenon sabía que su vida corría un grave peligro. Desconocía el grado de peligrosidad de John Lester, pero no ignoraba que Jimmy, el de la camelia, era capaz de meterle una bala en la cabeza al mismo tiempo que se llevaba la flor a la nariz para percibir su aroma.

Fue retrocediendo hasta llegar al centro de la habitación.

—¡Levanta los brazos! —le ordenó uno de los «gángsters»—. Estamos decididos a no dudar un solo segundo si fuese necesario dejarte «frito» aquí mismo.

El agente del

F. B. I.

obedeció rápidamente. De momento, le interesaba ganar tiempo, el

mayor tiempo posible.

—Creo que no vais a conseguir gran cosa con mi muerte... Donde yo caiga llegarán otros, y en verdad que alguno ha de triunfar sobre vosotros. La ley es demasiado poderosa, y sólo llegaréis al final: la silla eléctrica o la cámara de gas.

—¡Calla! —tronó Lester, y acercándose al muchacho pasó rápidamente sus manos por el batín y el pijama. Al darse cuenta de que no llevaba ningún arma le permitió bajar los brazos.

Mientras tanto, Jimmy contemplaba unas flores que había sobre una mesita, dentro de un jarrón.

—Me estás resultando simpático, polizone —dijo—. Nunca vi a ningún federal que le gustaran las flores... Quizá será —añadió, sonriente— porque nunca les pregunté tal cosa... Te prometo, si tienes la desgracia de que te ocurra alguna cosa, enviarte un buen ramo de camelias blancas. Ahora —continuó—, vete vistiendo, sin hacer ninguna tontería. Hemos de dar un pequeño paseo.

Steven Simenon decidió obedecer. Con eso ganaba tiempo. Ya era de día completamente, y si lo llevaban a la calle podría tener alguna probabilidad de escapar. Había creído que intentarían asesinarlo allí mismo; pero, por lo que veía, el asunto no sería así. De momento, podía esperar. No intentaría una acción desesperada, que podría serle fatal.

Por su parte, los pistoleros ya tenían un plan preconcebido; un plan indicado por Vera Kellerman, la que desde dentro del coche, con Philip

O'Freyton

al volante, esperaba a unas yardas de la puerta del hotel, aunque desde un lugar que no sería vista por el muchacho del

F. B. I.

Vera estuvo tentada de acompañar a Simenon hasta el final. Quería gozarse en su muerte y decirle era ella quien mató a su padre y la misma que ordenaba su asesinato; pero

O'Freyton

logró disuadirla de ello. Por eso sólo permaneció a la expectativa hasta que vio cómo el agente federal salía del hotel en medio de los dos «gángsters». Una sonrisa hizo distender sus labios y su rostro tomó una expresión de odio profundo tan demoníaca, que su acompañante no pudo por menos de decirle:

—¿Tanto le odias? El padre de ese policía dirigía los hombres que asaltaron hace veinticinco años la casa del *boulevard* Ramona; pero... hasta cierto punto, ¿tiene algo que ver ese individuo con aquello?

La mujer volvió la cabeza. Miró al que hablaba.

—Es mi desquite, Philip. Una revancha madurada durante cinco lustros, en los cuales no he hecho más que pensar... «Barrenar» dicen allí, y es algo endiabladamente acertado como no puedes tener idea. Un pensamiento que se introduce en tu cabeza y gira; gira una y otra vez, hasta que poco a poco va perforando tu mente, convirtiéndose en una obsesión. Mi hora ha llegado. No es ese individuo que camina hacia su fin el único que odio. Para mí, todos los llamados defensores de la ley son odiosos; todos, sin excepción, y en particular los del

F. B. I.,

son los que mataron a James Kellerman. Hoy empieza mi desquite, la revancha de Vera y James Kellerman; la revancha de un muerto y de una mujer que permaneció encerrada durante veinticinco años.

Calló. En aquel momento, su rostro no tenía nada femenino. Era una expresión dura, hasta tal punto repelente, que Philip

O'Freyton

sintió un escalofrío por su espina dorsal.

—¿Y ahora? —preguntó cuando vio salir al agente federal entre los dos «gángsters».

Sin responder, Vera miraba cómo se alejaban. Sólo cuando se perdieron de vista por la Hill Street habló unas palabras:

—Vámonos a casa. Estoy cansada.

Mientras tanto, Simenon caminaba junto a sus dos captores.

—Escucha, polizone —le había dicho John Lester al salir de su habitación—: vas a ir en medio de nosotros dos. Llevamos las pistolas a punto de ser disparadas. Jimmy, en el bolsillo de la americana, sin sacar el dedo del gatillo. Yo... —Miró a un lado y a otro, hasta que dentro de un armario encontró lo que buscaba: un pañuelo grande de seda, al que anudó por dos puntas. Luego lo colgó del cuello y metió la mano, como si la llevara herida. En ella llevaba su pistola debidamente oculta, pero apuntando al pecho del «G-Man».

Así salieron del hotel; de esa manera pasaron ante el conserje

nocturno, que en ese momento estaba siendo relevado por su colega de día, así como ante un número bastante considerable de sirvientes que terminaban la limpieza, iniciada de madrugada.

Steven Simenon sabía que los dos pistoleros no dudarían en meterle unos plomos en el cuerpo si él hacía la menor resistencia. Vivo, tendría posibilidades de escapar; muerto, todo se habría terminado. Debía tener paciencia, mejor dicho, una gran sangre fría necesaria en aquellos momentos. Pero Simenon había sido piloto de caza, y eso era algo que templaba los nervios para siempre.

Cuando salieron a la Pershing Square, el muchacho miró a un lado y a otro. No vio nada ni nadie que pudiera servirle. Junto a él, los dos pistoleros, dispuestos a matar a la menor señal de peligro.

—¿Dónde vamos? —preguntó Simenon.

—No te preocupes. Un paseíto a estas horas te hará bastante bien.

Caminaron por la Hill Street, hasta llegar a la Subway Terminal. Allí subieron a un «taxi» aparcado frente a la estación.

Jimmy, el de la camelia, que llevaba la voz cantante, habló unas palabras con el chófer. El vehículo subió por el *boulevard* Ramona. Pasado Garvey, entraron en un estrecho camino paralelo a la vía del ferrocarril Souther Pacific.

Antes de eso, a la salida de Los Ángeles, Jimmy ordenó parar el «taxi».

—¡Apéate! —le ordenó al chófer.

—¿Cómo?

—¡He dicho que te apees! ¡Rápido!

El conductor fue a iniciar una protesta, pero obedeció rápidamente. La segunda orden había sido apoyada por una pistola que se movía ante sus narices.

Lester pasó al volante y el automóvil salió de la ciudad. Cuando llegaron a un lugar donde un grupo de árboles marginaban la carretera, detuvo el coche. Jimmy, que iba detrás, junto al prisionero, abrió la puerta.

—Vamos, amigo. Vete apeando —y al decir eso clavó el cañón de su pistola en la espalda del policía.

Simenon se sabía perdido. El momento había llegado. Sentía en su cuerpo el cañón del arma empuñada por el de la camelia y comprendía que estaba inerme en manos de sus enemigos. En ese

momento se arrepintió de haberse dejado sacar de Los Ángeles sin jugarse el todo por el todo. Conocía el procedimiento: Un tiro en la nuca y le dejarían tirado en una cuneta.

Steven Simenon sintió miedo. Un miedo atroz, aunque supo ahogarlo sin que trasluciera al exterior. «No debo dejarme asesinar sin luchar», se dijo. Y tal como lo pensó, lo hizo.

Lester se había apeado y en aquel momento abría la portezuela trasera para que su prisionero bajara. Esto le hizo pensar que no intentaban disparar desde dentro del coche. En el momento que ponía el pie en el macadan de la carretera se le ocurrió el plan.

Jimmy se inclinaba, sin soltar el arma, para salir del vehículo. Lester, junto a la puerta, amenazaba al federal, ya en tierra. En este momento, Simenon hizo dos rapidísimos movimientos: uno, darle una patada a la portezuela, que, al cerrarse, golpeó al hombre de la camelia. Un golpe tan fuerte, que perdió la pistola, al mismo tiempo de lanzar un grito de dolor, pues había encajado un buen portazo en el rostro.

Al mismo tiempo, Steven se tiró en un magnífico «plongeon» sobre John Lester, quien no esperaba aquella reacción y estaba algo descuidado, ya que sabía la vigilancia ejercida por su compañero sobre el prisionero. Cuando quiso disparar la bala pasó a varias pulgadas por encima de la cabeza del hombre del

F. B. I.

Simenon obligó con una llave de lucha japonesa a que su contrincante soltara la pistola. Tenía que dejarle fuera de combate cuanto antes. Sabía que Jimmy no tardaría en reaccionar y entonces todo estaría perdido. Sin embargo, Lester era corpulento y aguantaba la lucha. Rodaron por el suelo. Peleaban como podían. Lester, por terminar con el policía; Simenon, con la desesperación de quien sabe que cada segundo transcurrido le acercaba más a la muerte. Todo dependía del tiempo que tardara el hombre de la camelia para acudir en ayuda de su compañero.

El «gangster» estaba debajo de su contrincante. Steven le tenía cogido por el cuello, mientras con la otra mano golpeaba desesperadamente una y otra vez su rostro. Poco a poco notaba cómo la presión de su enemigo aflojaba. Levantó el puño para darle un golpe decisivo, cuando sintió como si su cabeza estallara en medio de mil lucecillas relampagueantes. Antes de sumirse en las

tinieblas, por la mente del federal pasó un fugaz pensamiento, no materializado en palabras: «¿Por qué, Holmes? ¿Por qué lo has hecho?». Luego, nada. Sólo un vacío, un abismo profundo en el que fue cayendo.

Jimmy recibió el portazo en el rostro. Algo más de un minuto permaneció atontado, mientras la nariz le sangraba abundantemente. Cuando se fue rehaciendo y se dio cuenta de lo que sucedía, vio al agente del

F. B. I.

cómo golpeaba a John Lester. Lanzó una obscena maldición y, abriendo la portezuela, saltó del coche. Recogió la pistola. Con ella en la mano se acercó a los dos hombres que luchaban, aunque en verdad sólo el policía golpeaba desesperadamente. Tuvo tentaciones de descerrajarle un tiro y terminar de una vez, pero el miedo a que el proyectil atravesara al federal y aún tuviera fuerzas para herir a su compañero le hizo desistir de ello. Cogió el arma por el cañón y golpeó salvajemente, con la culata, la cabeza del «G-Man».

Cuando éste rodó por el suelo, aún le dio un fuerte puntapié con gran fuerza. Sin embargo, Steven Simenon no se movió. Ya hacía rato que estaba sin conocimiento.

Jimmy se acercó a su compañero. Lo zarandeó sin perder de vista al policía. Lester se sentó sobre el suelo y, pasándose la mano por el rostro, lanzó una blasfemia, seguida de una grosera maldición. Luego...

—¿Es... capó? —preguntó.

—No. Ahí lo tienes. Vamos, que puede pasar gente. Tengo una idea.

John Lester fue levantándose trabajosamente. Cuando quedó en pie se acarició la barbilla, al mismo tiempo que hacía jugar las mandíbulas moviéndolas de un lado a otro. Mientras tanto, el otro pistolero le explicó su idea.

—Estupendo. Es posible que así parezca un accidente... Si no lo parece, es lo mismo. Al fin y al cabo, es igual un tiro en la cabeza que con el cuello aplastado por el tren. Vamos, no perdamos tiempo.

Entre los dos cogieron el cuerpo inconsciente del policía y lo llevaron hacia los árboles que separaban la carretera de la vía

férrea.

—Son las siete menos cinco —dijo Jimmy, mirando su reloj de pulsera—. Faltan tres o cuatro minutos para que el tren de San Diego pase. A las siete tiene la llegada a Los Ángeles.

En aquel momento sintieron el silbido del tren, que posiblemente en aquel instante entraba o salía de la próxima estación apeadero del pueblecito llamado Puente.

—¡Deprisa! —gritó Lester.

Volvieron a recoger el inanimado cuerpo. Lo llevaron hasta la vía y lo situaron de tal manera que la cabeza y la parte inferior de las piernas descansaban sobre los rieles.

—Vámonos —ordenó Jimmy—. Pero antes... —Sacó la pistola, que había guardado, y descargó otro culatazo sobre la cabeza del muchacho—. ¡Perro! Esto te ayudará a no sentir las caricias de las ruedas de hierro.

Se retiraron y quedaron dos o tres minutos esperando la llegada del tren, para estar seguros de que arrollaría al policía federal.

El convoy se fue acercando con un ensordecedor ruido. La campana de la máquina se balanceaba, lanzando sus sonos al aire. De pronto, el maquinista lanzó una exclamación y tiró de la palanca del freno con todas sus fuerzas. Había visto el cuerpo de un hombre tendido sobre la vía. Sin embargo, fue demasiado tarde. Cuando consiguió parar el tren, la máquina y un furgón habían pasado sobre el lugar donde estaba Steven Simenon.

Sólo entonces, cuando los dos «gángsters» vieron que se detenía el tren, se apartaron de los árboles y subieron al «taxi».

—Dejaremos este cacharro en los alrededores de Los Ángeles. El chófer ya habrá dado la alarma. Ahora, a cobrar los billetes ofrecidos por este pequeño asunto.

Jimmy se arregló la camelia y comentó jocosamente:

—Esta casa es muy seria. Sólo cobra cuando ha terminado el negocio.

Un culatazo había dejado sin sentido al agente del

F. B. I.;

el segundo que le aplicaron al ponerlo en la vía del tren tuvo la virtud de reanimarlo. Sin embargo, fue de una forma lenta y paulatina.

La primera sensación que tuvo al volver a la vida fue algo así como si estuviera recibiendo unas extrañas vibraciones en la cabeza, acompañadas de un ruido que cada vez se hacía más estridente. Llegó un momento en que aquél subió de tono, al punto de que le hizo abrir los ojos. Con mucho trabajo, es cierto, pero bastante antes de lo que se podía esperar tras unos golpes como los que había recibido. Simenon comprendió su situación. No obstante, tuvo la suficiente serenidad y sangre fría para no apresurarse. Tenía la cabeza descansando sobre el acero de la vía, y las vibraciones del metal, producidas por el tren que se acercaba, eran cada vez más fuertes.

El agente del

F. B. I.

comprendió el peligro: Por un lado, los pistoleros, que posiblemente estarían a la expectativa para rematarle si intentaba levantarse de la posición en que estaba; por otro, el tren que se acercaba y que ya, doblando lentamente la cabeza, veía llegar allá a lo lejos. ¿Qué hacer? El momento era decisivo, porque el que no le hubieran amarrado confirmaba la suposición de que estarían muy próximos a él.

Steven Simenon era un hombre de temerarias decisiones. Apoyó las manos sobre las traviesas y tensó los músculos para el momento decisivo. No perdía de vista el tren, que cada vez estaba más cerca. Aguantaba hasta el último momento, porque tenía alguna probabilidad de que el maquinista le viera y pudiera detener el convoy. Sólo rodeado del personal que se apeara podía estar seguro.

El muchacho apretó fuertemente las mandíbulas. Veía llegar el monstruo de hierro, cuya velocidad había aminorado algo, porque próximamente a una milla tenía el apeadero de El Monte.

No podía esperar más. Desde la posición en que estaba no pudo calcular bien, y cuando quiso saltar, el barrevías de la máquina estaba tan cerca que no le quedó más opción que girar y quedarse entre los dos rieles, aplastado contra el desigual terreno. El ruido de la máquina lo enardeció. Sintió el aire que producían las ruedas, así como el chirrido de las mismas al patinar, impulsadas por la inercia, aun después de haber cesado de girar, obligadas por el seco frenazo del maquinista.

Cuando Steven Simenon fue sacado de debajo del primer vagón

había perdido el conocimiento. La tensión de nervios había sido demasiado fuerte. Su rostro presentaba una palidez cerúlea, que daba la sensación de no ser ya hombre de este mundo.

Segundos después, atendido por el personal del tren y un médico que viajaba entre los pasajeros, abrió los ojos. El maquinista lanzó una maldición, encarándose con él.

—¡Es usted un imbécil! —le dijo—. Cuando quiera suicidarse procure hacerlo en un lugar que no pueda comprometer a ninguna persona.

Simenon no respondió. ¿Para qué? Limitóse a caminar unos pasos, ayudado por el jefe de tren, que le llevó hasta el furgón de equipajes.

—Suba —le dijo—. Debe venir con nosotros hasta Los Ángeles, donde prestará declaración ante la Policía de la estación.

El convoy volvió a partir. Sólo entonces el hombre del Federal Bureau of Investigation se dio a conocer. Sacó su carnet y la chapa de identidad.

—¡«G-Man»! —exclamó un negro, al que la chaquetilla blanca del uniforme hacía destacar más su rostro.

—¡Un
«G-Man»!

—Volvieron a repetir algunos de los que le atendían en el furgón.

—Sí; un agente federal que ha escapado milagrosamente de un criminal atentado —explicó Simenon—. Ahora, señores, les ruego que se marchen y no me miren con esas caras de asombro. Sólo desearía un cigarrillo y un vaso de agua. Tengo la boca endiabladamente seca.

Todo había sucedido con tal rapidez, que sólo unos minutos habían transcurrido desde el momento que fue puesto sin sentido en la vía y su llegada a la estación de Los Ángeles. Sin embargo, Steven Simenon ya era dueño de sí. Nadie diría al verlo que acababa de pasar por uno de los más peligrosos momentos de su vida. Ni aun en la época en que pilotaba un caza estuvo tan cerca de la muerte.

PRIMER CENTENARIO DEL F. B. I.

Se celebra la publicación del número 100 brindando a los lectores asiduos un magnífico número **EXTRAORDINARIO**

YO, DIRECTOR DEL F. B. I.

por **A L F M A N Z**

¡POR 8 PESETAS UNA OBRA MONUMENTAL!

V

UNAS FLORES RUEDAN POR EL SUELO



STABA Vera Kellerman contenta. Había pagado los dos mil dólares en que ajustó la muerte del federal odiado. ¡Su venganza iba en camino! No se trataba de asesinar a persona determinada, no. Sólo quería matar, por el placer de hacerlo, a compañeros de los que mataron un día, ya lejano, a James Kellerman, su marido. No pensaba que éste fue un peligroso «gángster» y que en el mismo momento de su muerte tenía en sus manos una pistola ametralladora con la cual había puesto fin a la vida de algunos defensores de la Ley. Ella misma disparó una y otra vez, hasta que la hirieron; pero ¿qué importaba si las balas del arma empuñada hubiesen puesto fin a la existencia de seres que cumplían

un deber y entre ellos se encontraba el padre de Steven?

Distendió los labios en una sonrisa, porque en ese momento pensaba que padre e hijo estarían reunidos en los infiernos.

Sí; Vera Kellerman estaba contenta. Casi sin darse cuenta se puso a tararear una cancioncilla qué estuvo de moda allá por el 1926.

Aquella mujer era un caso patológico. Más concretamente: en el tiempo que había estado en prisión se había transformado en una paranoica con un complejo homicida.

Se terminó de arreglar. Serían algo más de las nueve de la noche. Vera se apresuró, porque su hijo y O'Freyton

la esperaban. Cuando bajó, los hombres estaban en un «*living room*» de la planta baja. Aquella casa del *boulevard* Santa Mónica había pertenecido a una conocida artista cinematográfica, que la mandó decorar a su gusto. Y en verdad que no lo había hecho mal del todo.

Cuando Vera llegó ante ellos, Holmes se paseaba ante su segundo, mientras éste, con un vaso de «*whisky*» en la mano, permanecía silencioso, arrellanado en un enorme butacón.

—Parece que Carola se está demorando, ¿no? —dijo el «boss», consultando por enésima vez su reloj de pulsera—. Quedó en venir a las nueve. ¿Le habrá ocurrido algo?

—No te preocupes. Las mujeres siempre llegamos tarde a nuestras citas —hizo una corta pausa, para añadir—: ¿A qué hora es el «asunto»?

—De madrugada. A las tres he de reunirme con los muchachos. Si no hay novedad, por la mañana tendremos metidos en los Estados Unidos a veinte chinos, acompañados de un buen paquete de cocaína y cien piezas de auténtica seda.

—¿Y los «seguros»? —preguntó su madre—. Supongo que nadie se negará a pagar después de lo sucedido con Joe Capelli, ¿verdad?

Holmes Kellerman fue a decir alguna cosa. Sin embargo, en ese momento llegaba la muchacha y calló.

Como el día antes, todos vestían traje de noche. Sólo Holmes se diferenciaba, porque en vez de frac llevaba un «*dinner Jacket*» de americana blanca cruzada.

Carola no besó, como acostumbraba, a su prometido. Su fisonomía tenía un aspecto algo raro, que de momento no supieron

definir sus acompañantes.

—Me he demorado —dijo—, porque Steven Simenon fue a visitarme.

—¿Sí? —respondió Holmes—. ¿Y qué quería? Casi estoy pensando debo tener un poco de celos. Yo... —Se detuvo, porque su madre lanzó una carcajada.

—Eso es imposible —dijo—. Steven Simenon está en los infiernos.

Carola abrió desmesuradamente los ojos. Retrocedió un paso, llevando su mirada de Vera a su hijo.

—¡Luego entonces es verdad! ¡No sois más que unos asesinos...!

Holmes Kellerman no comprendía lo que sucedía allí. El ignoraba todo lo ocurrido en el amanecer de aquel día. ¿Por qué Carola decía aquello? Avanzó hacia la muchacha, quien continuaba retrocediendo paso a paso.

—No te entiendo, Carola. ¿Qué te ocurre? ¿Cómo hablas así?

La muchacha miró al jefe del «gang».

—Siempre te creí un hombre que bordeaba la Ley, contrabandeando al socaire de tus «*night-clubs*». Estaba segura de que cuando nos casáramos, yo te apartaría de esos negocios sucios... Más... —Se llevó las manos al rostro, añadiendo—: ¡Oh Holmes! ¿Por qué... lo has hecho?

Kellerman llegó hasta la muchacha. Suavemente la separó las manos, con las que ocultaba el rostro.

—Ven, siéntate. Dime qué te ha dicho Steven Simenon.

Vera, mientras tanto, permanecía silenciosa. En su interior se estaba gestando una sorda ira contra aquella muchacha que se escudaba en un muerto para justificar alguna cosa. Porque, indiscutiblemente, Steven Simenon estaba bien muerto. John Lester y Jimmy le habían asegurado cómo ellos mismos vieron pasar el tren por encima de aquel maldito agente del

F. B. I.

Que su hijo lo ignorase, no tenía nada de extraño. Ni ella ni O'Freyton

le habían dicho nada. Estaba segura que no lo habría aprobado, con sus sensiblerías incomprensibles en un hijo de James Kellerman. Sin embargo, había llegado el momento de que se enterara. En cuanto a la muchacha, si había de casarse con su hijo, mejor que supiera cuál

era su obligación desde aquel momento. Se sonrió al pensar si sería capaz de defender a su marido con una pistola ametralladora, como ella misma lo había hecho un día ya lejano.

—¡Es estúpido! Habláis de ese policía federal, cuando ya hace muchas horas que murió en... un accidente —dijo—. Esta mañana, cuando venía para casa, me enteré que había sido arrollado por un tren...; creo que fue el nocturno de San Diego.

—No es verdad —desmintió Carola—. Yo he hablado con él hace diez minutos. Aún presentaba en su rostro señales de la lucha sostenida con unos individuos llamados Lester y Jimmy el de la camelia, momentos antes de dejarlo sobre la vía creyéndole sin sentido.

Holmes Kellerman se irguió, volviéndose hacia su madre. Luego miró a Philip O'Freyton.

—¿Quién ordenó eso? —Avanzó hasta llegar junto a su segundo. Agarrándole violentamente por las solapas, volvió a preguntar—: ¿No me oyes? ¿Quién ordenó eso?

O'Freyton

no contestó. Se limitó a mirar a Vera Kellerman. El «boss» lo comprendió perfectamente. Soltó a su lugarteniente y se dirigió hacia su madre.

—¿Y bien? —dijo ésta—. ¿Qué piensas hacer?

—Eres una fiera sedienta de sangre. Eres mi madre y me debo a ti; pero oye bien lo que te voy a decir: No se te ocurra jamás ordenar nada a mis hombres. Yo llevo un procedimiento que he de mantener hasta el fin. Y, ¡por Dios! que puedes agradecer a la Providencia que Steven Simenon se haya salvado...

Se volvió hacia Carola Mason. No obstante, no pudo decirle nada. La muchacha había dado media vuelta y se había marchado en una desesperada carrera, horrorizada por lo que estaba escuchando.

Holmes Kellerman miró a O'Freyton.

—Vamos, Philip —le dijo—, he de arreglar este asunto de una vez.

Algún tiempo después detenía su automóvil en el *boulevard* Wilshire, frente a la puerta de Carola Mason. Subió a su

apartamento. La misma muchacha le abrió la puerta. Sus ojos estaban rojos por el llanto y las lágrimas le habían producido unas grotescas manchas negras al mezclarse con el «rímel». Al verlo, retrocedió unos pasos.

Kellerman entró en el apartamento, cerrando la puerta tras sí.

—Todo esto, Carola —dijo suavemente—, merece una explicación. No voy a justificarme en mis turbios negocios, pero sí a que comprendas que yo no le haría el menor daño a Steven Simenon. La verdad de mi vida, todo lo concerniente a mis... especulaciones, pensaba contártelo antes de casarnos. Los acontecimientos se han precipitado y creo que ha llegado el momento de que lo sepas todo. Después...; te quiero con toda mi alma, sí; también un «gángster»... puede tener corazón —añadió amargamente—. Más a mi cariño, a mi felicidad, antepongo la tuya. Escucha.

Fue a empezar a hablar. Quería contarle a la muchacha cómo sufrió en su niñez; cómo estuvo siempre solo, porque el Destino le hizo nacer hijo de un hombre que escapó de la silla eléctrica debido a que una bala bien dirigida ahorró trabajo al verdugo, y de una mujer que lo trajo al mundo en la enfermería de una penitenciaría federal. Quería decirle la verdad de sus asuntos; todo. Más se vio interrumpido por una voz conocida que tras él le decía:

—Un momento, Holmes. Quiero ser leal contigo. No debo usar de tu novia para escuchar cosas que puedo usar contra ti.

Kellerman se volvió y vio a Steven Simenon.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó. Luego se volvió hacia la muchacha. La miró interrogante, esperando una explicación. El mismo agente del

F. B. I.

se la dio.

—No te extrañe. Carola Mason es una mujer decente —recalcó esas últimas palabras— y tenía la obligación de contarle la verdad sobre ti. Yo mismo la llevé en mi coche hasta tu casa, y yo mismo la traje hasta aquí. Cuando me disponía a marchar, te hemos visto llegar. Eso es todo.

—Escucha, Steven —dijo Kellerman, tras un titubeo—, ¿quieres contarme lo que te ha sucedido?

—En un principio —arguyó el hombre del Federal Bureau of

Investigation— creí que tú habías dado la orden de «pasearme». Mas ahora no lo pienso así. Sin embargo, son tus hombres los que intentaron hacer la faenita. Créeme, sentí que tú hubieras olvidado el sentido de nuestra amistad al punto de que instigaras mi muerte. Sí, sí —añadió, deteniendo unas palabras que el «gángster» iba a decir—. No es menester que me expliques. Sé... ahora sé —repitió— que de ti no partió la orden. Pero no puedo olvidar que militamos en campos opuestos. Yo soy la Ley, tú... Ya te dije en una ocasión que era algo así como si estuviéramos en la guerra, con la diferencia que yo era soldado de los Estados Unidos y tú uno de los japoneses que nos hostilizaban en el Pacífico. En nuestras vidas privadas podemos ser amigos, incluso hermanos. Más de una vez ha ocurrido que seres de la misma sangre se enfrenten en guerras civiles... Más yo, como agente federal, debo estar frente al... «boss» que agrupa a «gangsters» sin escrúpulos como John Lester y el hombre de la camelia.

Carola Mason permanecía en pie, junto a Kellerman. No decía nada. En su rostro se pintaba un doloroso rictus, mientras miraba con ojos turbios por las lágrimas las reacciones de aquel hombre al que quería a pesar de todo.

Kellerman la miró por unos segundos. Sus ojos expresaban tristeza. Un algo así como pena; una pena profunda que le atenazaba el alma y que hubiera dado algo por arrancar de lo más íntimo de su ser. Movi6 la cabeza de un lado a otro. Fue un movimiento lento, mientras sus facciones se crispaban en un gesto indescifrable.

—¡Pobre Carola! —murmuró—. Tuviste fe en mí y hoy te encuentras a punto de ser la esposa de un «gangster», criminal y sanguinario... No es ésa la verdad precisamente, más una serie de circunstancias quieren hacerme parecer así —se volvió hacia el agente del

F. B. I.

—. Escucha, Steven: nunca pasó por mi imaginación ordenar tu muerte. Has estado a punto de perder la vida, pero ha sido por algo que nunca preví... ¿Fueron en realidad los dos hombres de Chicago los que intentaron matarte?

—Sí; John Lester y el hombre de la camelia.

—Perfectamente. Creo que no sucederá más —hizo una corta

pausa. Luego continuó—: Escucha, Steven —repitió—. No sabes lo que daría por volver a los días del Pacífico. Allí éramos compañeros, luchábamos juntos por algo que merecía la pena... Hoy... Es curioso; estamos frente a frente y, como entonces, somos amigos y nos apreciamos... —Hizo un amago de sonrisa, que quedó cortada sin terminar—. Por eso soy leal contigo; por eso lucharé noblemente contra lo que tú representas: La Oficina Federal de Investigación.

—Abandónalo todo —le aconsejó su amigo, avanzando hacia él hasta llegar a su lado—. Antes o después has de caer en las manos de la Ley. Quizá entonces ya sea demasiado tarde... Aún estás a tiempo... Carola te quiere. Estoy seguro que lejos de aquí, en Europa, tú serías un perfecto hombre de negocios, al lado de tu mujer.

Carola Mason le miró anhelante, esperando la respuesta. Kellerman movió la cabeza de un lado a otro.

—No puedo... por ahora. He de seguir adelante. También debo lealtad a los hombres que confiaron en mí... Más tarde, quizá —llegó hasta la muchacha y cogiéndola por los hombros la atrajo hacia sí—. Te quiero, Carola. Hoy estás enterada de la verdad de mi vida. Soy un hombre que vive al margen de la Ley, pero que no tiene manchadas las manos de sangre. Cuando llegue el momento oportuno, vendré y te diré: vámonos, querida. Ha llegado la hora de abandonar un pasado, para vivir la realidad de un presente: tú y yo...

—Quizá entonces sea demasiado tarde.

—No, nunca será demasiado tarde, cuando entre nosotros exista un amor verdadero... Tal como están las cosas, no puedo huir cobardemente. Hay algo que me lo impide, aunque yo quisiera hacerlo.

—¿Algo más importante que yo? —preguntó la muchacha, en un susurro.

—Es algo diferente. Por un lado estás tú; pero por otro, hay una mujer que ha sufrido mucho, y si la dejara, posiblemente terminaría en la silla eléctrica, ¿comprendes? Por mucho que yo te quiera, no puedo abandonarla a sus pasiones, a mi propia madre. Ahora, querida, adiós. Siempre soy el mismo, recapacita con tranquilidad y procura mirar las cosas desde el mismo punto de vista que yo.

Inclinó su cabeza, y sus labios rozaron suavemente los de la muchacha, que estaban fríos y yertos. Luego se separó de ella, que permaneció quieta, silenciosa, viendo cómo marchaba.

Cuando momentos después, Holmes Kellerman llegaba al automóvil, dónde esperaba

O'Freyton,

se sentó silenciosamente al volante sin decir nada. Puso el vehículo en marcha. Bajó por Figueroa Street, hasta que entrando por el *boulevard* Washington llegó a Culver City. Detuvo el «auto» frente a frente al Boarding house, donde vivían los dos pistoleros de Chicago. Cuando se apeaba,

O'Freyton

dijo:

—Voy contigo.

—No es necesario. Esto es un asunto que a mí solo incumbe.

—«*All right*», como quieras, más ten cuidado.

Kellerman no respondió. Atravesó las pocas yardas que había hasta el portal de la casa. En una pequeña oficina se enteró del piso y número del apartamento de las personas que buscaba.

Fue recibido con grandes precauciones por parte de los dos «gangsters».

—¡Hola, jefe! —saludó Lester—. Es una gran sorpresa verle por aquí. Jimmy, en aquel momento, estaba cortando una camelia blanca de un ramo que llevaba un jarrón, y se la ponía en la solapa del «*smoking*» que vestía.

—La gardenia es más elegante —dijo— pero estas flores son mis favoritas —añadió, señalando la que se había puesto en el ojal. Cuando me toque la hora de irme al otro barrio, he de dejar dicho que me llenen el cajón con estas florecillas... Pero bueno, jefe— agregó en una transición. —Hasta ahora no ha dicho palabra... ¿hay alguna novedad? Supongo quedaría contento del trabajo que nos encargó la vieja, ¿eh?

Kellerman, con voz fría, metálica, fue diciendo, lentamente:

—Os doy toda la noche para que os larguéis de Los Ángeles. Si mañana estáis aquí, mis hombres acabarán con vosotros. Sólo para eso he venido. Creo que muy pocas personas se preocuparán si aparecéis con unos cuantos agujeros en el cuerpo, tirados por cualquier calleja o dentro del río. Yo, personalmente, os lo aviso

para que lo toméis en consideración.

Y el muchacho, tal como había venido, dio media vuelta, disponiéndose a salir. Cuando ya empuñaba el pestillo de la puerta para abrirla, sintió cómo le cogían por el hombro y le obligaban a dar la vuelta.

—Un momento, jefe —decía Jimmy, que éste era quien le había detenido—; yo creo que los hombres hablando se entienden. ¿Por qué hemos de abandonar Los Ángeles, y por qué sus muchachos nos van a cazar a balazos? ¿Es que después de haber terminado con el «G-Man»

ya no hacemos falta aquí?

Kellerman apretó las mandíbulas, al punto de que sus dientes crujieron. Una sorda ira se iba apoderando de él, aumentada por haber sido vuelto contra su voluntad.

—¡Imbécil! —gritó, aunque no lo suficientemente alto para ser oído de los departamentos contiguos—. Os vais a largar porque yo quiero... y otra cosa: ninguno de los dos sois lo suficientemente listos para terminar con un hombre como Steven Simenon, agente federal. Lo mejor que podéis hacer es largaros antes que os ponga la mano encima.

—Oiga, oiga —arguyó Lester, interviniendo en la conversación —: ¿qué cuento es ése? ¿Nos quiere hacer creer que el polizonte está vivo? —Lanzó una carcajada, añadiendo—: Ande, jefe... No le vamos a hacer mucho caso, porque creo que ha estado bebiendo... ¿Cómo puede estar vivo un hombre, a quién nosotros vimos atropellar un tren de tamaño natural?

—Vamos, «boss» —añadió Jimmy—; ¡póngase en razón! Si le han ido con ese cuento, estamos dispuestos a devolverle los dos mil «pavos» hasta qué lo compruebe personalmente.

—Acabo de hablar con él. Pero no es eso lo que me hace no quererles por aquí. Hasta ahora he mantenido un grupo de hombres, con los que me he sobrado para mis «negocios». Quizá no lo comprendáis, pero no quiero sangre sobre mí. Vosotros encajáis mejor junto a un «boss», cuyos procedimientos sean sanguinarios... y otra cosa, Jimmy: a pesar de lo que os he dicho, no dudaré en meterte un par de plomos en el estómago, si pones nuevamente tus inmundas manos sobre mis hombros, ¿entendido?

El pistolero acercó su mano a la flor para llevársela a la nariz;

sin embargo, también lo hizo para tener la derecha en disposición de poder empuñar el arma que llevaba en la funda sobaquera.

—Es usted algo impulsivo, jefe. Quizá si eso me lo hubiese dicho otra persona, no estaría en disposición de poderlo repetir a nadie... ¿Por qué? No lo sé, pero hoy estoy optimista. Quizá sea porque compré este bonito ramo de camelias; y a mí las camelias me hacen ser compasivo y bondadoso —sonrió y agregó, jovialmente—: Ya ve, hasta tenía pensado enviarle un buen ramo de ellas al polizonte de marras; más si es verdad que no está en el otro barrio... —Encogió los hombros y se arregló nuevamente la flor en el ojal de la solapa.

Lester permanecía silencioso, aunque a la expectativa.

Holmes Kellerman sabía cuál era su obligación. Si dejaba pasar aquello y traslucía a sus hombres, nunca más sería el «boss» de aquel grupo. El hampa se rige por leyes creadas por los mismos miembros que la componen. Una de las principales era el respeto a sus jefes. Un respeto convencional, que en aquel momento, Kellerman estaba dispuesto a imponer. No tanto por el hecho de haber sido amenazado, sino porque desde que supo la muerte de Joseph Capelli a manos de aquellos individuos, y el peligro corrido por su amigo, del que escapó de una forma peligrosa, odiaba a los dos «gangsters» con toda su alma.

Retrocedió unos pasos hasta que se enfrentó con Jimmy.

—Repíte otra vez eso —habló, lentamente.

Jimmy distendió los labios en una sonrisa que puso al descubierto unos dientes blancos y recortados.

—Es curioso cómo algunos individuos se complican la vida ellos solos. No voy a repetir todo lo que he dicho antes, pero es porque no tengo ganas de hablar. De todas formas, si se empeña, hágase cuenta que lo he dicho nuevamente. ¿Ocurre algo? Yo creo que...

¡Crac...!

Jimmy retrocedió trastabillando, hasta que cayó de espaldas sobre un sillón; éste, al impacto, volcó hacia atrás, arrastrando al pistolero que dio una vuelta de campana, quedando por breves segundos con las piernas al aire.

El golpe fue tan formidable que, cuando intentó levantarse, vaciló, se tambaleó y cayó de bruces. En esa posición permaneció sin movimiento. Estaba inconsciente.

Mientras tanto, John Lester había empuñado una «F. N.», tipo especial, y cuando Kellerman intentó levantar al de la camelia, le conminó con voz enérgica:

—¡Ya está bien, jefe! Márchese, porque podría olvidar muchas cosas y empezar a disparar.

El muchacho sabía que Lester dispararía al menor movimiento que hiciera. Lo leyó en sus ojos que tenían un brillo homicida. Por otro lado tampoco ignoraba que el pistolero, inconsciente, haría lo mismo, enseguida que recuperara el conocimiento. Lo miró de soslayo y vio cómo iniciaba un leve movimiento, precursor de que en breves segundos volvería a ser dueño de sus actos. Decidió precipitar los acontecimientos, antes de que fuera demasiado tarde.

Kellerman, en un momento determinado, metió el pie bajo la mesita colocada ante él. Con un fuerte impulso la lanzó sobre Lester, que encajó el impacto antes que pudiera darse cuenta de la maniobra y evitarla. En la mesa, el jarrón y las flores cayeron en un confuso montón al suelo. El «boss» no tuvo más que apresurarse y recoger la «F. N.» que en la caída había soltado el pistolero. La guardó en el bolsillo del «dinner jacket» y por dos veces dejó caer el puño cerrado sobre el parietal izquierdo de su contrincante. Al segundo, John Lester también fue a sumergirse en el país de los sueños.

Holmes Kellerman miró alrededor de sí. Con las piernas entreabiertas y el pecho adelantado estuvo mirando agresivamente a los dos «gangsters» que permanecían a sus pies. Luego dio media vuelta y se encaminó a la salida. Subió al automóvil donde estaba Philip

O'Freyton
esperando.

—Vamos —dijo escuetamente—. Ya va siendo hora de ir preparando las cosas para la operación de esta madrugada.

Volvió el espejo retrovisor hacia él y, mientras
O'Freyton

ponía el vehículo en marcha, se arregló el lazo de la corbata que tenía medio deshecho. Su segundo plegó los labios en una sonrisa, porque sabía de las tardías pero violentas reacciones del muchacho. Sin embargo, no dijo nada. Se limitó a llevar el automóvil por la avenida Sepúlveda para salir al Sunset Boulevard donde estaba el

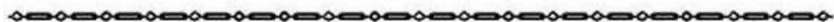
Topanga Club.

Mientras tanto, Jimmy recuperó el conocimiento y se fue incorporando lentamente. Al ver las flores por el suelo, lanzó una sorda maldición. Las recogió, luego de dejarlas sobre la mesita que había levantado, auxilió a su compañero. Las primeras palabras que le dijo, fueron las siguientes:

—Vamos, Lester, ánimo. He de matar a ese «boss» engreído y puritano.

—Sí —respondió el otro «gángster»— lo que ha hecho con nosotros tiene que pagarlo.

—No; lo que ha hecho con nosotros ha sido atizar antes y más fuerte. ¡No! Por eso, no. He de matarle, por haber estropeado aquel bonito ramo de flores. Tiene que pagarlo bien caro. ¡Y por todos los diablos del infierno, que Holmes Kellerman sabrá quién es Jimmy, el de la camelia!



MARAVILLOSO NUM. 100 EXTRAORDINARIO
de la Colección F. B. I.

YO, DIRECTOR DEL F. B. I.
por **A L F M A N Z**

**Una novela inigualable, con 224 páginas, láminas
interiores doble dibujo en cubierta, al precio de
OCHO PESETAS**

VI

CONTRABANDO HUMANO



N el sur del Condado de Los Ángeles, existe un saliente de algo más de seis millas de profundidad, por nueve o diez de anchura. Se adentra el Océano Pacífico como si quisiera, en un vano intento, unirse a la próxima isla de Santa Catalina, famosa playa donde pasan sus vacaciones una gran parte de las estrellas cinematográficas de Hollywood, cuando aquéllas no son lo suficientemente largas para trasladarse a Florida o a otros puntos no menos visitados.

El puerto, dónde está la Base Naval, se asienta en el lado derecho del saliente o pequeña península visto desde el Pacífico. En el lado contrario hay una caleta llamada Lunada Bay, donde las

aguas vienen a morir mansamente, como si quisieran justificar el nombre de Pacífico, dado paradójicamente al Océano de más violentas tempestades.

Serían las tres de la madrugada. Holmes Kellerman estaba sentado sobre una roca en la playa de Lunada Bay. A su lado, Philip O'Freyton,

Luigi Frasetto y tres hombres más de los de su «gang». Unas nubes ocultaban la luna, en cuarto menguante, y tendían un velo de oscuridad sobre las cosas de la tierra.

Por quinta vez miró su reloj de pulsera de números fosforescentes.

—¿Qué hora? —preguntó O'Freyton.

—Las tres y media. La señal se está demorando. Ya no puede tardar —respondió Kellerman.

Efectivamente. Unos segundos después se hizo visible una luz verde procedente del mar. Se encendió por tres veces y luego desapareció en la noche.

—¡Vamos, la señal! ¡Responde, Luigi!

El italiano, oriundo de Sicilia, componente de la banda de Holmes Kellerman, sacó una potente linterna, encendiéndola por tres veces, como habían hecho los que se acercaban a la orilla.

—Parece que todo saldrá bien —dijo a Frosetto, quien permanecía atento con la linterna en la mano.

—Sí; eso creo yo —respondió al tiempo de encender una vez más la antorcha eléctrica en contestación a un nuevo destello verde procedente del mar.

Poco a poco, el viento trajo a sus oídos el sordo rugir del motor marino de una potente gasolinera.

Cada treinta segundos, Luigi encendía y apagaba por una sola vez el foco, para servir de guía a la lancha que se aproximaba. De pronto, ésta dejó de oírse. Posiblemente habían parado el motor, aunque continuara avanzando debido al impulso que llevaba. Así era, efectivamente, porque llegó un momento que se hizo visible desde la orilla. Frasetto encendió por última vez la linterna y se metió en el agua hasta las rodillas. Kellerman, desde la arena, contemplaba cómo la gasolinera se acercaba a la playa silenciosamente. Cuando ya no pudo avanzar más, porque su quilla

quedó tocando con el fondo, estaba a tan poca distancia del italiano, que éste, sin preocuparse lo más mínimo, continuó adentrándose en el agua hasta el pecho. Sólo entonces quedó junto al costado de la gasolinera.

—¡Vamos, rápido! —dijo— el camión está esperando. Vayan echándonos amarillos al agua.

Kellerman desde la orilla, hizo una advertencia.

—¡Eh, Luigi! Recoge el paquete y vente fuera del agua —se volvió hacia uno de sus hombres—. Tú, Baxter, avisa a O'Freyton.

Que acerquen el camión al camino, para enseguida que desembarquen los chinos podáis salir de estampía. Luigi y yo, iremos con la «nieve» en el coche —luego continuó para los que quedaban junto a él—: Vamos, muchachos, acercaos y ayudad a los que van a desembarcar. Mucho cuidado en que no se mojen las piezas de seda que traerán los chinos. Son veinte y cada uno portará cinco o seis.

«O. K.», jefe —dijo uno de ellos, al tiempo de meterse en el agua, seguido por su compañero.

Mientras tanto, Luigi Frassetto rodeaba la canoa para recibir un paquete que le alargaban desde dentro. Extendió los brazos para recogerlo, cuando con un golpe seco sintió sus muñecas dentro de unas esposas de acero, al mismo tiempo de percibir el negro orificio del cañón de una pistola de reglamento a pocas pulgadas de su rostro. Una voz le conminó suavemente.

—Si das la alarma, tú vas a ser el primero que caiga. Continúa quieto como si no sucediera nada.

El contrabandista, a las órdenes de Kellerman, quedó sorprendido y no dijo una sola palabra. Pensó que una banda rival habíase apoderado del contrabando y lo iban a desembarcar por su cuenta. No era la primera vez que eso ocurría; sin embargo, bien pronto comprendió la realidad de su situación. Fue al ver el rostro del capitán Martin Gross de la Brigada de Inmigración, afecta a la del puerto. Por su mente pasó una idea. Sabía que la Policía disparaba sin previo aviso, cuando se la enfrentaban con armas; pero en aquel caso... sí estaba seguro, no lo harían. Comprendió que sus compañeros serían cazados, al ver cómo iban echándose al agua algunos policías de paisano, que llegarían tranquilamente a la

orilla, porque les tomarían por los chinos que desembarcaban. Además, un algo egoísta le hizo desear que el «boss» no fuera apresado. Sabía que sería la única forma de que él escapara con bien. Holmes Kellerman era un hombre de dinero y tenía buenos abogados a su disposición. Además, se decía que tenía comprado algunos políticos influyentes. Sí, por encima de todo, tenía que dar la alarma.

—¡Traición! ¡Policías! —gritó, y al mismo tiempo intentó alejarse de la lancha.

No pudo hacerlo. Desde la canoa se lanzó un hombre tras él, y esposado como estaba no pudo hacer resistencia.

El capitán Gross lanzó una maldición. El plan, tan bien preparado, había fracasado. Sacó una pistola y la disparó al aire. Era la señal para que Steven Simenon actuara desde tierra.

Holmes Kellerman asimiló con rapidez lo sucedido. Habían caído en una trampa de la que les sería muy difícil salir. Los dos hombres situados junto a él y que todavía no habían entrado en el agua, sacaron sus pistolas y esperaron sus órdenes: Kellerman les imitó. Tenía previsto el caso de una posible intervención de la Policía. Si conseguía escapar de la ratonera y llegar al Topanga Club, todo saldría bien, más le parecía aquello algo difícil.

—¡Vamos, dispersaos! —ordenó a sus hombres.

Cada uno salió por un lado, aunque todos alejándose de la playa. De pronto, dos grandes reflectores se encendieron. El foco de luz corrió por la arena, buscando a los fugitivos. Era un equipo instalado en un automóvil que habíase acercado a la playa.

Kellerman se arrojó de bruces tras una pequeña roca. Se aplastó contra la arena, para no ser visible a la luz eléctrica. El rayo de luz pasó sobre él, sin que fuera señalada su presencia. En cambio, uno de sus hombres quedó señalado.

—¡Ríndete! —gritó una voz, que Holmes reconoció pertenecía a Steven Simenon.

«¿Cómo era eso posible? —se dijo—. El agente del
F. B. I.

había estado con él a primeras horas de la noche y no le insinuó una sola palabra sobre ello; mas ¿no sería que aún no sabía nada o quizá quiso confiarle para poder cazarle con las manos en la masa?».

El «boss» dejó de pensar. En ese momento, el hombre localizado se había vuelto, y a la par que disparaba sobre el foco que le iluminaba se dejaba caer al suelo.

El tiro fue certero. Con un ruido de cristales rotos, la luz se extinguió. Kellerman aplaudió la idea y apuntando por unos segundos hizo la misma operación que el otro «gángster».

Su posición quedó señalada, pero ya no había ningún foco eléctrico que pudiera localizarlos. Miró a un lado y a otro. Vio cómo los de la canoa se acercaban a la orilla; al mismo tiempo, de tierra avanzaban hacia el agua. Apretó las mandíbulas rabiosamente, porque no veía escape posible. Sin embargo, una desesperada idea se apoderó de él. Sí; era la única salida factible.

Reptó por la arena como un reptil, hasta que llegó a la misma orilla del agua. Poco a poco fue introduciéndose en ella, hasta quedar con la cabeza fuera. Así, en esa posición, fue avanzando silenciosamente. Iba alejándose de sus enemigos, en ese momento extendidos por la playa, después de haber detenido a dos de sus hombres y a Luigi Frassetto.

Holmes Kellerman logró escapar. Pudo subir a un automóvil que tenía a cierta distancia y dirigirse hacia el Topanga Club. Entró por una puerta que daba a una estrecha calleja, sin que le viera nadie.

Minutos después, el «boss» había cambiado de ropa. Vestía un impecable frac, y nadie diría al verle, con su aspecto correcto, que era el mismo que veinte minutos antes se arrastraba por las arenas de la playa de Lunada Bay.

En las primeras horas de aquella misma noche, Steven Simenon entraba en la Jefatura de Policía de Los Ángeles. Hacía escasos minutos que había dejado el apartamento de Carola Mason, en donde estuvo Holmes Kellerman. Se encontraba hablando con el capitán Martin Gross, cuando sonó el teléfono que había sobre una mesa. El capitán de la Brigada de Inmigración se llevó el auricular al oído.

—Un momento —dijo. Recogió una pluma de encima de la mesa y escribió unas líneas sobre un papel—. Bien; ya está. ¿Quiere decirme quién es usted?

—No se preocupe —respondió la voz desde la otra punta del hilo—. Si le interesa la información, «*All right*»; si no, haga con ella lo

que le parezca.

—Un desconocido informador nos avisa de que esta noche, a las tres, van a intentar desembarcar un grupo de chinos y algo de droga. Dice que el asunto estaba ya previsto desde hace varios días.

—¿Dijo el lugar?

—Sí; Lunada Bay. Una pequeña playa abrigada por una caleta, en las proximidades de Palos Verdes.

Simenon miró su reloj.

—Son las once —dijo—. ¿Hay tiempo de prepararlo todo?

—Sí. Parece ser que esto es cosa de Holmes Kellerman... —sonrió y agregó—: Ya hacía tiempo que andaba tras él. Sabía que era un «gangster», que se dedicaba a vulnerar la ley, pero nunca pude probarle nada. Ahora, si lo cazamos, con las manos en la masa, va a saber lo que es bueno.

El agente del

F. B. I.

sintió acelerarse los latidos de su corazón. El momento que tanto temía había llegado. Tendría que detener a su mejor amigo. Sabía que tarde o temprano esto habría de suceder, más no esperaba que fuera tan pronto. Maldijo interiormente la ocurrencia que tuvo de pedir el ingreso en la Academia de Quantico, que lo puso en condiciones de ser un agente del Tío Sam. Sin embargo, ya no había más que un camino: seguir adelante hasta el fin. Encendió un cigarrillo. Lanzó unas volutas de humo al aire. Luego, preguntó:

—Bien; hay que actuar rápidamente. ¿Dio algunos detalles que nos puedan servir?

—Sí; bastantes. Escuche...

Y Martin Gross estuvo hablando un buen rato con el agente de la Policía Federal.

Unas horas más tarde, dos lanchas rápidas de la Policía del puerto surcaban las aguas en dirección a la isla de Santa Catalina. El informe había sido dado por una persona muy enterada, porque los detalles habían sido completos. «En las proximidades de Isthmus Cove, en la isla, hay una cueva en las rocas, llamada La Cueva del Dragón. Allí esperan que sean las dos y media de la madrugada para salir en una gasolinera, en dirección a Lunada Bay. Son chinos desembarcados de un barco que se dirigía a San Francisco. Lo hicieron la madrugada pasada, en alta mar. Esta noche serán

introducidos en tierra firme».

El informe fue bastante más extenso. Gracias a él todo salió a las mil maravillas.

Consiguieron sorprender a los que se ocultaban en La Cueva del Dragón, y aunque algunos de los hombres que llevaban a los inmigrantes clandestinos intentaron resistir, no lo hicieron por mucho tiempo. Dos bombas lacrimógenas lanzadas al interior del refugio fueron más que suficiente.

Media hora más tarde todo había terminado. Los contrabandistas estaban debidamente asegurados, así como los orientales que intentaban desembarcar en La Unión.

Cuando llegaron a la Comisaría del puerto, ya eran más de las dos de la madrugada. En el trayecto de la isla de Santa Catalina a Los Ángeles, Steven Simenon y el capitán Gross habían conseguido todos los detalles que les faltaban para poder detener a la cuadrilla que operaba en el condado; ya que los que detuvieron en la isla de Santa Catalina eran tripulantes del barco que había traído a los chinos, y que, en aquel momento, había sido comunicado su nombre y características a las autoridades de San Francisco.

—Bien —dijo Simenon, que había tomado el mando de aquella operación policíaca—. Además de los chinos, el paquete de cocaína que se ha cogido es más que suficiente para mandar por unos años a una penitenciaría federal a estos fulanos. Ahora hay que cazar a los que esperan en Lunada Bay.

Dijo eso firmemente, sin titubeos, a pesar de que sabía que en aquel lugar habría de encontrar a Holmes Kellerman.

—¿Todos juntos? —preguntó el capitán Gross.

—No; usted, con unos hombres, saldrá en una lancha rápida, por mar. Hágalo todo como si fueran los que tenían que llevar a los chinos. ¿Entendido? Yo, por mi parte, con unos cuantos muchachos, iré por tierra. Ya sabe todos los detalles de cómo debe proceder. Ahora, adiós y mucha suerte.

Y así fue como se montó la trampa que se cerraría alrededor de Kellerman y sus hombres.

Simenon aleccionó a los que intervendrían en la operación.

—Las armas listas —dijo—. No obstante, no disparar si no lo hacen ellos primero. Así y todo —añadió—, no tirad a matar si no hay más remedio.

Con ese estado de ánimo rodeó Lunada Bay con sus hombres. Llegaron un poco tarde, y cuando lo hicieron ya esperaban los contrabandistas.

A pesar del ataque simultáneo de tierra y mar, ya se sabe cómo Holmes Kellerman pudo escapar ocultándose en las mismas aguas del mar.

—¡Maldición! —exclamó el capitán Martin Gross, cuando vio a los que habían podido capturar—. ¡Ese Kellerman, a quién Dios confunda, ha podido escapar!

De momento, Simenon no pudo evitar el que una sonrisa distendiera levemente sus labios. Sin embargo, fue por pocos segundos. Su obligación, el deber que jurara un día al

F. B. I.,

le llevaba ahora a la parte más desagradable del asunto. Tenía que proceder a la detención de Holmes Kellerman.

Regresaron con los detenidos a la Jefatura de Policía. Dio orden de que todos fueran incomunicados, pero lo hizo algo tarde. Cuando mandó que llevaran ante él a Philip

O'Freyton,

que era uno de los que habían cazado, éste ya había hecho correr la consigna: «Desconocéis quién es el jefe. Yo soy el que da las órdenes en su nombre. De esta forma, él nos sacará de este embrollo. En caso contrario, nos vamos a pudrir en San Quintín o Alcatraz».

—Creo que se dará cuenta que todo está en el aire, ¿no? —le dijo Simenon cuando estuvo ante él.

O'Freyton

ofrecía un lamentable aspecto. Su «*smoking*» estaba arrugado y manchado; el nudo de la corbata, deshecho, y el pelo, en desorden.

—No me doy más cuenta sino que he sido detenido con mis muchachos cuando paseábamos a la luz de la luna por los alrededores de Los Ángeles.

—No sea tonto,

O'Freyton.

Estamos enterados de todo. Alguien dio el soplo y pudimos cazar a los chinos de Santa Catalina. Con ellos, un buen paquete de opio y cocaína. Tendré que dejarlo en manos del capitán Gross. Yo voy a detener al jefe de todos vosotros... —Se detuvo, y siguió hablando lentamente—: Al «boss», Holmes Kellerman.

O'Freyton

lanzó una carcajada demasiado estridente para que fuese natural. Le había tomado un gran afecto al muchacho y quería sacarlo de aquel embrollo, fuera como fuese. Sin embargo, las cosas tenían que hacerse de tal manera que parecieran naturales.

—¿Me amenaza con el «tercer grado»? Ni aun así puedo decir que yo esperaba a ningún coletudo hijo del Celeste Imperio. Y... otra cosa, ¿quién dice que es el «boss»? Me gustaría conocerlo. Es curioso el tener un jefe al que no se conoce.

—He dicho —respondió Simenon— que voy a por Holmes Kellerman. Cuando lo traiga aquí y lo enfrente con los detenidos, ya hablaremos otra vez.

—Va a dar el patinazo más grande de su vida, Simenon. Desde este momento puedo asegurarle que Holmes Kellerman no sabe nada de esto.

Calló.

Luego, cuando el agente federal salía, aún agregó unas palabras que por unos segundos, hicieron apretar las mandíbulas del «G-Man».

—Y, otra cosa, agente del Tío Sam. No se olvide de Vera Kellerman. Quizá cuando vea que detienen a su hijo sin motivo recuerde lo que hizo hace veinticinco años y le dé por repetir la faenita.

Steven Simenon no respondió.

Salió del despacho dando un pequeño portazo tras él.

O'Freyton

quedó con el capitán Gross, el cual se quitó la americana, quizá para estar más cómodo en el «hábil interrogatorio» al que pensaba someter al detenido.

VII

FRENTE A FRENTE



F. B. I.

UANDO el agente del

salió de la Jefatura de Policía titubeó unos segundos. En un principio pensó llevar algunos hombres con él, pero después decidió ir solo. Holmes Kellerman no dispararía contra él. Le conocía lo suficiente para pensar así.

Subió a un automóvil, puesto a su servicio sin conductor a petición propia, y lo puso en marcha.

Simenon llevó el vehículo por el Sunset Boulevard. Estaba decidido a traerse consigo a Kellerman, y posiblemente en aquel momento no lo encontraría en el Topanga Club. Sin embargo, algo interior le empujaba hacia el club nocturno. Quizá fuera, aunque él creyera no ser así, que en su subconsciente entrara la posibilidad de

que el «boss» estuviese en ese momento preparando su fuga; quizá ya estaría tragando millas con su automóvil, alejándose de Los Ángeles. Sólo en su casa podría encontrar esa evidencia, y quizá también para evitarlo y darle tiempo iba primero al «*night-club*». Era algo que no traslucía en su exterior y que ni él mismo quiso pensar, pues cuando la idea pasó por su mente la alejó de sí con rabia.

Cuando llegó al Topanga, éste aún permanecía con la fachada iluminada. Todavía había varios automóviles esperando a sus propietarios, asiduos concurrentes al club.

Cuando hizo girar el pomo de la puerta y, empujando ésta, dejó el paso libre, sufrió una decepción.

Quizá esperaba no encontrarlo, porque su rostro no pudo evitar un gesto de sorpresa al verlo sentado en un sillón. Estaba con los pies en una pequeña mesita, y junto a él, sobre el brazo del mismo asiento, se veía a una exuberante rubia que le acariciaba suavemente el cabello. En el suelo, al alcance de su mano, una botella de «*champagne*», mediada. Kellerman tenía una copa en la mano, que se llevaba de cuando en cuando a los labios.

—¡Adelante, viejo amigo! —invitó cuando vio al policía bajo el dintel. Su voz era un poco estropajosa. Echó una mirada a un reloj que había sobre una librería—. Supongo que abajo se habrá acabado la fiesta, ¿no?... Susana y yo decidimos terminar la botella de «*champagne*» aquí arriba, y hace un buen rato que la acabamos...

Sólo que pedí otra... y otra... —hizo una pausa—. ¿Un trago?...

—No. Vengo... Escucha, Kellerman; quiero hablar contigo.

El «boss» se puso en pie, tambaleándose un poco.

—«*All right*». Puedes empezar. Siéntate.

—A solas.

—¡Oh Steven! Veo que me vas a estropear la noche. Estoy con Susana desde la una o la una y media, y... ahora quieres que la deje.

El agente del

F. B. I.

avanzó hasta quedar junto a Kellerman.

—¿Desde cuándo estás con esta mujer?

—¿Tanto te interesa? No te lo puedo decir con seguridad; pero

puede ser que desde la una... Bueno, quizá algo más, a lo mejor eran cerca de las dos. Sí, eso es. Un poco después hizo su número la Mey Tucson... No obstante, si tienes mucho interés, puedes preguntarle a Susana al «*maître*», al camarero que nos sirvió y a unas cuantas personas que estuvieron con nosotros —se detuvo, como sí, de pronto, hubiera comprendido algo—. Pero bueno: ¿qué te pasa? Parece que esto es un interrogatorio.

—Suponte que es así.

—En ese caso, señor polizonte, no pienso decir una sola palabra.

Volvió a sentarse donde estaba cuando llegó el federal, y recogió una de las copas.

—¡Anda, Susana! ¡Sé buena, llénamela...!

Simenon se dirigió a la rubia, y quitándole la botella, que tenía en la mano, la dejó sobre una mesa. Luego le dijo con voz enérgica:

—Vamos, hermana, ¡lárguese!

—¡Oiga! ¿Quién se ha creído que es usted? —protestó la joven.

Kellerman intentó levantarse. Cuando lo tenía medio conseguido, el policía le puso la mano en el pecho, dándole un pequeño empujón. Volvió a quedar sentado.

—¡Hum!... —Gruñó—. La ley se impone. «O. K.», tú ganas —se volvió hacia la muchacha—. Anda, Susana. Ya no tiene remedio. Nos han estropeado la noche... Márchate.

La rubia frunció sus labios en un mohín de disgusto. Luego, encogiendo los hombros, dio media vuelta y avanzó hacia la puerta.

—Bien; ya te has salido con la tuya —dijo el «boss», cuando quedaron solos—. Ahora me dirás qué te ocurre a estas horas tan intempestivas.

Simenon adelantó unos pasos hasta que quedó frente a Kellerman, que permanecía sentado.

—Has de acompañarme, Holmes.

—¿Acompañarte? ¿A dónde?

—A la Jefatura de Policía de Los Ángeles. Allí están algunos de tus hombres. Entre ellos, Philip O'Freyton.

—

¿O'Freyton?

¿Qué es lo que ha hecho?

—Lo que tú: intentar meter chinos en los Estados Unidos,

burlando las leyes de inmigración, y lo que es peor: intentar pasar un buen contrabando de estupefacientes... Lo siento, Holmes, pero has de acompañarme.

Kellerman se levantó del sillón.

—Oye —dijo, con una leve sonrisa—. Yo no puedo ser responsable de lo que

O'Freyton

haga... Ya es mayor de edad, ¿no? Además, cuando salí de casa de Carola, en donde tú estabas, me vine hacia acá y no he vuelto a salir. Eso pueden atestiguarlo muchos de los que asisten al Topanga... En el peor de los casos, si no se acuerdan, siempre están los camareros y otras personas, que no tendrán inconveniente en jurarlo así donde sea necesario. ¿Cómo iba a estar aquí y al mismo tiempo en...? —Se detuvo para preguntarle—. ¿En dónde dijiste?

—Escucha, Holmes. Es posible que tengas unos cuantos testigos que no les importe correr el peligro de que los cojan en un flagrante delito de perjurio... Pero, a pesar de eso, yo sé que tú estabas hace unas horas en la playa de Lunada Hay... Vamos, acompáñame.

—¿Es una detención? Supongo que tendrás una orden, ¿no?

—Ni es una detención ni tengo la orden judicial.

—¿Entonces?

—Te necesitamos como testigo... de momento.

Al «boss» no le preocupaba lo más mínimo una acusación que no le podían probar, porque en los Estados Unidos hacen falta pruebas concretas y definitivas para condenar a un presunto reo. Nunca prevalecería una acusación basada en indicios o pruebas circunstanciales. Tenía los suficientes testigos para echar por tierra cualquier acusación contra él.

Volvió a llenar una copa de «*champagne*». Después de beber la mitad, todavía con ella en la mano, sin soltarla, le respondió a su interlocutor.

—No seas tonto, Steven. Sin una orden judicial no me sacarás de aquí. Por muy agente del Tío Sam que tú seas, yo conozco mis derechos. Si me necesitas como testigo, cítame. Mañana, mejor dicho, hoy, iré adonde tú quieras, acompañado de mi abogado.

Simenon sabía que pisaba terreno falso. Se batió en retirada.

—Bien. Tú ganas. Venía dispuesto a llevarte, aunque fuera empujándote con mi revólver. No lo hago. Sé que tus mismos

hombres te llevarán a una penitenciaría o a la silla eléctrica... y créeme, Holmes, que lo sentiré con toda mi alma. Quizá sea yo la única persona que lo sienta, desde el punto de vista del amigo, que lamenta los malos pasos de un compañero y camarada, con el que compartió horas de peligro y alegría —encogió los hombros y añadió—: Diré como tú «O. K.», tú ganas. Pero puedo agregar que es una pobre victoria, Holmes. Hoy ha caído

O'Freyton;

mañana caerás tú. Estás metido en un juego peligroso del que terminarás mal.

Holmes Kellerman no perdía su sangre fría. Bebió un nuevo trago hasta queapuró la copa.

—Es una lástima que no quieras beber —dijo—. Es un auténtico «*champagne*» Clicquot —hizo una pequeña pausa en la que Simenon intentó marcharse—. Un momento, Steven —llamó deteniéndole—. Por ti sé que

O'Freyton

está detenido, así como algunos amigos suyos... ¡Ignoro lo que ha pasado, pero te agradecería que le dijeras que dentro de una hora irá mi abogado a visitarlo. Pagaré la fianza y...!

—No hay fianza, Holmes.

—Eso lo decidirá el juez. Por lo pronto mi abogado presentará un recurso de «*habeas Corpus*» que tendrán que aceptar. O lo pasan a la jurisdicción de un juez, con sus pruebas correspondientes, claro es, o lo ponen en libertad. Ésa es la Ley y lo mismo hay que aceptarla para lo bueno que para lo malo... ¿No es así, señor policía?

Steven Simenon no respondió; ¿para qué? Demasiado sabía que la cosa era tal como decía. Se encaminó hacia la puerta. Se marchaba derrotado, porque con Holmes Kellerman quería obrar con arreglo a la Ley. Quizá si se tratara de otro «boss», de los muchos que tuvo frente a él, en el tiempo que llevaba en el

F. B. I.,

los procedimientos hubiesen sido otros. A bofetadas le hubiese bajado las ganas de gallear y con el revólver en las costillas lo habría llevado a la Jefatura de Policía, pero con Kellerman no podía actuar así.

Una vez más maldijo el momento en que Hoover, el Director del

Federal Bureau of Investigation, le llamó a su despacho para encargarle de aquel servicio.

—Adiós, Kellerman —dijo ya desde la puerta—; tú ganas por hoy —fue a salir, pero volviéndose, ya casi fuera, agregó—: No tardará mucho tiempo en que caigas. Tienes traidores entre tus hombres y éstos te venderán. Han sido ellos los que nos dieron detalles del asunto de los chinos y los estupefacientes... La primera vez que os sorprendieron, en Malibun Beach, fue casual; hoy no. Lo sabíamos y montamos el servicio... Adiós, Holmes —repitió. Y cerrando la puerta tras él desapareció de la vista de su amigo.

Simenon llevaba un plan preconcebido cuando dijo las últimas palabras. Fue algo instintivo que maduró en pocos segundos. Con aquello perseguía dos fines: Uno, que Kellerman intentara ponerse en contacto con el resto de la banda, que no había sido detenida; otra, que el muchacho recapacitara y ver si su reacción sería abandonar aquel sucio negocio. Él, Simenon, no podía hacer más sin traicionar al deber que tenía para con el

F. B. I.;

y eso era algo que nunca haría.

Cuando Steven Simenon salió del despacho de Holmes Kellerman, éste quedó pensativo, mirando la puerta que acababa de cerrarse tras el federal. Sus últimas palabras le habían hecho pensar, porque tenían un viso de verosimilitud que le puso alerta. Miró a su madre, que en ese momento salía por una pequeña puertecilla, situada junto a la mesa.

—¿Has oído? —preguntó el «boss».

—Sí; he oído.

No dijo más y se acercó a la ventana, por dónde estuvo mirando cómo el policía se alejaba. Su hijo estaba junto a ella. Cuando el automóvil desapareció por el Sunset Boulevard, hacia Los Ángeles, Holmes Kellerman dejó la copa sobre la mesa.

—Creo que

O'Freyton

está en un apuro. Si entre mis hombres hay un cochino soplón que «canta», no lo pasará muy bien.

—¡Bah...! —exclamó despectivamente la mujer—. Eso no son más que tretas para sembrar la desconfianza entre nosotros. En los

tiempos de James Kellerman...

Holmes levantó una mano interrumpiéndola.

—No sé lo que hubiese pasado en los tiempos de mi padre. Pero sí sé qué es lo que va a pasar ahora. Tengo que descubrir al traidor.

Vera volvió a decir.

—Ese perro policía, no dice la verdad... ninguno dice la verdad... Quizá cuando lo tenga a mi disposición, momentos antes de meterle un plomo en el estómago, quizá entonces —repitió— diga la verdad para salvar su asqueroso pellejo.

—No; hay algo de cierto en ello. El servicio no fue casual, porque en la lancha que tenía que venir la «mercancía» —dijo mercancía refiriéndose a los chinos—, sólo llegaron policías Además nos rodearon desde tierra en cooperación con los que llegaban por el mar... Sí, no hay duda. Fue un servicio preparado de antemano. Es indudable que tengo un traidor entre mis hombres... —Se detuvo, y haciendo chasquear los dedos en una castañeta que sonó en el silencio del despacho, añadió—: Ya está. Sólo hay dos hombres que conocían la operación de esta noche y que no fueron a ella... ¡Malditos sean! Una vez los tuve ante mí y no fui capaz de agujerearles sus sucias cabezotas, pero ahora...

—¿A quién te refieres? Anoche todos quedaron listos para el «negocio». No puedo caer porque... —De pronto se hizo luz en ella —. ¿Quieres decir que Lester y el hombre de la camelia...?

—Sí; ellos. Son los únicos que estaban enterados, pero que no acudieron. Claro es que yo los había despedido con viento fresco y suponía que debían de estar camino del otro lado de los Estados Unidos... ¡Cochinos traidores! Los encontraré, sí. Los encontraré y entonces... —calló, dejando flotar en el aire una cierta amenaza.

En el rostro de Vera Kellerman se pintó una extraña expresión. Odiaba a los

«G-Men»

con toda su alma, pero odiaba aún más a los confidentes. Sin embargo, no dejó traslucir sus sentimientos. Necesitaba de aquellos dos hombres para unos proyectos que estaba redondeando; luego, cuando se hubiera servido de ellos, entonces habría llegado el momento de tomar cumplida venganza de todo. Antes, no.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó a su hijo—. Ya te dije desde un principio que mataras a ese federal. Habían varios poderosos

motivos para hacerlo. Uno y principal que se llama Simenon; su padre acabó con el tuyo, y tú tienes el deber de vengarlo en la persona de su hijo —distendió los labios en una espantosa mueca que quiso ser sonrisa—. En su matador no puedes hacerlo, porque eso es algo que no dejé para nadie. Como mató, murió. A pesar de yo estar herida, aún tuve tiempo, antes de caer sin conocimiento, para disparar la pistola ametralladora sobre él —lanzó una carcajada nerviosa. Una risa tan extraña, que hizo que su hijo la mirara con atención mientras por su mente pasaba una sospecha. Como si leyera en sus pensamientos, Vera Kellerman volvió a reír—. Crees que estoy loca, ¿verdad? Loca, porque gozo recreándome en lo único que ha sabido mantenerme, durante esos espantosos veinticinco años de mi vida, que permanecí en una penitenciaría, con el deseo de vivir para mi venganza —lanzó una nueva carcajada—. ¡Loca! ¡Ja... ja... ja...! Piensas, sí, piensas que lo estoy; pero yo te demostraré que en nuestra vida sólo hay un camino: ¡Matar para que no nos maten! ¡Hacer de pez grande, antes que de insignificante sardina que sirva para calmar la voracidad de los que son más fuertes que nosotros!

Calló. Dio media vuelta y se acercó a la ventana por dónde quedó mirando hacia la calle.

La vida de la ciudad se había iniciado. El movimiento característico del Sunset Boulevard, hermosa arteria que partiendo de Los Ángeles cruza Hollywood para ir a morir al mar, había empezado.

El «boss» pasó un brazo por el hombro de su madre.

—¿Por qué no olvidas el pasado? —le dijo—. Has sufrido tanto en tantos años, que deberías gozar de la vida en todo lo que de agradable tiene... Aún eres joven... Aún podrías...

—¡Calla! —Cómo un trallazo seco, vibrante, resonó la palabra en la mañana—. ¡Calla! —repitió Vera—. Es absurdo que me hables así. Si hubiese pensado un solo segundo en olvidar el pasado, yo no estaría aquí. Haría muchos años que habría ido a reunirme con James Kellerman. Sólo el deseo de la revancha me mantuvo con ansias de vida. ¡Vivir, sí! Pero vivir para encontrar el placer de vengarme de una sociedad estúpida, que se cree más protegida porque paga a hombres que pueden matar impunemente en nombre de una justicia que, por tener una venda sobre los ojos, no sabe

distinguir dónde acaba lo que llaman malo y empieza la senda de las personas que se titulan buenas —hizo una pausa y mirando con ojos brillantes a su hijo, terminó—: El día que yo deje de pensar así, el momento en que no sienta deseos de revancha, de venganza, ese mismo día emprenderé el camino que hace cinco lustros emprendió tu padre —su voz se suavizó— James Kellerman era un «gangster», pero también era un hombre de corazón. Cuando lo declararon «Enemigo público número 1» de Los Ángeles, todos los polizontes de California se creyeron en el deber de disparar sobre él y luego decirle que estaba detenido.

Quedaron en silencio. El tráfico de la calle iba aumentando. Kellerman miró su reloj.

—Son las siete —dijo—. Vámonos. He de cambiarme de ropa y luego tengo que entrevistarme con mi abogado. Anoche mismo le telefoneé y quedé en verle a las ocho, hora en que vendrá a casa. Supongo que de momento podrá sacar a O'Freyton.

En realidad no pueden acusarle de nada a no ser de que paseaba de madrugada por la playa con otros muchachos —quedó pensativo, añadiendo—: El coche no lo pudo coger la Policía. Sólo quedó el camión de la lavandería china. Creo que Fo-Sie-Lig, habrá presentado una denuncia de robo. Así se lo avisé anoche.

Cinco minutos después, aquellas dos personas tan distintas entre sí, a pesar de ser madre e hijo, abandonaban el Topanga Club que, en aquel momento, estaba invadido por un ejército de empleados que se dedicaban a la limpieza del salón. Las mesas estaban todas recogidas en un rincón y las sillas puestas sobre ellas.

Vera y Holmes Kellerman subieron al automóvil, que descendió en busca del Santa Mónica Boulevard. Parecían una pareja que se retiraba un poco tarde, después de una noche de diversiones, aunque también podían tomarse por dos artistas de «cine» que salían ya de sus casas dispuestos para el «rodaje»; pero la verdad era que nadie podría adivinar las extrañas reacciones de aquellas dos personas.

VIII

EN «EL SOL NACIENTE»



L agente del

F. B. I.,

Steven Simenon, tampoco se acostó aquella noche. No hizo más que ir al hotel donde vivía y darse una prolongada ducha fría que lo despejó totalmente. Se puso un traje gris claro y nuevamente se lanzó a la calle.

Cuando llegó a la Jefatura de Policía, el capitán Martin Gross acababa de abandonarla. Había estado hasta por la mañana intentando hacer declarar a Philip O'Freyton.

Sin embargo, no pudo hacerle decir palabra. Era un viejo y astuto

zorro, de los que sabían que era preferible aguantar lo que fuere durante unas horas, que pasarse unos años en una penitenciaría debido a la debilidad de hablar más de la cuenta.

Simenon ni se molestó en verle. Sabía demasiado que no adelantaría nada con palabras, cuando otros medios más... contundentes no habían sido capaces de hacerle abrir la boca. Al enterarse de que el capitán Gross se había marchado, decidió seguir actuando por su cuenta. La noche antes hicieron una deficiente exploración por los alrededores de la playa donde habían sorprendido a los «gangsters». En realidad no esperaba encontrar nada; más sin saber por qué, en un impulso que no supo definir, salió y se encaminó hacia Palos Verdes.

Cuando llegó, nada hacía presumir los sucesos de la noche anterior. Sólo unos gruesos vidrios rotos por el suelo, señalaban el lugar donde estuvieron colocados los faros, que más adelante habían de apagar a tiros los contrabandistas a quienes habían conseguido acorralar.

La playa de Lunada Bay está rodeada por una serie de bosquecillos de pinos y acebos, que la aíslan de la carretera que sigue sinuosa por el sur de Los Ángeles, bordeando toda la costa.

Anduvo por la arena de la playa hasta que, abandonándola, se metió por entre los árboles. De pronto, al salir a dónde había dejado su automóvil, el agente del

F. B. I.

vio unas huellas producidas por los neumáticos de un «auto» que se metían por entre los árboles, apartándose del macadan de la carretera. Las siguió intrigado, hasta que llegó al vehículo que las había producido.

Ante él tenía una camioneta cerrada en cuyos costados podía verse el anuncio de una conocida lavandería china.

Por unos segundos el muchacho quedó indeciso. Interiormente se dijo que aquél era mal lugar, o por lo menos un sitio poco a propósito para dejar un vehículo comercial. Se acercó y lo examinó por breves instantes. Sus labios se plegaron y dejó escapar un leve y prolongado silbido. Era, que al mirar en la tierra, bajo el motor del camión, había visto una gran mancha de aceite que escapaba del mismo por alguna junta estropeada. Observó durante unos segundos y comprobó dos cosas: una, que el aceite caía en forma de gotas,

muy de tarde en tarde, habiendo tenido que estar parado por lo tanto muchas horas sobre el mismo sitio para formar aquella gran mancha; otra, y eso se lo confirmaba, que el motor del automóvil estaba completamente frío.

Steven Simenon era un hombre de prontas decisiones. Sin pensarlo mucho abrió las puertas de la camioneta y subió a su interior. Después de examinar el «baquet», sin encontrar nada, pasó a la caja. Allí, dentro de un cesto de los utilizados para echar la ropa sucia, y tapada por algunos manteles y servilletas, encontró dos pistolas ametralladoras.

Nuevamente volvió a silbar. Por un largo rato quedó con una de las «Thompson» en las manos. Comprobó que estaba con el cargador completo. Luego, tomando las dos armas, se encaminó a su coche. Subió, las dejó a sus pies, y lo puso en marcha. Minutos más tarde subía por la Figueroa Street en dirección a la parte alta de Los Ángeles, donde se encuentran las estrechas callejas del barrio antiguo y, entre ellas, las que habitan la mayoría de los orientales con sus típicos establecimientos, en donde se venden antigüedades y curiosidades chinas; comidas al estilo del Celeste Imperio, como aletas de tiburón, gelatina seca, y otros manjares incomprensibles para el gusto occidental.

En una estrecha calleja, que va desde el *boulevard* Macy a Los Ángeles Street, Simenon detuvo su automóvil ante una lavandería china. Era la misma que se anunciaba en los costados de la camioneta comercial. Se apeó. Empujó una puerta de cristales, que hizo sonar un timbre durante unos segundos. Aunque el establecimiento estaba vacío, rápidamente acudió un hombrecillo delgado y de tez amarillenta. Sus ojos eran estrechos, alargados, y sus párpados, semicerrados, dejaban escapar una mirada fría y astuta.

—Bienvenido al establecimiento Fo-Sie-Lig —dijo, inclinándose ceremoniosamente. Luego, sin dejar que su visitante dijera nada, continuó hablando rápidamente—: Honorable señol quiele que humilde lavandelo se encalgue de su lopa sucia, ¿verdad?

Simenon movió la cabeza en sentido negativo.

—No; vengo para que...

—Ya entiendo —le interrumpió el chino—. Señol quiele que Fo-Sie-Lig le saque blillo a sus cuellos dulos, ¿es eso? Los mejoles

blillos son los de lavandelia El Sol Naciente.

Calló y quedó sonriente con sus manos metidas dentro de las anchas mangas de la túnica rameada que vestía.

—No, amigo, no soy un futuro cliente —dijo Simenon, al tiempo que dejaba caer sobre el mostrador la chapa metálica que le identificaba como agente de la autoridad—. F. B. I. —dijo escuetamente.

Por un momento los ojillos del oriental brillaron más de la cuenta. Pero fue por pocos segundos. Sólo los cerró más, dejando una leve línea por dónde miró a su visitante.

—Bien —dijo—.

Sie-Lig

saluda a valiente policía fedelal... ¿En qué puedo ser útil?

Sin responder a la pregunta, Simenon contestó con otra.

—¿Cuántos vehículos tienen para el servicio a domicilio?

—¿Fulgonetas y...? —Se detuvo, y, con una sonrisa que se dibujó en sus labios, añadió—: ¡Clalo! Ya cumpliendo visita. Es lefelente a la desaparición de camioneta y que esta misma mañana denuncié en la Estación de Policía de Main Street. ¿No?

—Algo de eso hay. ¿Cuándo ha notado la falta?

—Al abilitar el galaje. Tengo tres coches y sólo había dos. Lompielon celadula.

Steven Simenon leyó algo en los ojos de aquel chino que no le gustó.

—Bien... Rompieron cerradura. Y... ¿llevaba algo la camioneta?

—Poco. Dos cestas con manteles y servilletas de cliente hotelero. Quedó para el descalzado hoy.

—Escuche. Apareció su camioneta; pero en los cestos de los manteles y servilletas iban algunas pistolas ametralladoras. ¿Cree que el dueño del restaurante las dejó para que las lavaran?

—No cumpliendo.

—Ni yo. Creo que lo mejor que puede hacer es dejarme echar un vistazo por su establecimiento. Sé que no puedo hacerlo de momento, pero puedo volver dentro de quince minutos con una orden judicial... Creo que entonces miraría hasta el último rincón.

Por el inescrutable rostro de Fo-Sie-Lig, pasó un algo así como ira y odio. En realidad, aquel establecimiento pertenecía a Holmes Kellerman, aunque su nombre no figurara para nada. La lavandería

El Sol Naciente, tenía una gran clientela. Por eso empleaba quince o veinte operarios, todos ellos chinos. Era allí el mejor lugar, para que los orientales que metían de contrabando pudieran esperar mientras los iban enviando al interior de los Estados Unidos. También en un sótano, debidamente secreto, tenían un fumadero de opio al que sólo tenían acceso clientes de reconocida garantía.

En un principio, el chino pensó no dejar que aquel maldito federal metiese las narices en el interior del establecimiento, pero pensando que podría volver con un mandamiento al que no se podría oponer, y que en el peor de los casos también podría hacerlo sin él, se inclinó diciendo:

—Casa de Fo-Sie-Lig, es casa de Policía federal. Puede mirar lo que guste.

Simenon entró por una puerta que daba a una gran habitación. Varias mesas de plancha en las que habían algunos chinos doblando ropa. En un rincón, dos máquinas para el planchado de sábanas, servilletas, manteles y otras prendas lisas. Tres máquinas más de planchado a vapor y altos estantes, donde había gran cantidad de ropa lavada y planchada esperando ser entregadas a los dueños.

Desde el centro de la estancia, el agente del
F. B. I.

miró a su alrededor. Luego pasó a una amplia nave donde habían grandes piletas llenas de agua y tres máquinas de lavar de diferentes tamaños.

—Esto es todo —explicó el chino que acompañaba al federal—. Bueno, también un patio donde se cuelga lopa pala que seque.

Steven dio una vuelta por el patio sin encontrar nada de particular. Volvió a la sala de plancha. Fue recorriendo los estantes hasta que quedó parado frente a uno.

A sus pies, en el cemento del suelo, veía una leve señal como la que deja una puerta al abrirse y rozar por el suelo. Era una larga línea en arco que partía de uno de los estantes lleno de ropa. Simenon se acercó. Lo cogió y tiró hacia él. Sin embargo, la estantería no se movió un solo milímetro.

Sie-Lig avanzó lentamente. En sus ojos podía leerse la decisión a todo, antes de consentir que aquel entremetido agente descubriera el secreto que ocultaba la lavandería El Sol Naciente. Miró a uno de los chinos que doblaba ropa. Éste hizo una leve señal a otro de los

operarios y ambos, con alguna ropa en la mano se acercaron a la estantería. Al parecer para dejarla allí, en realidad para estar más cerca del policía.

—Me gustaría echar un vistazo tras ese estante —dijo Steven Simenon—. ¿Tendría inconveniente en que quitaran la ropa que hay en los anaqueles? —preguntó, señalando hacia la que se veía doblada y planchada ante él—. Claro es —añadió— que si no quiere hacerlo yo no puedo obligarle... por el momento.

—Mucho trabajo. Pelo Fo-Sie-Lig no tiene inconveniente.

El agente del

F. B. I.

contempló cómo aquellos chinos iban desalojando la estantería. Cuando quedó totalmente vacía se acercó a ella. Nuevamente tiró hacia sí, pero, como la vez anterior, permaneció sin moverse. Era raro, porque al no tener peso debía ceder. Sólo entonces comprendió que se movería por medio de algún resorte que de momento no descubrió.

Se volvió hacia el chino y le dijo con voz firme y decidida:

—¿Qué hay ahí detrás?

—La pared. Agente federal piensa cosas muy malas.

—Bien; creo que me marchó. Sin embargo, volveré más tarde con unos policías uniformados de la Brigada de Emergencia. Creo que con dos o tres hachazos quedará al descubierto la pared... o lo que haya ahí detrás.

Fo-Sie encogió los hombros sin responder palabra. Sólo hizo una leve indicación a sus secuaces cuando se encaminaba hacia la salida tras el agente federal.

Simenon iba tranquilo. No pensaba que podría sucederle nada, porque había dicho, en el transcurso de la conversación sostenida con aquel mono amarillo, que en la Jefatura de Policía de Los Ángeles sabían en dónde se encontraba él en ese mismo momento. No obstante, se había confiado demasiado.

Aún no había cruzado la puerta que se paraba el cuarto de plancha, de la tienda que tenía acceso al público, cuando comprendió su error. Tres demonios amarillos se le tiraron encima, haciéndole rodar por el suelo.

Simenon lanzó una maldición. Se los sacudió cómo pudo y retrocediendo dos pasos se fue rápido a por su pistola de

reglamento que llevaba bajo la axila. Sie-Lig que se dio cuenta del movimiento fue más rápido que él. Le tiró desde lejos un montón de sábanas sin doblar, que al caer sobre él le embarazaron sus movimientos por unos segundos. Fueron pocos, pero sí los suficientes para dar tiempo a que nuevamente se echaran sobre él.

Eran tres corpulentos chinos los que intentaban reducirlo. Los demás operarios dejaron de trabajar y contemplaban, impasibles, el resultado de aquella pelea.

El agente del

F. B. I.

se había encontrado en momentos peligrosos. Su vida, desde que salió de la Academia de Quantico, no había sido tranquila y reposada precisamente, pero el momento por que atravesaba era de lo más comprometido que había pasado desde que estaba al servicio del Federal Bureau of Investigation.

Simenon, al ver cómo se le venían encima aquellos tres energúmenos, no intentó nuevamente sacar la «Luger», cosa que comprendía no tendría tiempo. Concentró sus esfuerzos sobre uno solo. Adelantó la cabeza y dio un feroz cabezazo en el rostro del más próximo. Éste lanzó un alarido de dolor, cayendo de rodillas, mientras que de su nariz salía la sangre corriéndole por la barba.

El federal encajó un formidable derechazo que lo derribó sobre una mesa. Rápidamente, Steven Simenon supo aprovechar la situación. Usando el propio impulso del puñetazo que había recibido, logró encaramarse sobre la mesa. Ésta era bastante grande, pues trabajaban sobre ella por ambos lados.

El primer chino que intentó seguirle, recibió un fuerte puntapié en la barbilla. Sonó un ¡crac! espeluznante, que le hizo comprender que había dejado a otro fuera de combate. Efectivamente, la mandíbula de aquel chino había sido rota por dos sitios diferentes. La barba tomó una posición extraña y tras dos o tres pasos tambaleantes, vino a caer de bruces sobre un cesto de ropa, donde quedó con medio cuerpo dentro.

El federal creyó escapar de aquella encerrona. Ya había dejado fuera de combate a dos de los tres amarillos que le atacaban. El otro lanzó un rugido de rabia. Maldijo en el argot chino de los barrios bajos de Cantón y se dispuso a terminar la pelea. En sus manos había aparecido un puñal de hoja ondulada, parecido a los «kriss»

malayos, que, de clavarse en algún punto de la anatomía humana, sería capaz de hacer una herida mortal o, por lo menos, de crueles desgarros.

Sin embargo, Simenon no había perdido el tiempo. Subido en el centro de la mesa, tuvo tiempo de empuñar su pistola. Con ella en la mano no tenía ninguna preocupación. Aunque se encontraba en medio de todos los chinos de Los Ángeles, que no eran pocos precisamente, sabría abrirse paso hasta la calle.

Apuntó hacia aquel fanático cantonés, que con el puñal en la mano intentaba subir a la mesa.

—¡Quieto! —gritó Simenon—. ¡Si pones un solo pie sobre la mesa será el último movimiento que hagas en tu vida!

Por dos veces repitió la advertencia, más fue en vano. Sólo entonces, cuando vio cómo el chino intentaba terminar con él, disparó el arma.

La vitalidad de aquel individuo debía ser fantástica. Recibió el balazo en el rostro, un poco por debajo del ojo izquierdo. A pesar de eso, aún terminó de encaramarse en la mesa. Únicamente cuando estuvo de pie sobre ella aflojó las manos y el puñal cayó de punta sobre el tablero, donde quedó clavado, cimbreado. El chino se tambaleó y, cuando alargaba sus brazos para hacer presa del federal, se desplomó cayendo con un sordo baque sobre la mesa, y de ésta al suelo.

—¡Quietos todos! —amenazó Simenon a todos los demás, comprendiendo que se había hecho dueño de la situación.

Fo-Sie-Lig habló unas palabras en chino, que el agente del Tío Sam no comprendió. El dueño de la lavandería estaba en una punta de la mesa con las manos apoyadas en el tablero de la misma. Steven Simenon no vio peligro en la posición porque la mesa era demasiado grande para que pudiera ser volcada por una sola persona. Más, para su desgracia, no se dio cuenta de dónde podía venir el verdadero peligro. Sólo lo comprendió, cuando se vio dando una voltereta en el aire y el resto de aquellos chinos encima de él, sin que se pudiera mover.

Todo había sido bien sencillo. La mesa de plancha estaba cubierta por una manta y a su vez, ésta, por un lienzo blanco. Sie-Lig había ido agarrando éste y en un momento determinado dio un fuerte tirón que hizo perder el equilibrio al agente federal.

Cinco minutos después, Steven Simenon estaba fuertemente amarrado y amordazado en poder de sus enemigos. Con ojos llenos de ira vio cómo

Sie-Lig

oprimía de una manera determinada una de las tablas de la estantería y ésta se abría en forma de puerta, separándose de la pared. Fue introducido por una abertura y, tras bajar unos escalones, lo dejaron en un sótano que estaba al final de un largo pasillo.

—Tendré que quedarse aquí hasta que jefe decida. Por mi parte le metería dentro de máquina gande de laval lopa y lo tendría en jabón tles holas.

Metió las manos dentro de las anchas bocamangas y se alejó dejando solo al prisionero.

Holmes Kellerman había conseguido que soltaran a Philip O’Freyton.

Disponía de un magnífico abogado, que antes de veinticuatro horas lo había rescatado de las manos de la Policía. Pero lo que había pesado más que nada, fue la amistad comprada de un «alderman» influyente, que se impuso con el jefe de la Policía de Los Ángeles[4]. En realidad, no le podían acusar más que de sospechoso, pues sólo le habían detenido en las proximidades de Lunada Bay, donde esperaban sorprender a unos contrabandistas.

Aquel día,

O’Freyton

bebía un vaso de «*whisky*» en compañía de Vera Kellerman y su hijo Holmes. Estaban sentados en la biblioteca de la casa de *boulevard* Santa Mónica.

Serían las tres de la tarde, cuando una camioneta del servicio de lavado de ropa de El Sol Naciente, se detuvo ante el domicilio de Kellerman. Del «baquet» se apeó un silencioso chino, quien tras recoger una batea de mimbre con ropa limpia, se acercó a la puerta oprimiendo el timbre.

Instantes después, Fo-Sie-Lig, se encontraba ante Holmes Kellerman. Con su hablar peculiar le puso en antecedentes de lo sucedido en la lavandería.

—¿Dices que el

«G-Man»

se llama Steve Simenon? —preguntó el «boss», a pesar de que lo había oído perfectamente.

—Sí; al menos así dice en su carnet de agente fedelal.

Los ojos de Vera Kellerman se entornaron mientras sus labios se distendían en una intraducible sonrisa.

—¿Cómo no has venido antes? ¿No dices que lo... cazasteis esta mañana?

—Yo venil tles veces. Tú no estal. A señola madle no decil nada, polque humilde chino ignolaba que mujel supielal negocios de hombres...

Holmes quedó pensativo. La situación había llegado a un punto en el que las sensiblerías y sentimentalismos no eran más que inconvenientes para la buena marcha de sus asuntos. Steven Simenon sabía demasiado y debía morir. Aunque él, el «boss» de aquel grupo, no quisiera, estaba seguro que sus hombres no permitirían que un policía federal escapara de sus manos; máxime cuando estaba al tanto de toda la organización.

¡Maldito sea! ¿Por qué habría de ser precisamente aquel muchacho el que tuvieron que enviar a Los Ángeles con aquel servicio?

—Yo explical. Ahola jefe decil qué hacel —le interrumpió en sus pensamientos el chino.

—Por lo pronto tenlo bien asegurado, para que no pueda escapar. Después, espera instrucciones.

Ocúltalo en un jugar donde no puedan encontrarlo, caso de que la Policía supiera que iba a ir allí y vayan a buscarlo... ¡Ah! Si preguntan por él, di que efectivamente estuvo allí, pero que marchó después de hacerte algunas preguntas.

—Así se halá, jefe.

Y sin otra palabra, Fo-Sie-Lig se inclinó ceremoniosamente saliendo de la biblioteca. Cuando volvió a subir al auto de reparto, ya no llevaba la ropa que había sacado anteriormente de la furgoneta. Para cualquiera que le hubiera visto, el chino no era más que el distribuidor de ropa limpia de una de las innumerables lavanderías regidas por orientales, que tan corrientes son en las ciudades del centro y sur de California.

—¿Y bien? —preguntó Vera Kellerman a su hijo cuando quedaron solos con O'Freyton

—. ¿Qué piensas hacer?

Sin responder de momento, Holmes se paseó por delante de donde estaban sentados sus acompañantes. Luego se detuvo ante su madre, y metiendo las manos en los bolsillos de su americana, respondió lentamente:

—La situación no está muy clara —dijo—. Tú —añadió, dirigiéndose a su madre— marcharás esta noche para Méjico. Allí esperarás mi llegada. Creo que es el momento de abandonar esto, si no queremos terminar en una penitenciaría federal... o en un sitio peor. Cuando el

F. B. I.

corre tras una pista es en balde intentar borrarla.

—No saldremos de Los Ángeles —dijo suavemente, pero con entonación firme, Vera Kellerman—. Y no saldremos porque el peligro no es tan inminente como para eso. Si un perro agente federal ha descubierto alguna cosa, y hemos tenido la suerte de cazarle, ¡zas! se elimina y con él desaparece el riesgo, ¿comprendes?

«¿Por qué? ¿Por qué su madre había de pensar así?», se dijo Kellerman amargamente. Él ya estaba harto de todo aquel tinglado que se vendría abajo cuando menos lo pensara. Deseaba vivir tranquilo. Estaba seguro de que Carola Mason le seguiría a Méjico, en donde podrían casarse. Desde allí, a Europa. Holmes Kellerman disponía de suficiente dinero para no ser un hombre pobre. Sí, no le daría más vueltas al asunto. Estaba decidido a seguir adelante. Aquella misma noche saldría su madre para la nación vecina. Él lo haría dos o tres días después. Los suficientes para hacer dinero de todos sus negocios legales y convencer a Carola de que sus proyectos serían los mejores para ambos. La muchacha le quería y sabría aceptar lo más conveniente para los dos. En cuanto a Simenon... El muchacho ya tenía pensado qué haría con él. Lo llevaría bien asegurado a una de las casas que tenía en los alrededores de Los Ángeles a nombre supuesto, y allí lo encontraría la Policía cuando él ya no estuviese en los Estados Unidos. Unas líneas anónimas, o una llamada telefónica a la jefatura de Policía antes de partir, sería más que suficiente para que encontraran al

agente del Federal Bureau of Investigation.

Se volvió hacia su madre.

—No quisiera hablarte así, pero yo soy el que decide en este asunto —hizo una pausa. Después continuó para su lugarteniente—: Escucha, Philip. Encárgate de que mi madre salga esta noche en el expreso de la frontera. Acompáñala tú. En Tijuana, ya en Méjico, podéis esperarme. No tardaré más de un par de días.

Vera Kellerman se puso de pie. Su rostro estaba crispado por la ira.

—¡Imbécil! —estalló al fin—. Es en balde que intentes alejarte del camino que tienes trazado. Cuando el «Destino manda» es tonto querer alejarse de él. Nos encuentra en cualquier recodo de la vida y entonces nos zarandea con más fuerza... Es como si sintiera asco, rabia, contra el insignificante ser humano que intentó huir a su inexorable mandato. Sí; el Destino lo tenemos señalado en nuestras vidas, y el tuyo no es precisamente el vivir con tranquilidad, fuera del peligro, y el morir rodeado de hijos y de una amante esposa, que te despidas con lágrimas en los ojos —lanzó una carcajada seca, con trémolos de histeria o de locura, y dirigiéndose a la puerta, añadió—: Por tu parte puedes hacer lo que quieras. Yo no salgo de Los Ángeles aunque supiera habían de hundirse todas sus casas esta noche.

Un seco portazo puso punto final a la desagradable escena.

Holmes Kellerman apretó las mandíbulas hasta hacer rechinar los dientes. Quedó con las manos en los bolsillos, quieto, en medio de la sala, mirando hacia la puerta tras la que había desaparecido su madre. Volvió un poco la cabeza hasta mirar a

O'Freyton.

Éste encogió los hombros en un gesto bastante elocuente.

—No la comprendo —dijo—. Antes no era así. Es como si los años que ha pasado en la penitenciaría la hubieran cambiado totalmente —movió la cabeza lentamente, en sentido negativo, y volviendo a encoger los hombros terminó repitiendo—: Sí, definitivamente, antes no era así.



¡ATENCIÓN!, LECTORES ENTENDIDOS:

A costa de sacrificios económicos, se os ofrece
una original Colección titulada

NOVELISTAS DE HOY

Una serie de novelas *inéditas* escritas por
BAROJA, LOPEZ DE HARO, LAFORET,
CELA, INSUA y otros de igual fama, al

precio ínfimo de CINCO PESETAS

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

IX

HACIA LA MUERTE



ALIÓ Vera Kellerman de la biblioteca donde había quedado su hijo con una idea fija: evitar el que este abandonara Los Ángeles. No sabía cómo lo iba a conseguir, más estaba decidida a emplear todos los medios a su alcance para evitarlo.

Quince minutos más tarde salía de su casa y tomaba un «taxi» en la próxima parada. Se hizo conducir al *boulevard* Wilshire, en donde vivía Carola Mason. Cuando estuvo ante ella, no se entretuvo en circunloquios para hacerle saber por qué la visitaba.

—Es menester —le dijo— que tomes una definitiva decisión con respecto a Holmes.

—No la entiendo. ¿Qué quiere usted decir?

—Está bien claro. Holmes Kellerman es un gangster al que persigue la Policía federal tanto como la Metropolitana. Si verdaderamente le quieres debes estar con él hasta el final. Por otra parte, si te asusta el vivir al margen de la ley, tampoco debes ir con él a Méjico y casarte...

—Pero...; pero yo no sé nada sobre ir a Méjico.

—Ya lo sabrás. Sin embargo, cuando él te lo proponga, piensa una cosa, y es, Carola, que te convertirás para toda la vida en la mujer de un hombre perseguido por la Policía internacional del mundo. Será un reclamado para el cual no habrá cuartel, y tú, su esposa, sabrás lo que es ir de un lado a otro con el temor de ser reconocidos y separados para siempre... porque cuando Holmes Kellerman caiga, será traído a los Estados Unidos y sentado en la silla eléctrica, o introducido a viva fuerza en la cámara de gas donde se ejecuta a los criminales.

La muchacha se llevó las manos al pecho y se lo oprimió con fuerza.

—No... —dijo en un susurro.

—Sí —afirmó aquella mujer, por la cual pasaba un complejo difícil de discernir—. Si —repitió—; si le quieres lo suficiente para no importarte su modo de vivir, has de obligarle a que se quede en Los Ángeles, en donde corre menos peligro que en ningún otro sitio. En el momento que huya todo le acusará; en cambio, quedándose, afrontando la situación como un hombre, nadie podrá acusarle con pruebas; pruebas que tendrían con el solo hecho de huir. ¿Comprendes?

—Pero... pero el hacer contrabando no es delito que se pague con... la silla eléctrica —arguyó la muchacha, en cuyos lindos ojos se notaba una humedad precursora de las lágrimas que pugnaban por escapársele.

Vera rió. Rió con aquella carcajada de loca que decía mucho sobre su estado mental.

—El contrabando no, claro que no —se puso seria y agregó acentuando las palabras—: Pero el asesinato, sí. Tú sabrás si tu amor es lo suficientemente grande para no importarte nada de lo

que él haya hecho... Si yo estuviera en tu lugar sabría lo que tendría que hacer. Ya lo hice una vez... Maté; disparé mi pistola sobre unos perros federales que intentaban cazar a James Kellerman —su voz tuvo trémolos de ternura al decir—: Lo consiguieron y él cayó muerto en mis mismos brazos...

Por unos segundos las dos mujeres permanecieron en silencio. Carola Mason quería verdaderamente a Holmes Kellerman. Sin embargo, sabía que no podría unir su vida a la de un asesino. ¿Asesino? ¿Por qué pensar en eso? Ella sabía cuáles eran los sucios negocios de aquel hombre al que, a pesar de todo, quería. Steven Simenon se lo había dicho. Pero también dijo que Holmes no había derramado sangre... ¿Por qué entonces su misma madre decía aquellas cosas tan horrorosas de él? Esa misma pregunta que se hacía interiormente, casi sin darse cuenta, la exteriorizó en voz alta.

—¿Por qué dice eso? ¡Holmes Kellerman no es un asesino!

Vera suavizó la voz. Tan pronto tomaba entonaciones cariñosas, amables, como la hacía dura y repulsiva.

—Creo que debes saberlo todo, y te lo digo para que sigas dos caminos. O terminar con él, sin animarle a que huya de los Estados Unidos, pues ésa es la prueba de culpabilidad que el

F. B. I.

busca, o te unes a él, pero indicándole la necesidad de quedar en Los Ángeles, donde no podrán hacer nada por falta de pruebas. ¿Comprendes?

—¿Qué pruebas busca la Policía?

—La del asesinato de Steven Simenon.

Dijo las seis palabras lentamente, para que la muchacha las fuera asimilando. Mintió a conciencia de lo que hacía.

—No... no. Eso no es verdad. ¿Por qué dice cosas tan horrorosas?

Vera encogió los hombros.

—Adiós, muchacha. Ya te enterarás. Yo maté por el hombre que quería. No me ha importado vivir durante veinticinco años en un infierno, porque eso lo motivó el que yo misma vengara a James Kellerman. Si tu amor es tan débil que te asusta la sangre que se pueda interponer entre vosotros —volvió a encoger los hombros—, apártate de su camino. Si no es así, vive junto a él con todas las consecuencias.

Y sin decir nada más; sin mirar siquiera a Carola Mason, que apoyado el rostro en el brazo de la butaca donde estaba sentada estalló en sollozos, Vera Kellerman salió del apartamento. Ya en la calle volvió a subir al «taxi» que la esperaba, dando una dirección al chófer.

Veinte minutos después se encontraba en Culver City ante los dos pistoleros de Chicago. Jimmy, el de la camelia, y John Lester estaban preparando sus maletas. Aquella misma noche tenían proyectado abandonar Los Ángeles en el Transcontinental, que los dejaría, tras cinco días de viaje, en la Estación Terminal de Nueva York.

—¡Caramba! —exclamó Jimmy—. Nuevamente nos encontramos. Supongo que no será para pedirnos la devolución de un dinero que nos ganamos con el sudor de nuestras frentes, ¿verdad? En realidad nosotros no contábamos con que el federal de los diablos iba a tener tanta suerte.

—No; no es eso. Al contrario. Vengo para darles algunos billetes más.

—¿De los grandes? —preguntó Lester con una sonrisa.

—Sí; tres de los grandes.

Jimmy avanzó un poco. Se quitó la camelia que llevaba en un ojal y se la alargó, mientras decía:

—Si comprendiera lo que me cuesta quedarme sin ella sabría aquilatar el gran agradecimiento que siento por nuestro Papá Noel —se detuvo para añadir seguidamente—: Y... ¿a quién hay que...? Ya me entiende, ¿verdad?

Vera movió la cabeza al tiempo que rechazaba la camella.

—Sí, le entiendo. Se trata del maldito agente del
F. B. I.

que escapó la otra vez con tanta suerte.

Jimmy volvió a colocarse la flor.

—¿Dónde hay que buscarle?

—En ningún sitio. Está bien amarrado en los sótanos de El Sol Naciente, la lavandería de Fo-Sie-Lig.

—¿Cuándo? —preguntó Lester—. Esta noche pensábamos partir en el Transcontinental por el Central Pacífico.

—«*All right*», habrá tiempo para todo; vamos.

John Lester estaba en mangas de camisa. Debajo del brazo,

colgada del hombro, llevaba una pistola, cuya culata iba adelantada para que quedara más cerca de su mano en el momento de tener que empuñarla. Se supo una americana.

—Listo. Cuando quiera —dijo— y sin más palabras los tres personajes salieron de la habitación.

En el mismo «taxi» se encaminaron por el *boulevard* Washington hasta salir a la Main Street. Subieron por esta vía, hasta que llegaron frente al edificio de Correos.

—Quedémonos aquí —dijo Jimmy—. A dos pasos hay un garaje donde podemos alquilar un automóvil sin chófer.

Así lo hicieron. Quince minutos después iban en un sedán convertible hacia donde estaba Steven Simenon. Al llegar frente a Old Mission Church, en la plaza Vieja, el hombre de la camelia detuvo el vehículo.

—¿Entramos? —dijo, indicando con la cabeza hacia la calleja donde estaba la lavandería de Sie-Lig.

—Sí, es mejor. Deténgalo frente a la puerta —respondió Vera.

Cuando obedeciendo la indicación el automóvil quedó parado, y la mujer, seguida de los dos pistoleros, entró en la lavandería, Fo-Sie-Lig estaba tras el mostrador envolviendo unos cuellos. Conocía a los dos «gangsters» como hombres de Kellerman, pero lo que ignoraba era que aquéllos ya no pertenecían a la organización criminal del «boss». Además, al verlos venir junto a la madre de Holmes Kellerman, no dudó de cuanto le dijeron.

—Mi establecimiento se ve honrado con plesencia de señola —dijo—. ¿A qué debo tan glata visita?

—¿Dónde está ese maldito

«G-Man»?

El chino pasó sus astutos ojillos de uno a otro de los recién llegados. Luego los fijó en Vera Kellerman.

—No deben matal aquí.

—Claro que no. Venimos a por él para darle un saludable paseo... Vamos, cara de ictericia —agregó Jimmy—. Llévanos donde le tienes escondido, que se alegrará mucho de vernos.

Pasaron a la sala de planchado, donde se había desarrollado la lucha entre el agente del

F. B. I.

y los chinos, terminando con la captura del primero.

Sie-Lig hizo funcionar el mecanismo de la estantería y ésta giró sobre los ocultos goznes.

Los dos pistoleros ya conocían el establecimiento y los departamentos del sótano. No así Vera, que era la primera vez que visitaba la lavandería.

Steven Simenon estaba bien amarrado y seguro. No le habían amordazado porque aunque gritara, sus gritos no llegarían a traspasar las profundidades de aquel sótano.

Mucho había pensado en el tiempo que llevaba allí. Por segunda vez se encontraba en las manos de unos pistoleros que él sabía estaban en contacto con Holmes Kellerman... Pero ¿sabría su amigo su situación? ¿No sería cosa de sus mismos hombres?

Simenon comprendía lo peligroso que resultaba manejar hombres quienes en un momento determinado creen en peligro su libertad, o acaso sus propias vidas. Nadie los detiene. Si son cobardes, ponen tierra por medio; sí, por el contrario, no les importa matar, matan una y otra vez en un instinto de conservación que les empuja por ese camino.

Steven Simenon sabía cuándo encontraba un hombre así, y de esa forma lo entendió cuando vio a los dos pistoleros. Pero lo que le hizo ver el peligro más cerca fue en los ojos de Vera Kellerman, que, paso a paso, se acercaba a él lanzando secas y nerviosas carcajadas.

El agente del

F. B. I.

estaba amarrado sobre el suelo. Vera llegó hasta él, y al mismo tiempo que le daba un puntapié en las costillas, le escupió al rostro. Luego...

—¡Cachorro del diablo! —exclamó—. Una vez escapaste, pero no será así ahora... Irás a reunirse con el cerdo de tu padre, a quién yo misma maté. Tú lo sabes. ¡Yo lo maté, como voy a hacer contigo ahora! Un Simenon mató a James Kellerman y todos los Simenon de la misma sangre que se crucen en mi camino, ¡zas! los eliminaré —lanzó una nueva carcajada y agregó—: ¡Imbécil! No negarás cómo, te hemos engañado.

¿Creías que Holmes podía ser amigo del hijo del que mató a su padre? ¡Imbécil! —repitió—. No ha hecho más que confiarte para ordenar ahora, como lo hizo cuando te pusieron en el tren, que te

claven unas cuantas balas en el cuerpo y te tiren al mar. ¡Ja... ja... ja...! ¡Mi hijo tu amigo...!

Steven Simenon dudó. Nunca creyó capaz a Holmes de matar a nadie, y mucho menos que pudiera ordenar a sangre fría el asesinato de quien le salvó la vida en el Pacífico. Sin embargo, los hechos le acusaban de una forma que no ofrecía dudas.

Era curioso lo que pasaba por el interior del agente federal en aquel crítico instante. Se sabía al borde de la muerte. Un tiro en la cabeza dentro de aquel sótano terminaría con él. Y, sin embargo, cosa rara, sintió pena de verse defraudado en la amistad de aquel hombre, que, aunque estaban frente a frente, luchando en campos opuestos, nunca, al menos por parte suya, habían dejado de ser amigos.

Apretó las mandíbulas dispuesto a morir como un hombre.

—No importa que yo caiga para que paguéis vuestros crímenes —dijo, mirando a los pistoleros—. Detrás de mi vendrá, otro federal, y si ése también cae, otro, y otro, y otro... todos los que sean precisos hasta llevaros arrastrando a una silla donde os obligarán a sentaros para que una corriente de muchos miles de voltios pase por vuestros criminales cerebros...

—¡Calla, maldito! —le gritó Jimmy, dándole un puntapié, que no le cogió de lleno en el rostro por el movimiento instintivo que hizo el muchacho.

—Dejen que cacaree —arguyó Vera—. Es el último esfuerzo de la gallina que siente cómo le cortan el pescuezo. No son con palabras con lo que se arreglan las cosas... Vamos, terminemos de una vez.

Lester desenfundó la automática.

Jimmy se llevó la camelia a la nariz al tiempo que decía:

—Me desagradan los malos olores y aquí no hay quien pare. Apresúrate, Lester.

—¡No, aquí no! —gritó Fo-Sie-Lig—. Es difícil sacar hombre muelto.

—No te preocupes, loro amarillo —le dijo John Lester—. Sólo me aseguro de que no va a hacer ninguna tontería —luego se volvió hacia el agente del

F. B. I.

Se agachó y dejando la pistola en el suelo, al alcance de su mano, le

desató las piernas. Volvió a recoger el arma y se puso en pie—. Hale, vete levantando —dijo—. Vamos a salir y dar un paseíto.

Por la mente de Simenon pasó la idea de negarse a salir y terminar allí de una vez. Mas rápidamente comprendió la necesidad de ganar tiempo. No se hizo rogar. Se levantó trabajosamente porque llevaba unas horas maniatado sobre el suelo y la postura le había dejado entumecido.

—Si haces algún movimiento que no me guste, te clavo unos plomos y terminaremos antes, ¿comprendes? —amenazó el pistolero. Luego se volvió hacia Jimmy—. Sube y acerca todo lo posible el coche. Procuraremos meterlo en él sin llamar la atención.

—Yo sé plocedimiento pala que no vea ningún culioso. Aliba dilé.

Subieron las escaleras del sótano. Cuando estuvieron en la habitación donde estaban las mesas de planchar,

Sie-Lig

cerró la puerta secreta. Luego se acercó a un rincón y llevó arrastrando hasta los pistoleros un enorme cesto de mimbre, en forma de baúl, que servía para meter la ropa pendiente de plancha.

—Aquí dentlo —dijo— pueden sacal de lavandelía a policía. Nadie velá.

Vera Kellerman no decía nada. Permanecía mirando al policía, mientras en sus ojos brillaba algo que era más que odio: una luz extraña; una mirada loca, próxima a sufrir un ataque. Contempló cómo lo metían dentro del cesto, tras amordazarlo y asegurarle las piernas. Antes habían metido alguna ropa en el fondo, y luego por los costados y encima, no para que fuera más cómodo, sino para evitar que pudiera golpear las paredes por dentro y llamara la atención de algún inoportuno curioso.

—¿Viene con nosotros? —preguntó Lester a la mujer.

—No hace falta. Cuando terminen me telefonean al *boulevard* de Santa Mónica. Ya conocen la casa. Allí estaré. Entonces les entregaré lo prometido... ¿Dónde lo van a...?

El hombre de la camelia se arregló el nudo de la corbata. Luego acarició suavemente la flor que llevaba en la solapa. Él fue el que contestó a la pregunta.

—Bajaremos por Figueroa Street hasta el puerto. En las proximidades de la Base Naval, en el muelle del Arco Iris, lo

lanzaremos al mar con cesta y todo. Ya veremos si logra escapar como lo hizo cuando el tren.

Unos minutos después habían asegurado a un portamaletas, en la parte trasera del automóvil, el cesto donde iba Simenon. El vehículo descendió por el Broadway hasta llegar a Figueroa Street. Por allí, lentamente a causa del tráfico, se encaminó hacia la parte del puerto. Vera fue con ellos hasta las proximidades del City Hall, donde se apeó pasando a un «taxi».

Steven Simenon iba hacia la muerte, sin que se vislumbrara ninguna esperanza de salvación.

—Hemos forzado la situación, Philip —dijo Holmes Kellerman, cuando quedó solo con su segundo, una vez que su madre abandonó la biblioteca—. La desaparición de Steven Simenon va a precipitar los acontecimientos.

—Sí, así es —hizo una pausa. Luego, añadió—: ¿Qué piensas hacer?

Como si la pregunta hubiera despertado una idea en él, Kellerman entró en actividad. Cruzó algunas palabras más con O'Freyton.

Después se levantó de donde estaba sentado y abandonó la habitación. Minutos más tarde, el muchacho hacía correr su automóvil por el *boulevard* Wilshire.

Kellerman comprendía que había llegado el momento de abandonar los Estados Unidos. Si Carola estaba conforme, saldrían hacia Sudamérica o Europa. Allí emprenderían una nueva vida y, quién sabe, aún podrían ser bastante felices. El muchacho estaba dispuesto a dejar libre a Simenon, una vez que él hubiese podido cruzar la frontera con Carola y su madre. En realidad, nunca pasó por su imaginación dar la orden de que lo «pasearan». Sí, intentaría convencer a su prometida. Aún podrían casarse antes de partir; en el peor de los casos lo harían en Méjico.

Por su mente cruzaban mil pensamientos cuando detuvo el vehículo ante la casa de su novia. Se apeó precipitadamente y a grandes pasos cruzó la calle hasta entrar en el edificio. Instantes después estaban frente a frente.

—¿Qué te ocurre? —preguntó él al verla con los ojos rojos por el llanto.

La muchacha no respondió. Ella misma había abierto la puerta del apartamento y al ver a Holmes retrocedió unos pasos alejándose de él.

Kellerman avanzó hasta que estuvo a su lado. Carola se sentó en un sillón del «*living*» y ocultó el rostro entre las manos.

—¡Oh Holmes! —balbució—. ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué?

Kellerman que iba a exponerle su plan de abandonar California y los Estados Unidos, no llegó a explicárselo.

—¿El que he hecho yo? —Luego se acercó a la muchacha y asiéndole sus manos la obligó a que las separara del rostro. Cuando sus ojos se miraban en los suyos, volvió a preguntar—: ¿Qué he hecho yo, Carola?

La respuesta le dejó frío, inmóvil.

—¿Por qué has ase... has matado a Steven Simenon?

Por unos segundos no supo qué responder. Cuando lo hizo, su reacción fue algo violenta. Cogió a la muchacha por la muñeca.

—¿Qué dices? ¿Por qué hablas así? Nunca haría eso con Steven Simenon. ¿Cómo puedes decir esas cosas? Precisamente venía a hablarte de él —encogió los hombros y soltando a la muchacha retrocedió unos pasos. Allí, con un gesto como si un gran dolor moral le atenazara el alma, Holmes Kellerman le habló. Le dijo toda la verdad. Sus proyectos; el ambiente en que siempre había vivido; las reacciones anímicas de su madre y que alguna vez le hacían pensar si estaría loca—. A veces —terminó—, me hace dudar si verdaderamente será mi madre. Sin embargo, es así. Comprendo cuánto ha sufrido e intento asimilar sus pensamientos sin conseguirlo. Nunca seré un criminal. No soy más que el «boss» de un grupo de contrabandistas, y de un puñado de hombres que viven de los «seguros» y las «protecciones»... Podría vivir de los ingresos que mis clubs nocturnos me producen, pero de seguir aquí, en los Estados Unidos, no podría hacerlo. El «Destino manda». Estoy metido en un asunto del que no he de salir más que de dos maneras: Huyendo, o cuando muera.

Carola Mason comprendió los sufrimientos de aquel hombre. Sí; a pesar de lo que Vera Kellerman le había dicho, ella tenía la obligación de no abandonarle. Le quería, y cuando un cariño es grande y profundo, sabe disculpar errores que no son irremediables. Se acercó a él. Le acarició suavemente el rostro.

—Pobre Holmes —dijo—. Te creo y puedes contar conmigo. Sí; lo mejor es huir del pasado, buscando un mañana lleno de tranquilidad... —Hizo un gesto de duda al añadir—: Y, sin embargo, tu madre misma me dijo cómo habías matado a Steven Simenon.

Hasta ese instante, Carola no le había dicho nada sobre la visita de Vera. Fue entonces cuando Holmes Kellerman pensó algo horroroso.

—¿Mi madre? ¿Dices que mi madre estuvo aquí y te habló sobre eso?

—Sí, así fue.

Kellerman apretó las mandíbulas. De pronto, dando media vuelta, salió corriendo, al tiempo que decía:

—¡Qué no sea demasiado tarde, Carola! ¡Ruega a Dios por qué no sea demasiado tarde! —Y sin esperar al ascensor, descendió las escaleras con toda la ligereza que le fue posible...

Cuando entraba en la lavandería de Fo-Sie-Lig, no habían pasado ni quince minutos.

DESTINO MANDA



OLMES Kellerman asía con manos firmes el volante de su automóvil. Descendía por Figueroa Street a la velocidad máxima que le permitía el tráfico. El chino le había puesto en antecedentes de todo lo que el hombre de la camelia había dicho: «Bajaremos por Figueroa Street hasta el puerto. En las proximidades de la Base Naval, en el Muelle del Arco Iris, lo lanzaremos al mar con cesta y todo».

Nunca por la mente de Kellerman cruzaron unas ansias de matar como las que le dominaban en aquel momento. Lester y el de la

camelia debían morir, sí; y si llegaba tarde, si esos dos traidores soplones, habían consumado el asesinato de su amigo, entonces...

Sostuvo el volante con una mano, mientras que con la otra sacaba una pistola, y la ponía sobre el asiento, a su lado.

¡Que llegara a tiempo! Eso es lo que deseaba con toda su alma. El chino le había dicho que no hacía cinco minutos que se habían llevado al federal. ¡Que llegara a tiempo! deseó una vez más.

Terminó de recorrer Figueroa Street. Cruzó la Avenida del Pacífico y, ¡por fin! en el Ocean Boulevard, vio el coche de los pistoleros con el cesto de mimbre amarrado en la parte trasera. Estaba detenido muy cerca del muelle en forma de medio círculo, conocido por el Arco Iris.

Aflojó la marcha, y frenó violentamente al llegar junto a los «gangsters».

Quizá si hubiese pensado las cosas con más serenidad, no habría obrado tan precipitadamente; más la ira había hecho presa en él y no le dejó ejercer el control de sus nervios.

Como una tromba saltó de su coche, con la pistola en la mano. Antes de que los dos individuos se dieran cuenta, Holmes estaba dentro del vehículo, en la parte de atrás, y los amenazaba enérgicamente.

—¡Asquerosos traidores! —les gritó—. No sé cómo me contengo y no empiezo a disparar... ¡Vamos! —ordenó a Jimmy, que era el que estaba sentado tras el volante—. Pon en marcha el automóvil. Da la vuelta y llévalo por dónde yo te diga... ¡Y no haced el tonto porque no sé cómo me estoy conteniendo sin apretar el gatillo de mi pistola!

Algo vieron en los ojos de aquel hombre, porque sin decir palabra obedecieron rápidamente.

—No comprendo por qué es eso, patrón —dijo Lester—. En realidad no hemos hecho sino obedecer a su madre. Ella lo ordenó en su nombre. Al fin y al cabo el polizone se estaba haciendo peligroso para usted.

Con voz fría, Kellerman respondió:

—¿También ordenó ella en mi nombre que avisarais a la Policía, el día, la hora y lugar donde desembarcaríamos a un grupo de chinos con algo de droga? Sois unos soplones que no merecéis más que la muerte.

Jimmy comprendió que aquel hombre iba dispuesto a matar. Por eso decidió jugarse el todo por el todo. El automóvil iba por un lugar de poco tráfico, siguiendo la carretera de la costa. Marcharía a algo más de cuarenta millas. El de la camelia tocó disimuladamente con la rodilla la pierna de su compañero, en señal de atención. Luego, aceleró más la marcha hasta llegar a las cincuenta millas. De pronto, llevó el pie al pedal del freno, al mismo tiempo que tiraba del de mano.

El automóvil se detuvo en pocos metros tras un fuerte patinazo que estuvo a punto de hacerlo volcar.

Kellerman fue cogido desprevenido. La velocidad que llevaba le hizo caer hacia delante, momento que aprovechó John Lester para levantar las manos y hacer presa en la que sostenía la pistola que les amenazaba.

El «boss» no la soltó. No tuvo más que apretar el gatillo y una, bala fue a alojarse en el pecho de su contrincante, quien aflojando la presión sobre su mano, fue doblándose sobre sí mismo hasta caer hecho un ovillo entre las palancas de freno y cambio.

Jimmy, mientras tanto, no perdía el tiempo. «Sacó» con velocidad increíble, y a la par que abría la portezuela y se tiraba del coche, disparó sobre Kellerman. La misma precipitación no le permitió apuntar más que para herir al muchacho en un hombro. Sin embargo, fue lo suficiente. Cuando Holmes pudo salir del vehículo, el hombre de la camelia había desaparecido entre los árboles que bordeaban la carretera.

Kellerman se miró la mano izquierda. Por la manga le salía un hilillo de sangre que le manchaba el dorso de aquélla.

Rápidamente fue a la parte trasera del automóvil. Sacó un pequeño cortaplumas del bolsillo y cortó las cuerdas que sujetaban el cesto de mimbre. Cuando éste cayó al suelo, lo abrió. Sacó las sábanas que ocultaban al policía. Le quitó la mordaza.

—¡Hola, Steven! —le dijo con una mueca que quiso ser sonrisa—. Creo que te he sacado de un mal paso. Yo no sabía nada. Fue cosa de... de mi madre.

—¡«Hello», Holmes! —respondió el agente del
F. B. I.

—. Tenía confianza en ti; pero... pero suéltame de una vez, que me duelen todos los huesos.

Kellerman movió la cabeza de un lado a otro.

—No, Simenon, no. Aún tengo que hacer algunas cosas y posiblemente tú no me dejarías hacerlas. No estarás mucho tiempo así. Creo que el primer coche que pase se detendrá al ver un cesto en la carretera y a un cadáver a su lado.

No obstante, yo me habré alejado de aquí con tiempo suficiente.

—¡Holmes! ¡Holmes! —llamó el, federal, cuando el «boss» se alejó de su lado.

Fue en vano. Kellerman tiró fuera del automóvil el cadáver de John Lester, que quedó grotescamente junto a una camelia; la de Jimmy que la había perdido al huir precipitadamente. Luego, sin hacer el más mínimo caso de la sangre que le corría por la mano, se alejó en el auto, pisando el acelerador a fondo.

Vera Kellerman se paseaba nerviosamente por la biblioteca de su casa. Esperaba impaciente la llegada de los pistoleros a los que había dado la orden de matar a Steven Simenon. Mejor dicho, sólo una llamada telefónica, porque no creía que vinieran allí, donde podrían encontrar a su hijo o algunos de sus hombres, ya enterados de la traición de aquéllos.

Vera se sonreía, porque la única forma de pago que reservaba a aquellos «yellow», era la muerte. Sí; cuando supiera que habían terminado con el agente del

F. B. I.,

se lo comunicaría a

O'Freyton

para que enviara unos muchachos a agradecerles la confianza que hicieran a la Policía.

Oyó detenerse un automóvil. Se acercó a la ventana y miró por ella. Vio a Jimmy el de la camella que se apeaba de un «taxi», y levantando la cabeza, miraba hacia la casa. Segundos después oprimía el pulsador del timbre.

—¿Bien? —interrogó la mujer cuando estuvo ante ella.

—Listo —mintió el de la camelia—. Yo mismo volqué el cesto en el mar y estuve allí más de diez minutos. No creo que pueda respirar bajo el agua como los peces... Creo que me he ganado los tres billetes grandes prometidos.

—¿Y Lester?

Jimmy encogió los hombros. No quiso decir la verdad de lo ocurrido.

—Cuando volvíamos encontramos a la Policía. Él se largó al otro mundo. Yo... yo —agregó señalándose la solapa— perdí la camelia. Es la primera vez que me ocurre y eso ha de traerme mala suerte. Pero, en fin. Lo que quiero es alejarme de Los Ángeles cuanto antes. Dese prisa y afloje la «pasta».

Vera Kellerman distendió sus labios en una intraducible sonrisa. Antes de franquearle la entrada al pistolero, ella había hablado con O'Freyton y Luigi Frassetto que se encontraban en la casa.

—Bien, Jimmy. Voy a pagarte, ven —y haciéndole una indicación lo llevó hasta el despacho biblioteca de su hijo. Abrió un cajón de la mesa y metió la mano—. Haces bien en querer marcharte, muchacho —dijo mirándole. Su sonrisa se fue apagando de su rostro, hasta convertirse en un gesto feroz—. Sí; haces bien —repitió—. Pero será a reunirse con John Lester en el paraíso o infierno de los traidores, ¡maldito soplón!

Al decir eso, Vera sacó la mano del cajón y la mostró empuñando una pistola con la que apuntaba al pecho del «gángster».

Jimmy lanzó una grosera maldición, retrocediendo un paso. Rápidamente pasó a la acción. No era hombre que se asustara fácilmente y mucho menos de una mujer. Por eso, al mismo tiempo que se llevaba la mano hacia la culata de su pistola, enfiló la puerta de la habitación... para encontrarse con O'Freyton

y Luigi Frassetto que entraban por ella con sus armas aprestadas.

Vera no disparó por temor a herir a sus amigos; ellos no lo hicieron, porque el pistolero se encontraba frente a la mujer. Por eso, cuando se dieron cuenta, el de la camelia había cruzado el umbral y corría hacia las escaleras para ganar la puerta de la calle.

La mujer fue la primera en reaccionar. Corrió y desde lejos disparó por dos veces sobre el fugitivo.

O'Freyton

la secundó y momentos después se generalizaba el tiroteo, pues Jimmy respondía con su arma. Por fin, pudo abrir la puerta e intentar la salida. Llevaba un rasponazo en la cabeza por el que le

manaba un hilillo de sangre que le cegaba un ojo. Fue en el momento que pisaba la calle cuando encontró la muerte.

Holmes Kellerman acababa de detener el automóvil ante su casa. El ruido de las detonaciones había trascendido al exterior y algunos curiosos se iban deteniendo frente al edificio.

Fue entonces cuando Jimmy apareció disparando hacia el interior.

Kellerman no lo dudó: empuñó su pistola y se dirigió hacia el «gángster».

—¡Ríndete, Jimmy! —le gritó.

—¡Una m...! —La palabra grosera y soez llegó precediendo a un nuevo disparo que hizo sobre el muchacho.

Kellerman llevaba el brazo izquierdo colgando. Había sido herido anteriormente y, aunque la sangre ya no le corría por él, si sentía un agudo dolor en el hombro. Quizá eso influyera en él, porque apretando las mandíbulas vació el cargador sobre su contrincante.

Jimmy aflojó la mano, y el arma que empuñaba cayó al suelo. En su pecho iban apareciendo sendas rosas de sangre, y en su rostro un rictus de dolor. Cayó de rodillas y, cuando Kellerman llegó a él, aún le pudo oír murmurar:

—Ya... decía yo que... el perder la camelia me... me trae... ría mala... suer... te.

Fue lo último que dijo. Allí quedó, doblado sobre sí, a los pies de Holmes Kellerman.

Vera y Luigi aparecieron en la puerta.

O'Freyton

había sido herido y quedó en el interior.

En ese momento, dos altos policías uniformados se acercaban a Kellerman. Venían corriendo, seguidos de un grupo de curiosos.

Vera sintió un algo interior, unos deseos imposibles de refrenar, que la hizo disparar sobre ellos. Por unos instantes creyó estar junto a James Kellerman, veinticinco años atrás, luchando contra los agentes federales que intentaban detenerle. Por segunda vez disparó contra la Policía.

Uno de ellos, un alto y pelirrojo irlandés, dio un traspié, cayendo de bruces al suelo. Allí quedó inmóvil, mientras la sangre iba saliendo por un pequeño orificio que apareció en su frente.

Los curiosos se dispersaron dando gritos. El otro policía disparó, pero en breve recibió un nuevo balazo que le puso fuera de combate.

Todo había ocurrido tan rápidamente, que cuando Holmes quiso gritar a su madre que no disparara, fue demasiado tarde. Los dos patrulleros permanecían mordiendo el polvo, junto al cadáver de Jimmy, el de la camelia.

—¡Vamos, rápido, adentro! —gritó Vera.

Kellerman obedeció. Lo hizo de una forma automática, casi sin voluntad propia. Aquello era algo tan terrible que lo había dejado anonadado.

—¿Qué has hecho? —dijo a su madre, cuando estuvo dentro de la casa—. Has matado a dos policías.

Vera lanzó una carcajada que tenía poco de humana.

—¡Cerdos! ¡Más que cerdos! —gritó—. No merecían otra cosa... Ninguno merece más que la muerte... ¡A todos los mataré, sí, a todos! ¡Que vengan si se atreven! —Y volviéndose hacia Luigi Frassetto, ordenó—: Saca las pistolas ametralladoras, Luigi. Veremos si hay suficiente Policía en Los Ángeles para detener a los Kellerman.

La situación se le había complicado de tal forma, que Holmes no tenía más que un camino.

El Destino, con su mandato inexorable, le obligaba a ser un peligroso «gángster» al que en aquel momento acosaba la Policía en la casa de *boulevard* Santa Mónica. Por ningún concepto podía entregarse, porque con ello entregaba a su madre para que fuera llevada a la silla eléctrica. El mismo no era ya más que un fuera de la ley; un hombre a quién abiertamente escupía la sociedad y trataban de cazar como a un perro rabioso.

Ya llevaban más de cinco horas en aquella situación. A cada intento de la Policía en asaltar la casa, Vera era la primera en disparar su «Thompson» contra ellos. Eran cerca de las doce de la noche. La Policía había instalado unos reflectores que iluminaban la fachada de la casa. De cuando en cuando, uno era apagado a balazos, pero nuevamente lo reemplazaban por otro.

Steven Simenon había hablado varias veces por el teléfono instando a su amigo a que se rindiera. La última vez, Vera

Kellerman dio un tirón y arrancó el cable.

O'Freyton

había recibido un feo balazo en el pecho cuando la lucha con Jimmy, y se quejaba suavemente, recostado sobre un sofá. Sólo Vera Luigi Frassetto y Holmes resistían a la Policía. De pronto...

—¡Atención, Kellerman! ¡Atención, Kellerman! —gritaron desde la calle a través de unos altavoces que habían instalado.

Vera lanzó una maldición y, sacando medio cuerpo por la ventana, disparó sobre la camioneta del servicio de transmisiones desde donde hablaban. Cuando se volvió a ocultar, tenía un balazo en el pecho que le hizo crispas el rostro de dolor, aunque no dijo nada. Sólo una nueva maldición, mientras volvía a cargar su «Thompson».

—¡Atención, Holmes! —Volvió a sonar la voz metálica del altavoz—. ¡Soy Simenon! ¡Escucha, que te hablará Carola Mason!

El «boss» clavó sus uñas en la culata del arma que tenía entre las manos. Nunca más volvería a ver a Carola Mason. Lo sabía y eso le causaba una pena tan profunda que estuvo a punto de hacerle sollozar.

—¡Holmes... Holmes...! —gritaba inexorablemente la dulce voz de la muchacha—. ¡Holmes, ríndete!

Vera se sentía débil; el balazo le había tocado bien. Sin embargo, aún pudo reír y decir:

—¡Ése es el amor de Carola Mason! Te aconseja que te rindas a la Policía que te llevará a la «silla» —e insultó a la muchacha con una obscena maldición.

—¡Holmes... Holmes... ríndete! —seguía diciendo Carola, a través del altavoz. Luego, añadió—: Un grupo de agentes irán hacia dónde estás. Yo voy al frente de ellos. No me importará morir por tus manos... porque sé que no haré más que adelantarte en el camino.

Kellerman sintió que se le formaba un nudo en la garganta. No pudo evitar que una lágrima se le escapara, rebelde, por sus mejillas. Era curioso verle luchar con aquellos sentimientos encontrados, mientras que sus manos oprimían convulsivamente la pistola ametralladora. ¡«Destino manda»! ¡Sí; maldito Destino que le llevaba por aquel camino!

De sus pensamientos fue sacado por la aparición de Carola

Mason. A su lado iba Steven Simenon, el agente del F. B. I.,

y el capitán Martin Gross. Detrás, varios agentes uniformados.

Holmes se volvió hacia Luigi Frasetto, que hizo un movimiento para llevarse el culatín de la «Thompson» al hombro.

—¡Quieto! —gritó—. ¡Quieto: ni un solo tiro! Dio un manotazo al arma de Luigi, que cayó al suelo. Luego, tiró la suya a la calle y exclamó: —¡Me rindo, sí, me rindo! ¡No puedo tirar sobre Carola Manson! ¡Steven Simenon! ¡Has encontrado la única manera de...!

Calló; se tambaleó un poco, al mismo tiempo que sonaban unos tiros detrás de él.

Vera Kellerman, con la faz descompuesta; unos ojos fuera de sus órbitas, de loca furiosa, había disparado sobre su propio hijo las últimas balas que quedaban en el arma que empuñaba.

—¡Un Kellerman no se rinde! ¡Un Kellerman no se rinde...! ¡Un...! —se interrumpió. Como si en aquel momento se hubiera dado cuenta de lo que había hecho, Vera Kellerman dejó caer su pistola y se llevó la mano a la boca. Silenciosamente avanzó hacia su hijo, que en aquel momento se asía a las cortinas de la ventana y caía, al suelo, arrastrándolas con él.

Vera lanzó una carcajada; una carcajada que tenía muy poco de persona. Al mismo tiempo, unas lágrimas rodaban por sus mejillas y sus labios repetían balbucientes una palabra: Hijo... hijo...

Cuando la Policía llegó hasta ella, sólo encontraron una mujer que mecía en sus rodillas, sentada en el suelo, la cabeza de Holmes Kellerman, que estaba agonizante. Se llevó un dedo a los labios y murmuró quedamente:

—¡Chis...! Está durmiendo... —Luego, cuando intentaron apartarla de él, se revolvió de tal manera, a pesar de su herida, que sólo entre cinco hombres fue posible llevarla hasta la ambulancia que la trasladaría al Hospital del Condado de Los Ángeles, donde moriría unas horas después, sin haber recobrado la razón.

Cuando Carola Mason y Steven Simenon se arrodillaron junto a Holmes Kellerman, éste entreabrió los ojos. A través de una neblina que no le dejaba ver bien, reconoció a sus amigos.

—¡«Hello», Steven! —susurró mientras oprimía muy suavemente la mano de la muchacha.

—¡«Hello», Holmes! —respondió el agente del

F. B. I.,

a quién una humedad que le cubría los ojos, se transformó en lágrimas—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por...? —No pudo seguir hablando, porque la emoción del momento no le dejó continuar.

Kellerman sonrió levemente, muy levemente. Luego, casi en un susurro, dijo:

—Amigos... como... en Fili... pinas, ¿verdad? A... mí... gos — inclinó la cabeza, y sus últimas palabras fueron éstas—: Caro... la Caro... la.

Luego, nada. Había entrado en lo imponderable, donde ya le había precedido Philips

O'Freyton,

y donde entraría Vera Kellerman un poco después.

El mundo continuaba su marcha. Hollywood seguía produciendo películas con argumentos buscados, y no siempre reales, sin saber que a pocos pasos se había puesto el «The End» a una de las más trágicas historias que el Destino, con su fuerza imperativa, había lanzado al mundo. Los Ángeles iniciaba su vida nocturna, sin importarle los dramas de la Humanidad.

Era el 30 de octubre de 1951.



EDITORIAL ROLLAN

En su afán noble de poner al alcance de todos los públicos, por muy reducida que sea su capacidad económica, las mejores obras inéditas de los autores de fama internacional, sacrifica sus intereses al crear la inigualable Colección

NOVELISTAS de HOY

un verdadero alarde editorial por su presentación exquisita (toda la cubierta dibujada por mano maestra, impresa en «offset» a seis tintas y con solapas), en especial tamaño de bolsillo, y al precio ínfimo de CINCO PESETAS.

OBRAS PUBLICADAS

1. LA OBSESION DEL MISTERIO, por Pío Baroja.
2. AHORA, por Rafael López de Haro.
3. EL HOMBRE DEL SUBURBIO,
por Francisco de Cossío.
4. SU PEOR ES NADA, por Tomás Borrás.
5. EL PIANO, por Carmen Laforet.
6. TIMOTEO. EL INCOMPRENDIDO,
por Camilo José Cela.
7. BODA Y JALEO DE TITIN ARACENA,
por Dario Fernández-Flores.
8. EL HOMBRE QUE CONTO SU SECRETO,
por Castán Palomar.

De venta en los buenos quioscos y librerías.

SUSCRIPCIONES a

EDITORIAL ROLLAN - SAN BERNARDO, 68 - MADRID

PROXIMO NUMERO DE LA COLECCION

F. B. I.

Sin esperanza

El protagonista se encuentra acorralado en la encrucijada más peligrosa de su vida. Todas las puertas se le van cerrando, el cerco comienza a asfixiarle, se desespera, y sin esperanza se enfrenta a...

Una vez más, se impone el aplaudido novelista

EDDIE THORNY

NOTAS

[1] «Yellow»; amarillo. En argot norteamericano, confidente. < <

[2] En argot del hampa neoyorquino: policías. < <

[3] En las Comisarías principales de las capitales norteamericanas existen unos salones, conocidos en «slang» como «theatre», cuyo fin es el siguiente: La presentación de delincuentes a los agentes de la Ley. Es una sala que permanece a oscuras, mientras unos potentes reflectores caen sobre un tablado, cuyo fondo está graduado por una serie de rayas que sirven para calcular la estatura del individuo que es presentado. Un policía lee en alto la especialidad que practica. < <

[4] El «alderman» es una especie de concejal de ayuntamiento; teniéndose en cuenta que los jefes de la Policía son nombrados por los alcaldes. < <